Michael Siebler

La guerra de Troya

Troya, Homero, Schliemann: desde hace más de 130 años esta tríada puede considerarse probablemente como el más poderoso de los mitos del Occidente europeo.
La arqueología se muestra aquí (también) desde su cara aventurera. Y las más recientes excavaciones, realizadas bajo la dirección de Manfred Korfmann, han cambiado además considerablemente nuestra visión de Troya.
Una obra fundamental e indispensable de referencia obligada para conocer el gran mito de Troya.

DIVULGACIÓN
Historia

Michael Siebler
La guerra de Troya

3105
HISTORIA

Michael Siebler

LA GUERRA DE TROYA

MITO Y REALIDAD

Biografía

Michael Siebler, nacido en 1956, estudió Arqueología Clásica. Ha participado, entre otras, en las excavaciones realizadas en Olimpia. Después de obtener el doctorado, trabajó en el Instituto Arqueológico Alemán de Damasco, y posteriormente como colaborador científico en el Instituto de Arqueología Clásica de la Universidad de Maguncia.

Michael Siebler

La guerra de Troya

Mito y realidad

Ariel

Título original: *Troia*

Derechos exclusivos de edición en español reservados
para todo el mundo y propiedad de la traducción:
© Editorial Ariel, S. A., 2005
Avinguda Diagonal 662, 7.ª planta. 08034 Barcelona (España)
Traducción de Lluís Miralles de Imperial
Revisión científica: Francisco Gracia Alonso

Diseño e ilustración de la cubierta: Opalworks
Primera edición en Colección Booket: enero de 2005

Depósito legal: B. 46.329-2004
ISBN: 84-344-6773-9
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

PREFACIO

El mito de Troya, con toda su influencia en la cultura occidental, en el arte, la poesía, la música y la historia, no ha perdido nada de su poder de irradiación. Muy pocos entre los que se han ocupado alguna vez de este tema y de sus numerosas facetas han podido escapar a la fascinación fundada inicialmente por Homero y su epopeya la *Ilíada*. El destino de los héroes, la caída de la ciudad, la recepción del mito desde la Antigüedad, las excavaciones desde Heinrich Schliemann: todo esto ha interesado desde siempre a las personas, incluyendo a los científicos y los artistas, o las ha estimulado a la reflexión personal.

Las nuevas excavaciones en Troya, que se realizan desde 1988 con participación internacional bajo la dirección del especialista en Prehistoria Manfred Korfmann, han cambiado y ampliado considerablemente nuestras ideas y conocimientos sobre la ciudad situada junto a los Dardanelos. Por eso parece del todo justificado ofrecer a un público interesado un informe provisional sobre los resultados obtenidos hasta el momento. No es éste un tratado científico con propuestas de investigación propias —por más que el autor también haya introducido algunas ideas propias sobre el tema—, sino una sinopsis de fácil comprensión de los diferentes aspectos relacionados con el tema de Troya sobre la base del estado actual de las investigaciones.

Forma parte del carácter de una exposición de este tipo el que algunos apartados individuales no puedan ser tratados tan extensamente como tal vez quisieran algunos de nuestros lectores, y hemos tenido que renunciar también a algunos aspectos debido a las limitaciones de espacio. Así, por ejemplo, no se ha podido abordar con mayor detalle la descripción de los estratos de Troya que no están relacionados primariamente con la Ilión homérica. Sin embargo, espero haber ofrecido al lector una imagen esclarecedora y completa de las investigaciones. La bibliografía ofrecerá, en cualquier caso, a aquellos que quieran ocuparse del tema con mayor profundidad información suficiente sobre las publicaciones científicas correspondientes.

La publicación de una obra como la que aquí presentamos no hubiera sido posible sin el generoso apoyo y ayuda de aquellos que se encuentran en primera línea en la investigación de Troya o de Homero. Por ello, quisiera expresar mi más sincero agradecimiento especialmente a Manfred Korfmann y Joachim Latacz, por las muchas conversaciones sobre el tema que he podido mantener con ellos en los últimos años y por las numerosas indicaciones sobre literatura especializada de difícil acceso y sobre propuestas de investigación propias aún no publicadas. Difícilmente se podrá descubrir en el texto hasta qué punto soy deudor de estos encuentros, pero tal vez el lector capte algo del entusiasmo por la materia que se renovaba en cada una de estas entrevistas.

También quisiera manifestar mi agradecimiento a los amigos y conocidos que aceptaron con indulgencia y comprensión mi desaparición del círculo común durante la redacción del manuscrito. Y especialmente doy las gracias a mi esposa, que a pesar de algunas dificultades que surgieron, hizo más fácil este período con sus atenciones y su aliento.

MICHAEL SIEBLER

Stadecken-Elsheim, diciembre de 2000

INTRODUCCIÓN

Troya, Homero, Schliemann: desde hace ya 130 años esta tríada representa al que probablemente pueda considerarse el más influyente de los mitos del Occidente europeo, constituye la trama de uno de los más fascinantes capítulos de la historia de la ciencia y la materia para una de las grandes aventuras de la arqueología. En esa época, en el año 1870, el comerciante mecklenburgués Heinrich Schliemann (1822-1890) inició sus excavaciones en Hisarlik, una colina próxima a la costa occidental turca. Allí, con el inicio de los Dardanelos en el Helesponto al alcance de la vista, ante ese estrecho que constituye el paso de entrada al mar Negro y es al mismo tiempo la mejor conexión entre el continente europeo y Asia, Schliemann quería encontrar nada menos que Troya, la «sagrada Ilión», el escenario de la epopeya de Homero que ha llegado hasta nosotros con el título de *Ilíada*.

Y Schliemann halló lo que buscaba: enterrados bajo las masas de escombros se encontraban los restos de varios asentamientos de tiempos remotos, entre los cuales algunos podían ser, muy probablemente, residencias palaciegas de antiguos gobernantes y de sus familias. Para él pronto no quedó ya ninguna duda de que entre los muros y restos arquitectónicos, a veces de varios metros de altura, que se habían conservado y bajo ellos se encontraba efectivamente la ciudad del rey Príamo. El descubrimien-

to del gran tesoro que ha entrado en la historia con el nombre de «el Tesoro de Príamo» podía considerarse la última confirmación de ello. Parecía que, con su descubrimiento, este *outsider* científico castigaba todas las mentiras de los que antes de él habían buscado la fortificación cuya caída, según Homero, había quedado sellada por el caballo de madera.

En apariencia, su creencia incondicional e ingenuamente estimulante en la historicidad de lo que Homero describió en la epopeya le había dado la razón, a pesar de todos los argumentos en contra presentados por autorizadas voces de la ciencia. De repente, el mito griego de la guerra de Troya, la expedición conjunta de los aqueos contra la fortaleza de Príamo en la costa occidental del Asia Menor, apareció como una incontestable realidad del pasado; Homero, como un narrador de acontecimientos históricos, y su *Ilíada*, como un filón de particularidades geográficas, prosopográficas y anticuarias, así como de hechos históricos.

La cadena de pruebas obtenida por Schliemann se interpretó de una forma tan sencilla como lógica: la epopeya nacional de Homero se desarrollaba en la guerra de Troya, ante las murallas de la ciudad y en los parajes que la rodeaban. Schliemann dio crédito a las descripciones de Homero y encontró la Troya en la que ya los antiguos habían creído firmemente. Schliemann encontró Troya porque había creído en Homero. Así pues, si Homero había contado la verdad, también había existido la guerra de Troya que él había descrito. Pero en sentido estricto, las ruinas desenterradas por Schliemann sólo revelaban, en principio, una cosa: el ascenso y la caída de una poderosa fortificación en la entrada de los Dardanelos.

De hecho, por ironías del destino, aunque Heinrich Schliemann realizó excavaciones en el lugar que desde la Antigüedad se había considerado como la Troya de la *Ilíada*, su ciudad de Príamo era más o menos un milenio anterior a la que hoy se considera generalmente como la Troya de Homero. Schliemann tuvo que reconocer su error poco antes de su muerte, el 26 de diciembre de 1890, y no llegó a emprender la excavación e investigación de este conjunto.

Pero, a pesar de todas las críticas contra la argumentación de Schliemann, el mundo tuvo que reconocer que ese *selfmademan*, con sus excavaciones en Troya —y las de Micenas, Tirinto y Orcómenos—, había sacado a la luz y había situado en el campo de visión de la ciencia la época mítica de los héroes griegos de Homero, que hasta entonces sólo había permanecido viva en las fuentes escritas. Con sus trabajos, Schliemann puso las bases de la arqueología de la Edad de Bronce en la región mediterránea. Y con el inicio de las excavaciones en Hisarlik también había llegado a su fin la búsqueda en la época moderna, prolongada durante siglos, de la ciudad de Ilión, como también se llamaba a Troya. Con Schliemann se inició la más espectacular influencia del mito de Troya, cuyos inicios se encuentran en la Antigüedad y que en realidad empieza con el propio poema homérico.

Al principio, pues, era la *Ilíada*. Esta constatación es tan simple como significativa. Su estimulante carácter arquetípico puede ser perfectamente comparado con la primera frase del *Génesis*. Los 15.693 hexámetros de este poema son la primera obra que se ha conservado de la literatura occidental, y sin duda no está fuera de lugar describir a la *Ilíada* como la madre de la lírica, de la novela, de la tragedia y de la comedia, en resumen: como el germen de nuestros géneros literarios. La variada influencia que esta obra ha ejercido en nuestra historia cultural no se encuentra en absoluto agotada en la actualidad, y también en el futuro ocupará e inspirará a generaciones de investigadores, poetas, artistas, compositores y autores teatrales.

Ya poco después de la redacción de la *Ilíada*, en la segunda mitad del siglo VIII antes de Cristo, empezó la fasci-

nante marcha triunfal de esta obra. Con la fijación escrita de un pequeño fragmento del ciclo de sagas en torno a la caída de Troya, Homero puso las bases para la formación del mito sobre Troya. Y aunque hoy sabemos que existieron historias sobre Troya antes de Homero, con su poema surgió un «modelo que reclamaba una toma de postura», como el experto en Homero Joachim Latacz escribió en una ocasión. La disputa entre Aquiles y Agamenón, el destino de Patroclo y Héctor, el papel del astuto Ulises, el comportamiento de Paris y de la bella Helena y muchas otras cosas contenidas en esta obra tan rica en entramados de relaciones exigían ahora de lectores y oyentes una opinión, una toma de postura. Y poetas, artistas y conocedores de la epopeya aceptaron ese reto. A ellos debemos imágenes en cerámica con representaciones del mito y antiguas tragedias, y de este complejo forman parte tanto la *Eneida* de Virgilio como la *Kassandra* de Christa Wolf.

Pero existían también inseguridades y cuestiones críticas. Así, por ejemplo, ya en la Antigüedad no se sabía —aunque no existía ningún motivo real para dudar de la historicidad de la guerra de Troya— cuándo exactamente habían conquistado Ilión los griegos. Douris de Samos (340-270 d. de C. aprox.), historiador y desde el 301 a. de C. tirano de la isla, fechó la caída de la ciudad en el año 1334 a. de C. El «padre de la historiografía», Herodoto de Halicarnaso (484-430 a. de C. aprox.), creía en un final situado en torno al 1250 antes de Cristo. Ctesias de Cnidos, un médico e historiador que a partir del año 405 a. de C. fue médico de cámara de Artajerjes II en la corte real persa, hizo surgir la desgracia de la ciudad del vientre del caballo de madera en torno al 1183 a. de C. La misma fecha da Eratóstenes de Cirene (295-200 a. de C. aprox.), gramático y director de la famosa biblioteca de Alejandría, en Egipto. Éforo de Cime, un historiador del siglo IV a. de C., menciona el año 1135 a. de C. Y la crónica griega labrada en mármol conocida con el nombre de *Marmor Parium*

nombra incluso el día de la conquista y destrucción de Troya: el 5 de junio de 1209 a. de C.

Por otra parte, después de que el conocimiento de la situación geográfica de la ciudad se perdiera en la Edad Media, es decir, después de que la epopeya de Homero sólo pudiera ser comprendida como ficción poética, se hicieron oír también algunas voces que negaron la autoría de Homero y calificaron al poeta de producto de la fantasía. Este capítulo de la historia de la recepción, abierto por especialistas en Homero en el siglo XVIII, entró en los anales de la ciencia como «cuestión homérica» y va unido al nombre del profesor de Halle Friedrich August Wolf.

Cuanto más prolongada e intensamente se ocupaba el mundo de los especialistas, y una multitud de aficionados, del mito de Troya, más dudas se expresaban también sobre todo este conjunto de temas, y así se plantearon preguntas para las que inicialmente no se podía encontrar una respuesta satisfactoria: ¿Existió la guerra de Troya tal como Homero la transmitió, o se trata sólo de la imponente invención de un narrador bien dotado? ¿Se canta en las obras homéricas el mundo micénico de la Edad de Bronce? ¿Son estos poemas un reflejo del presente de Homero, el mundo de la nobleza en el siglo VIII a. de C., o se encuentran señales de una mezcla de dos épocas distintas, separadas por los llamados «siglos oscuros», durante los cuales no hubo en Grecia ningún escrito?

A esta fracción de los críticos se encontraban enfrentados aquellos que no abrigaban ninguna duda sobre la realidad de Homero como poeta creador de la *Ilíada* y sobre el contenido de verdad de las historias por él transmitidas. Entre estos positivistas se contaba también Heinrich Schliemann, que durante toda su vida se mantuvo fiel a esta postura aun cuando en último término no pudiera ofrecer una sola prueba irrefutable de que en Hisarlik se había encontrado en otro tiempo la Troya cantada por Homero. Las excavaciones que él había iniciado en Troya

fueron continuadas primero por su asistente Wilhelm Dörpfeld (1853-1940), que ya había podido acumular experiencia en las excavaciones en Olimpia. A él debemos agradecer la división en estratos culturales, construida a partir de los datos de Schliemann, que sigue siendo utilizada en la actualidad. Según esta división, los asentamientos se numeran de abajo arriba con números romanos del I al IX. El estrato más antiguo se ha datado hacia el año 3000 a. de C., y la capa IX fue construida por los romanos después del año 85 a. de C.

Entre los años de 1932 y 1938, arqueólogos norteamericanos de la Universidad de Cincinnati reemprendieron las excavaciones en el lugar bajo la dirección de Carl William Blegen (1887-1971). Gracias al empleo de unos métodos más perfeccionados pudieron subdividir de nuevo en varios horizontes de asentamiento independientes la división por estratos establecida por Dörpfeld, y designaron a estas nuevas divisiones con una letra minúscula del alfabeto. Así, hasta nuestros días se han podido diferenciar en total 47 fases de construcción. Parecía que la colina había sido ya suficientemente investigada. Y aunque se habían encontrado indicaciones de que en la Edad de Bronce se habían producido en varias ocasiones destrucciones por guerras y terremotos, tampoco Blegen y sus colaboradores consiguieron hallar, en los más de veinte metros de altura de restos de muros de fortificación, puertas, palacios y viviendas que se habían ido añadiendo progresivamente uno sobre otro o junto a otro, la confirmación que buscaban de las indicaciones de Homero. A pesar de ello, como sus predecesores, Blegen estaba convencido de que en Homero está contenido al menos el reflejo de una disputa histórica entre griegos micénicos y troyanos. Mientras que Dörpfeld consideraba que Troya VI era la ciudad mencionada en la *Ilíada*, Blegen creyó haberla encontrado en la estrato Troya VIIa.

En cualquier caso, el mito de Troya siguió haciendo su efecto, mantuvo con el alma en vilo a muchos entusiastas

de Homero y continuó siendo para los investigadores de las ciencias de la Antigüedad clásica una fuente siempre viva de numerosas investigaciones. Constituyó un hito, entonces, el descifrado del escrito llamado lineal B, de la Edad de Bronce, por el arquitecto inglés Michael Ventris. De este modo se había aportado la prueba de que los señores de Micenas y Pilos, donde según la transmisión mítica habían gobernado Agamenón y el prudente Néstor, hablaban griego. Además la ciencia iluminó la noche de los «siglos oscuros», que había cubierto el país después del hundimiento de la cultura palacial micénica. Pronto estuvo claro que esos siglos no habían sido tan oscuros, sino que Homero formaba parte de una larga tradición que no había creado él solo con su obra, y que no era, pues, en absoluto ficticia.

En consecuencia, las expectativas eran grandes cuando en el verano de 1988, después de medio siglo de calma en Hisarlik, los arqueólogos volvieron a coger sus herramientas. En esta ocasión las excavaciones se realizarían bajo la dirección del especialista en Prehistoria de Tubinga Manfred Korfmann. Con un equipo de excavación internacional en el que desde el principio se incluyeron también representantes de las ciencias naturales, y contando con los más modernos elementos técnicos y el equipamiento informático más avanzado, Korfmann se dispuso a hacer hablar a la «montaña del destino de la arqueología». No eran pocas las preguntas pendientes y no faltaban tareas que solucionar. Por otra parte, el claro progreso de los conocimientos científicos que se había producido entretanto había despertado esperanzas de éxito en una empresa planeada para varios años.

Casi nadie podía imaginar entonces que en un período de pocos años nuestra idea de Troya cambiaría de un modo tan fundamental, que su significación cultural e histórica dentro de una colonización que se había prolongado durante milenios prácticamente debería ser escrita de

nuevo, y con cuánto éxito influirían en otras ciencias —actuando como enzimas— los resultados de las excavaciones. Esto es válido tanto en lo que se refiere al debate en la investigación sobre Homero como, por ejemplo, en los campos de la metalurgia, la hititología y la historia de la economía y de la ciencia. Al mismo tiempo, bajo el título del «arte como botín», la escena de la diplomacia internacional adquiría el carácter de un escenario parabélico después de que en 1993 el «Tesoro de Príamo», considerado desaparecido desde el final de la Segunda Guerra Mundial, y otros valiosos hallazgos que Schliemann había recogido en sus excavaciones en Troya entre 1873 y 1890 salieran a la luz desde sus escondites del Museo Puschkin de Moscú.

Se puede afirmar, pues, que no existe probablemente en la actualidad ninguna excavación arqueológica cuyos resultados hayan corregido o completado de un modo tan amplio y en tan pocos años una imagen fijada hacía tiempo y que hayan permitido encontrar nuevas respuestas para preguntas básicas como la de Troya. En este éxito ha tenido también una importancia nada desdeñable el planteamiento tan simple, pero al mismo tiempo tan importante para el método de las investigaciones, con el que Korfmann abordó el estudio de la colina fortificada —por no mencionar el factor que representa la suerte de los capaces.

Manfred Korfmann no llegó a la región de la Tróade y a Troya para intervenir con nuevos argumentos en el debate aún vivo sobre la controvertida historicidad de la guerra de Troya, como había hecho más de un siglo antes Heinrich Schliemann. Korfmann se aproximó a Hisarlik desde las tierras altas anatólicas. Allí había excavado en Demircihüyük, un antiguo asentamiento de cinco mil años. Y ahora quería explorar, junto a la zona de unión entre Europa y Asia, el lugar que manifiestamente ya desde el tercer milenio antes de Cristo —es decir, mucho antes de la llegada de los primeros griegos— había cumplido en el mundo de la época una grandiosa función clave como punto de en-

cuentro de unas rutas comerciales ampliamente ramificadas. La importancia de este crisol cultural de dimensión internacional en la estructura de poder de tiempos pasados y en su economía internacional era indudable. Por primera vez en su historia, esta colina de unos 37 metros de altura fue considerada sólo como un monumento sobre el terreno —aunque, sin duda, altamente significativo—, sin otras calificaciones histórico-míticas.

La mirada a Troya, que desde Homero había tenido un carácter grecocéntrico, fue sustituida por una visión «ex oriente». De este modo, Korfmann y su equipo prescindieron inicialmente de las eternas cuestiones sobre el contenido histórico de las epopeyas homéricas. Sin embargo, esto no podía permanecer así por mucho tiempo. El hombre que trabajaba en el lugar que, al menos desde los griegos, se había identificado como el baluarte ante cuyos muros se había cumplido el destino de Héctor y Aquiles y tantos otros héroes, como la plaza juguete de los dioses que sólo había sido conquistada al cabo de diez años y gracias a la astucia, ese hombre no podía escapar al aura de estos parajes y a los mitos ligados a ellos.

Posiblemente pueda considerarse como una nueva ironía del destino el hecho de que fueran justamente los mismos resultados de la excavación los que muy pronto hicieron de nuevo del complejo «Homero», inicialmente dejado de lado, un elemento central de la actuación en Troya. Las construcciones de la Edad de Bronce Troya VI y VIIa, cuya ruina siempre se había asociado con la guerra de Troya, escondían sorpresas asombrosas. Año tras año se pudieron incorporar nuevas piezas al enorme rompecabezas de la ciudad, cuya imagen ha experimentado un cambio fundamental hasta el día de hoy.

Quien en 1988 se encontrara en la gran colina de 150 por 200 metros, de ningún modo podía imaginar, si era sincero, que en ese lugar se hubiera encontrado el centro de poder de un gran rival de los gobernantes de Micenas,

Tirinto o Pilos; frente a los conocidos muros ciclópeos de las fortalezas de Grecia y su extensión, Troya quedaba claramente en segundo plano. El visitante debía suponer entonces que Troya se limitaba al área situada tras los imponentes muros que se habían dejado al descubierto correspondientes a su sexta fase constructiva.

Pero los arqueólogos descubrieron algo con lo que al principio nadie había contado: ante estos muros imponentes se extendía en dirección sur, hasta una distancia de unos quinientos metros, una vasta ciudad inferior con fosos de defensa, puertas y un anillo de murallas propio. En unos pocos años la superficie del asentamiento de Troya aumentó en más de diez veces su tamaño hasta llegar a unos 270.000 metros cuadrados. De repente el pequeño asentamiento se había convertido en una ciudad residencial y comercial, con un barrio de gobierno propio dentro de la ciudadela amurallada, que en otro tiempo debía de haber proporcionado espacio vital a un número de hasta 10.000 habitantes.

En lo que se refiere a la Edad de Bronce tardía, no se conoce en un amplio radio ningún centro económico y de poder que soporte la comparación con Troya. El trazado y la amplitud de la ciudad, sus murallas de piedra con construcción superior de adobe, tienen claramente como ejemplo al tipo de construcción de ciudades característico del ámbito cultural del Próximo Oriente. Había que despedirse, por tanto, de la visión occidentalizante de Troya, histórico-culturalmente determinada y basada en Homero, que se había mantenido durante casi tres milenios. Pronto siguió otra noticia sensacional que corroboró la nueva visión de las cosas junto al Helesponto: esa Troya hasta el momento «muda» —si prescindimos de un fragmento de cerámica con signos de escritura lineal A que ya había encontrado Schliemann— alzó ahora la voz. Y no era una voz griega. Rompió el silencio un pequeño sello biconvexo en una de cuyas caras, en jeroglíficos hitita-luvitas, se nombra

a una mujer y en la otra se describe a un hombre de forma expresa como «escriba».

Existía ahora un testimonio de algo que en el fondo podía darse por supuesto pero que sin una prueba se hubiera olvidado con facilidad: también en Troya había escritura. La ciudad y sus alrededores debían haber estado habitados por personas que sabían leer y escribir; al fin y al cabo comerciaban con los griegos micénicos, que escribían en griego lineal B, y los hititas eran sus vecinos. Por el momento queda en suspenso la cuestión de si la lengua de los troyanos era el luvita, pero en un lugar tan internacional puede suponerse que esta lengua era conocida.

Con este hallazgo volvieron a cobrar fuerza las suposiciones manifestadas ya tempranamente sobre la existencia de relaciones con el hinterland anatólico, concretamente con el imperio de los hititas. Y también era lógico pensar en la existencia de unas relaciones especiales de los gobernantes de los Dardanelos con los reyes hititas que gobernaban en Hattusa. Esta conclusión se deducía forzosamente de su situación estratégica en la época por encontrarse en la entrada para el paso de navíos hacia el mar Negro y por la proximidad geográfica con la capital de los hititas. De pronto los investigadores consultados vieron bajo una nueva luz fuentes escritas de los archivos palaciegos hititas conocidas desde hacía tiempo. Y lo increíble se hizo realidad. La identificación de Hisarlik con la Troya homérica podía confirmarse con seguridad, y además con ayuda de fuentes escritas que no tenían nada que ver con Homero. La *Ilíada*, como formuló brevemente Joachim Latacz, no era ya ahora sólo un poema y una obra de la literatura universal, sino que había ascendido al rango de fuente histórica.

A la luz de este y de otros conocimientos obtenidos a partir de las nuevas excavaciones en Troya, aquellos que se oponían a la teoría de la presencia de un sustrato histórico en las epopeyas homéricas se pusieron cada vez más a la defensiva al plantear sus argumentos, se encontraron,

por así decirlo, con la espalda contra la pared, y no pocos, bajo la impresión de unas pruebas en algunos casos aplastantes, se convirtieron de Saulo en Pablo. La relación de Troya y Homero se puede valorar ahora de una forma distinta. La cuestión acerca de los elementos históricos en la *Ilíada* puede plantearse de un modo nuevo: con la esperanza justificada de obtener respuestas claras.

Pero también la importancia del lugar en el tercer milenio antes de Cristo puede reconocerse y valorarse actualmente de forma correcta con ayuda de los hallazgos arqueológicos. Las investigaciones en Hisarlik, y también en los gabinetes de trabajo y en los laboratorios científicos, prosiguen, y sin duda también en el futuro los especialistas plantearán nuevas preguntas y encontrarán respuesta para ellas. El avance de la ciencia exige siempre realizar de vez en cuando una pausa, un informe provisional sobre lo alcanzado hasta el momento. Y aunque no se puede divisar un final del camino en el horizonte, vale la pena, en el inicio de un nuevo milenio y después de 130 años de investigación arqueológica en Hisarlik, establecer un balance provisional de los conocimientos obtenidos en «la montaña del destino de la arqueología». El presente libro pretende contribuir a esta tarea.

CAPÍTULO 1

LA COLINA HISARLIK: UN TELL Y SU PUERTO

Para los griegos y romanos de la Antigüedad no había duda. La Troya de las epopeyas homéricas estaba situada junto a la costa occidental de Asia Menor, en el lugar donde la colina Hisarlik —el nombre significa «pequeña fortaleza»— se yergue sobre la llanura. La colina es una estribación de la meseta calcárea situada entre los valles del Mendere y el Dümrek, los dos ríos que Homero hizo famosos con los nombres de Scamander y Simois. Hacia el norte y el oeste la meseta se desploma hacia el llano en una pendiente relativamente abrupta. Desde el punto más alto de la colina de ruinas de Hisarlik, que tiene un tamaño de 150 por 200 metros aproximadamente, el visitante disfruta de una buena panorámica sobre la costa del Egeo, a unos seis kilómetros de distancia, y sobre los Dardanelos, el paso para los navíos en su camino al mar Negro, situados a unos cuatro kilómetros y medio de la colina.

Este panorama muestra con claridad al observador la posición estratégica extraordinariamente favorable de Hisarlik. Por otra parte, investigaciones geomorfológicas realizadas mediante perforaciones en la zona costera durante las nuevas excavaciones han permitido comprobar que, en la época micénica tardía, la línea de la orilla en el norte, el oeste y el sudoeste distaba entre uno y tres kiló-

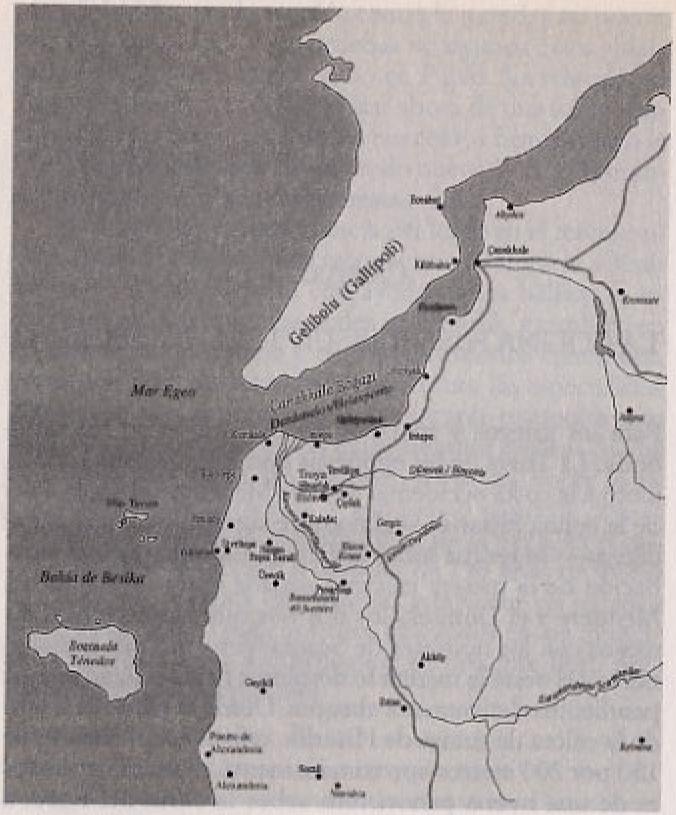

FIG. 1. *Mapa de la llanura del Scamander y la bahía de Besika.* (De Birgit Brandau, *Troia. Eine Stadt und ihr Mythos*, Bergisch Gladbach, Lübbe, 1997.)

metros aproximadamente de los muros de la ciudad. Quien dominara esta meseta y la llanura que se extendía frente a ella, podía controlar desde aquí sin problemas todo el tráfico marítimo a través del estrecho; ni un pequeño bote hubiera podido entrar en los Dardanelos sin ser detecta-

do. No es extraño, pues, que muy tempranamente se instalaran pobladores en esta región; al fin y al cabo, a sus puertas se encontraba la comunicación marítima más corta entre Europa y Asia. Las huellas de colonización más antiguas se remontan muy atrás, hasta el cuarto milenio antes de Cristo.

Las excavaciones de Schliemann, Dörpfeld y Blegen y también las del equipo de Korfmann han cambiado considerablemente el aspecto de Hisarlik. Quien visite en la actualidad la montaña fortificada se encontrará inicialmente confundido por la mezcla y la superposición de muros de fortificación de diferentes alturas y construidos con diferentes técnicas, de cimientos de casas, rampas de piedra, teatros y fuentes. Esta acumulación de construcciones de cuatro milenios sobre una superficie tan pequeña dificulta la orientación, el reconocimiento de qué tramo de muralla corresponde a cada nivel de construcción.

Hisarlik, una colina colonizada en la Prehistoria

El lego en la materia se preguntará, sin duda, cómo es posible la existencia de semejante confusión de construcciones durante un período de tiempo tan prolongado. La respuesta a su pregunta se encuentra en una forma de hábitat prehistórica típica y en la historia particular, llena de cambios, de la colina. Hisarlik forma parte del grupo de asentamientos humanos que los arqueólogos describen como tell (árabe), hüyük (turco), tepe (persa) o magula (macedonio), lo que significa colina.

Los tells son elevaciones artificiales que surgen cuando los seres humanos viven durante mucho tiempo en un lugar y utilizan preferentemente para sus construcciones ladrillos de adobe secados a la intemperie. Estos muros de adobe que se levantaban sobre unos cimientos de mampostería no resistían por sus características más que unas

pocas décadas. Luego debían ser renovados. Por eso, a intervalos más o menos regulares, se procedía al nivelamiento de estas antiguas edificaciones, sobre las cuales se erigían luego las nuevas construcciones. Por otro lado, también las destrucciones violentas por guerras o terremotos podían hacer necesario el allanamiento de un nivel de construcción.

Como es natural, en estas capas de escombros y de ruinas quedaban enterrados también objetos desechados o inutilizables de la vida cotidiana. Entre ellos se pueden encontrar no sólo muchos tipos de cerámica —desde sencillos recipientes de cocina hasta vasijas para el almacenamiento de productos artísticamente decoradas—, sino también armas, fragmentos de obras de arte dañadas, joyas perdidas o escondidas, así como utensilios de metales nobles o hechos con materiales valiosos. El allanamiento más conocido de un lugar es el de la Acrópolis de Atenas después de su destrucción por los persas en vísperas de la batalla de Salamina, en el año 480 a. de C. Bajo Pericles y sus sucesores, la montaña fortificada se levantó de nuevo sobre las ruinas, podría decirse que surgiendo de las cenizas, con una magnificencia no conocida hasta entonces, con todos los templos y edificios que actualmente consideramos como los representantes por antonomasia de la arquitectura clásica: el Partenón, los Propileos, el Erecteión y el templo de Atenea Nike.

En el curso de las generaciones, los nuevos asentamientos en el tell se disponían a una altura cada vez mayor sobre las primeras edificaciones, que los habitantes primitivos habían erigido directamente sobre el terreno, y al mismo tiempo iban aumentando de tamaño las áreas sobre las que podía construirse, ya que los escombros que se producían se desplazaban hacia afuera, junto a los bordes y sobre ellos. Podría decirse que en el curso de los siglos las personas se instalaban en estos lugares «en altura» y «en anchura». Al inspeccionar una de estas colinas de colonización surgidas artificialmente, las capas nuevas se van añadiendo, como los anillos de los troncos de los árboles, a las anteriores más antiguas de dentro hacia fuera. Éste es, por ejemplo, el caso en Hisarlik. Por otro lado, cimientos de muros de fortificación o de casas pueden encontrarse hundidos en las capas más antiguas, lo que explica la confusa «coexistencia» de edificaciones de diferente antigüedad.

Un elemento valioso para la estratigrafía y la cronología del lugar

Para los arqueólogos estas colinas de asentamientos constituyen un valioso filón. Con el lugar sellado hasta el inicio de la excavación, el cuidadoso desmontaje de las capas superpuestas permite acumular una gran cantidad de conocimientos sobre la cronología y la historia de sus habitantes. En un corte vertical a través del tell, las capas individuales —llamadas strata (en singular: stratum)[1]— pueden compararse a las páginas de un libro cuyo primer capítulo empieza sobre el plano del terreno original. La investigación e interpretación de un corte de este tipo en la excavación a través de un grupo de capas de asentamientos, es conocida por los arqueólogos con el nombre de «estratigrafía». Pero lo que hoy se considera un conocimiento obvio para cualquier excavador, una herramienta que se le proporciona ya en el primer curso de sus estudios universitarios, Schliemann lo descubrió y probó en Hisarlik, lo desarrolló en Micenas y lo perfeccionó luego en el curso del tiempo. También su sucesor Dörpfeld realizó una contribución de considerable importancia al desarrollo de este método de investigación.

Para la posterior investigación de Hisarlik fue un acontecimiento desgraciado la nivelación de una gran superfi-

1. En español, la palabra es «estrato». *(N. del t.)*

cie de la colina para la construcción de un templo de Atenea por los griegos y más tarde por los romanos, después de que los soldados del opositor de Sila, Flavio Fimbria, hubieran destruido la ciudad griega de Ilión en el año 85 a. de C. Aunque, con el nombre de Ilium, Ilión se reconstruyó más grande y magnífica, para disponer el gran recinto sagrado de la diosa de la ciudad Atenea se desmontó adicionalmente la acrópolis de la colina. De este modo se destruyeron al mismo tiempo todas las capas más antiguas situadas por debajo. La pérdida que ha ocasionado a la ciencia esta medida es grande, pues con seguridad en los niveles estratigráficos perdidos se habían conservado los restos de numerosas edificaciones de Troya VI, que representó el momento de mayor plenitud de poder y florecimiento cultural del lugar y que se sigue considerando, o se considera de nuevo, como la ciudad que se canta en la *Ilíada*.

El puerto de Troya en la bahía de Besika

Los señores de Hisarlik tenían también, por descontado, un puerto, en el que anclaba su flota de guerra y donde también podían descargar sus mercancías los barcos comerciales, propios o extraños. Schliemann y Dörpfeld supusieron que estas instalaciones se encontraban situadas al norte de la fortificación, es decir, directamente detrás de la entrada a los Dardanelos. La *Ilíada* nombra «el campamento en la llanura junto al Helesponto» siete veces. Sólo la formulación «junto al Helesponto» fue la causa de que se supusiera que el campamento debía de estar localizado en el norte. Sin embargo, en 1898 Wilhelm Sieglin había podido demostrar que con la denominación «Helesponto» no sólo se hacía referencia al estrecho propiamente dicho, sino que este nombre incluía «el mar de Tracia hacia el oeste y la Propóntide hacia el este». Y en el

FIG. 2. *Mapa de la llanura de Troya.* (© Universidad de Tubinga, Troia-Projekt.)

siglo VI Esteban de Bizancio explica que la isla de Ténedos se encuentra «en el Helesponto».

Ya en 1924 una expedición a la bahía de Besika, situada al sudoeste de Troya, determinó que en el curso del tiempo ésta había quedado enterrada. Korfmann pudo confirmar esta constatación con las nuevas perforaciones y por medio de inspecciones del terreno, y dedujo que «la bahía actualmente colmatada de 4 km de anchura y 3 km de profundidad puede considerarse como un fondeadero apropiado para embarcaciones prehistóricas (e históricas) y debe

ser, además, considerada como tal a partir de la documentación histórica y ahora también de la nueva documentación arqueológica». Las investigaciones geológicas permiten concluir que en el siglo IV a. de C. la orilla estaba situada aproximadamente un kilómetro y medio más hacia el interior, y que en el siglo II a. de C. la línea de la playa discurría todavía 800 metros hacia el interior de la actual línea de la costa. Este antiguo trazado puede adivinarse todavía hoy por una ligera elevación sobre la que crece una fila de encinas.

Existen aún otras razones para identificar la bahía de Besika como el puerto de Troya. Hasta la entrada en los Dardanelos no existe en esta costa escarpada ningún otro lugar en el que atracar. Por eso Latacz describió acertadamente en una ocasión a la bahía de Besika como «la última gasolinera antes de entrar en la autopista». Hace veinte años pudieron localizarse aquí todavía, después de cinco meses veraniegos sin lluvia, seis fuentes que daban aún en total 48 litros de agua por minuto. En cambio, en la desembocadura del Scamander, situada al norte, no existía ni existe tampoco en la actualidad ningún suministro de agua potable —esta región en otros tiempos pantanosa únicamente podía garantizar una regular plaga de mosquitos.

El último fondeadero antes de la entrada a los Dardanelos

Sin embargo, probablemente el argumento más decisivo para la localización del puerto en la bahía de Besika sea su valor náutico desde la Prehistoria hasta la época moderna. Desde los Dardanelos fluye una corriente que puede alcanzar hasta los nueve kilómetros por hora. Además, sopla un fuerte viento del nordeste que en promedio tiene una fuerza de hasta 16,2 kilómetros por hora. Ambos elementos, la corriente y el viento, dificultan considerablemente la entrada en los Dardanelos. Sólo en raras ocasiones, y durante un breve período de tiempo, se daban y se dan vientos del sudoeste y del sudeste que facilitan o hacen posible la entrada en el estrecho. Rigurosas investigaciones climatológicas realizadas en la zona han mostrado que se puede contar con la presencia de estos vientos favorables casi de forma exclusiva entre abril y junio. Si tenemos en cuenta que la navegación a vela contra el viento no era habitual en la Edad de Bronce ni tampoco mucho tiempo después, está claro que los barcos de una fuerza militar micénica o de comerciantes pacíficos sólo podían echar anclas en la bahía de Besika.

Esta constatación pone de nuevo de manifiesto la situación estratégica extraordinariamente favorable de Troya para el control del paso o tránsito de navíos por los Dardanelos. En la bahía del Egeo, las naves tenían que esperar la aparición de vientos favorables. Y los comerciantes no tenían más remedio que permanecer con su carga en la playa y probablemente pagar los correspondientes tributos a los troyanos por este tiempo de espera, por no hablar de los gastos de aprovisionamiento. Otra posibilidad consistía en hacer transportar las mercancías por tierra, también pagando, si no es que se arrastraban incluso las embarcaciones por vía terrestre; sin duda, para ello no faltaban en Troya, proverbialmente rica en caballos, medios de transporte suficientes. En cualquier caso, la situación topográfica de su ciudad y las condiciones naturales para la navegación que se daban en la época aseguraban siempre a los troyanos grandes beneficios.

Así pues, puede decirse que el viento proporcionó a Troya su riqueza. Este hecho explica también satisfactoriamente por qué esta fortificación situada junto al paso marítimo al mar Negro pudo ocupar durante milenios una posición destacada y sin duda supuso un motivo de irritación para muchos vecinos o pueblos que tenían un interés

en el paso. En este dominio estratégico hay que buscar las causas de las numerosas guerras de Troya de las que se han encontrado huellas en Hisarlik. Corinto, en el Peloponeso, tenía una situación igualmente afortunada entre dos mares. También su poder comercial fue dominante en época Arcaica, y la riqueza que acumuló debido a esta situación favorable se correspondió con esta posición; la cerámica de Corinto del siglo VII a. de C. fue famosa en el mundo antiguo. En aquella época, la hegemonía posterior de Atenas en Grecia se encontraba todavía muy lejana.

CAPÍTULO 2

EL MITO DE TROYA EN LA ANTIGÜEDAD

Para los hombres de la Antigüedad greco-romana era un hecho que en la colina que actualmente llamamos Hisarlik existió en otro tiempo el palacio de Príamo. Aquí se había cumplido el destino de Troya marcado por los dioses. El heroico pasado se manifestaba en las imponentes ruinas, con los restos conservados de los antiguos muros de fortificación, todavía de varios metros de altura, que a los ojos de los primeros colonizadores griegos en Asia Menor constituían un testimonio mudo del anterior esplendor de la ciudad caída, de poder y destrucción guerrera. El poema homérico había encontrado su escenario real en este lugar. Para los recién llegados que volvieron a instalarse en estos parajes muchos años después, esto no ofrecía ninguna duda.

Hisarlik y su entorno, que al parecer inicialmente eran sólo una pequeña colonia sin importancia con su correspondiente territorio, se convirtieron en el curso de los siglos en un auténtico lugar de peregrinaje para viajeros a Troya que llegaban de todos los puntos cardinales del mundo antiguo. Emperadores y reyes, generales y grandes gobernantes, así como visitantes interesados en el pasado heroico de este emplazamiento, buscaban aquí los lugares que, en su opinión, Homero había cantado y que tenían

una importancia tan destacada en la transmisión mítica de la historia temprana de Grecia. Es probable que pronto los lugareños vivieran sobre todo del prestigio de habitar en este famoso lugar, ya que entre otras cosas en aquella época podían exhibir todavía partes del muro fortificado de Troya VI, como han podido determinar las nuevas excavaciones. Por lo que sabemos, la dinámica propia que el mito en torno a Troya desarrolló ya muy tempranamente fue sencillamente increíble; sirvió para el enaltecimiento propio, como justificación del derecho a entablar nuevas guerras y para fundamentar exigencias de dominio. Y de este modo se introdujo también en las disputas políticas.

Como mínimo de inicios del siglo VII a. de C. procede la transmisión según la cual los habitantes de la comarca griega de Locris debían enviar anualmente a Troya a dos vírgenes de origen noble como esclavas del templo de Atenea en reparación por un desafuero cometido por Áyax. Según la leyenda, durante la conquista de la ciudad de Príamo, Áyax se había llevado a la fuerza a su hija Casandra, a pesar de que ésta había buscado protección en el altar de la diosa.

Tucídices

También el historiador Tucídices (455-400 a. de C. aprox.), cuyo nombre unimos en la actualidad con el inicio de la historiografía crítica, estaba convencido de que la guerra de Troya transmitida por Homero era efectivamente un acontecimiento histórico. En los capítulos introductorios de su *Historia de la guerra del Peloponeso* —la confrontación fundamental entre las dos grandes potencias de Atenas y Esparta que tuvo lugar entre los años 431 y 404 a. de C.—, el autor describe la guerra de Troya como la primera empresa comunitaria de los helenos contra un enemigo extranjero. Resulta en sí mismo digno de destacar que precisamente un escritor tan lúcido y aparentemente libre de prejuicios reconozca la historicidad de la guerra, que la considere como una realidad histórica. Y eso a pesar de que Tucídices juzga la historia temprana de Grecia de manera absolutamente distanciada y con grandes prevenciones cuando recuerda al lector en uno de sus «capítulos sobre el método» que las personas «reciben unas de otras las tradiciones del pasado sin comprobarlas, aunque se trate de las de su propio país». Y también que «poco importa a la mayoría la búsqueda de la verdad y antes se inclinan por lo primero que encuentran» (Tucídices 1,20).

Tucídices considera la transmisión mítica en general, y a Homero en particular, de forma absolutamente escéptica, pero para él eso no afecta a la realidad efectiva de una antigua confrontación entre griegos y troyanos. Esta guerra ocupa un lugar bien marcado en el bosquejo histórico de su obra, por más que no atribuya al suceso el despliegue de hombres y medios de la transmisión homérica y, en comparación con la guerra del Peloponeso, lo considere como una empresa bastante modesta. También en la actualidad vale la pena volver a leer sus reflexiones al respecto:

> No se utilizaría un indicio exacto si, basándose en que Micenas era pequeña o en que alguna ciudad de las de entonces parece ahora sin importancia, se pusiera en duda que la expedición fue tan grande como los poetas lo han contado y como la tradición mantiene; pues si fuera devastada la ciudad de Esparta y sólo quedaran los templos y cimientos de los edificios, pienso que, al cabo de mucho tiempo, los hombres del mañana tendrían muchas dudas respecto a que su fuerza correspondiera a su fama. Sin embargo, los espartanos ocupan dos quintas partes del Peloponeso y su hegemonía se extiende a la totalidad y a sus muchos aliados del exterior; pero a pesar de esto, dado que la ciudad no tiene templos ni edificios suntuosos y no está construida de forma conjunta, sino que está formada por al-

deas dispersas a la manera antigua de Grecia, parecería muy inferior. Por el contrario, si les ocurriera esto mismo a los atenienses, al mostrarse ante los ojos de los hombres del mañana la apariencia de la ciudad, conjeturarían que la fuerza de Atenas era doble de la real. No hay razón, pues, para plantear dudas ni para prestar más atención a la apariencia de las ciudades que a sus fuerzas reales, sino que hay que creer que la guerra de Troya fue más importante que las anteriores, aunque inferior a las de ahora, si es que también en este caso debemos confiar en los versos de Homero, quien, aunque es verosímil que, como poeta, la ponderara para engrandecerla, aun así deja clara su inferioridad (Tucídices, 1, 10).

Jerjes

Sin duda el rey persa Jerjes no se planteó estas reflexiones histórico-críticas sobre el pasado heroico de los griegos y la guerra de Troya cuando visitó, en el año 480 a. de C., la fortaleza de Ilión poco antes de cruzar con su ejército el estrecho entre Oriente y Occidente. Probablemente Jerjes vio este rodeo como un efectivo gesto político dirigido contra los griegos, que también podía ser interpretado como el preludio de una campaña de venganza por la derrota antiguamente sufrida por Oriente frente a Occidente. Herodoto explica sobre la visita en su *Historias*:

> Cuando Jerjes llegó a este río (el Scamander), subió a la fortaleza de Príamo, que deseaba ver. Contempló la fortaleza, escuchó todo lo que allí había sucedido y sacrificó a la Atenea de la Ilíada mil vacas. Los magos ofrecieron libaciones a los héroes (Herodoto 7,43).

Alejandro Magno

Ilión fue especialmente venerada y protegida por Alejandro Magno (356-323 a. de C.). Un siglo y medio después de la visita de Jerjes, en el año 334 a. de C., el joven rey de los macedonios llegó igualmente, en el inicio de su campaña contra el rey persa Darío, a este lugar tan cargado de símbolos. Había pasado a Asia también para vengar una deshonra, la que los persas habían infligido a los helenos en las dos guerras contra Grecia. La predilección de Alejandro por Homero era grande, si no obsesiva. Personalmente, el rey se sentía como el nuevo Aquiles. Bajo su almohada y junto a su puñal guardaba un ejemplar de la *Ilíada* que había sido revisado por su maestro, el filósofo Aristóteles. El futuro gobernante de un imperio mundial describía la epopeya como un manual de sabiduría militar. Más adelante, después de que le llevaran como parte del botín arrebatado al rey persa un cofrecillo que se consideraba la pieza más valiosa de entre las propiedades de su enemigo, guardaría en él su ejemplar de la *Ilíada*.

Plutarco refiere en su biografía de Alejandro la visita del rey:

> Subió a Ilión e hizo un sacrificio a Atenea, así como libaciones a los héroes. En la tumba de Aquiles, tras ungirse con aceite y correr desnudo junto con sus compañeros, como es costumbre, depositó coronas, llamándolo bienaventurado, porque en vida tuvo un amigo leal (Patroclo) y tras su muerte un gran heraldo de su gloria (Homero). Mientras daba un paseo visitando la ciudad, le preguntó uno si quería ver la lira de Alejandro (otro nombre de Paris). Él dijo que no tenía el menor interés en verla y la que buscaba era la de Aquiles, con la que el héroe celebraba las glorias y hazañas de esforzados varones (Plutarco, *Alejandro* 15).

En su respuesta, Alejandro Magno tenía en mente las líneas de la *Ilíada* en las que Homero dice de Aquiles, el jefe de los mirmídones indignado contra Agamenón:

> Llegaron a las tiendas y a las naves de los mirmídones
> y lo hallaron deleitándose el ánimo con la sonora lira
> bella, primorosa, que encima tenía en argénteo clavijero.
> La había ganado como botín cuando destruyó la ciudad
> de Eetión y con ella se recreaba el corazón y cantaba
> gloriosas gestas de los hombres.
> (IX, 185-189).

En la descripción transmitida por Arriano de la campaña de Alejandro puede verse hasta qué punto el gobernante de los macedonios se sentía atraído y fascinado por las narraciones homéricas. El rey rogó luego junto al altar de Zeus a Príamo que no guardara rencor a los descendientes de Neoptólemo, de cuya estirpe hacía derivar Alejandro a su familia. Según la transmisión, Neoptólemo había matado al anciano Príamo junto al altar. Además, según Arriano, consagró a la Atenea de la *Ilíada* su armadura y la cambió por armas que supuestamente procedían de la guerra de Troya. Estas honrosas antigüedades, llevadas por su guardia personal, le precederían luego en las batallas.

Digresión: la tumba de Aquiles

Korfmann y su equipo pudieron identificar, mediante excavaciones realizadas en el entorno de Hisarlik, el lugar cerca del cual se había desarrollado la escena transmitida por Plutarco anteriormente mencionada junto a la tumba de Aquiles. Aproximadamente a ocho kilómetros al sudoeste de la colina fortificada se levantan en la llanura, junto a la costa del Egeo, dos colinas claramente visibles llamadas *tumuli* (túmulos). Directamente sobre el mar sobresale como un cabo junto a la bahía de Besika el Yassitepe, de unos 27 metros de altura, y seiscientos metros hacia el nordeste aproximadamente, el Sivritepe.

Junto al Yassitepe, los arqueólogos pudieron investigar, entre cimientos de edificaciones otomanas y bizantinas, restos de asentamientos prehistóricos así como huellas de la fase Troya VI. Además se descubrió la existencia de un muro de delimitación helenístico. Pero el descubrimiento más importante realizado en este lugar fue el de los restos de un muro de fortificación poligonal en el llamado estilo lesbio, que por medio de un cuenco de estilo orientalizante que se encontró en las excavaciones pudo datarse en la primera mitad del siglo VI a. de C. De este modo la arqueología confirmaba una suposición de J. M. Cook, probablemente el mejor conocedor de la comarca de la Tróade: en el Yassitepe se situaba, en su opinión, la ciudad de Aquileion, fundada en torno al año 700 a. de C. por colonos de la isla de Lesbos. Hacia el año 600 a. de C., como informa Herodoto, los habitantes (mitileneos) de Aquileion combatieron contra los atenienses estacionados en Sigeion, unos seis kilómetros al norte, por esta parte de la Tróade, una de las numerosas variantes históricas del tema de la «guerra de Troya».

Anteriormente Aquileion había sido localizada en el norte de Sigeion. También Schliemann había supuesto que se encontraba allí, y otros creían que en el lugar se hallaba también la tumba de Aquiles, que en opinión general se encontraba situada junto a la colina funeraria de Patroclo. En mapas más antiguos el lugar aparece marcado cerca de Kumkale, junto a la entrada a los Dardanelos; así pues, también según el punto de vista de la época, los dos túmulos que se levantaban allí debían ser considerados como los de Aquiles y Patroclo.

Estrabón, que vivió en tiempos de Augusto, escribe en su *Geografía* que Aquileion estaba situada junto a la sepultura de Aquiles. Y Plinio lo confirma en su *Naturalis*

Historia. Según esto, el túmulo de Aquiles puede identificarse con el Sivritepe, situado a una distancia de pocos cientos de metros de Aquileion. Las investigaciones han determinado que, en la forma en que se ha conservado, la colina se formó sólo, mediante un cuidadoso amontonamiento de materiales, en la época helenística. Según la convicción de visitantes posteriores, el lugar ocultaba la tumba del rey de los mirmídones. Las nivelaciones realizadas en la Antigüedad hacen que ya no sea posible comprobar si en este lugar se levantó anteriormente otra colina más antigua, pero de todos modos esta hipótesis no queda excluida.

La ascendencia mítica troyana de los romanos

Para el poder universal emergente de Roma, el origen legendario de los romanos en Eneas, que con su padre Anquises y su hijo Ascanio/Julo escapó huyendo del infierno de Troya en llamas, era una realidad histórica. Esta transmisión se consideraba tan indudable, que se incluyó en la política efectiva de los normalmente más bien prosaicos romanos. Más tarde, durante el gobierno de Augusto, Virgilio daría forma inmortal a este mito con la *Eneida*, una obra de nueva creación que tomaba como modelos a las epopeyas de Homero, la *Ilíada* y la *Odisea*.

Probablemente el testimonio más temprano de que con el mito en torno a Eneas y la consiguiente supuesta ascendencia de los romanos podía hacerse política proceda del año 281 a. de C. Pero significativamente no fueron todavía los romanos los que utilizaron este mito, sino los griegos. En esa fecha una legación de Tarento, en el sur de Italia, pidió ayuda al rey Pirro de Epiro contra los romanos. Y el gobernante accedió a los ruegos de la ciudad en la esperanza de que, como descendiente de Aquiles, al final resultaría igualmente vencedor en el combate contra los descendientes de los troyanos. La historia, como sabemos, le proporcionaría un desengaño.

La aceptación de este mito por parte de un gobernante griego muestra que esta versión de la propia historia temprana ya por entonces debía estar extendida, por no decir incluso que era *communis opinio* en el mundo antiguo. Y también la acuñación de moneda en esta época se servía ya del mito como un bienvenido medio propagandístico. Así lo muestra, por ejemplo, una didracma acuñada en Italia que lleva como leyenda el nombre de Pirro y en la cruz la representación de Tetis, en un hipocampo, que sostiene en sus manos el escudo creado para su hijo Aquiles. En la cara de la moneda está representada la cabeza del héroe con yelmo.

Poco después del año 240 a. de C., cuando Roma, después de la victoria sobre Cartago en la Primera Guerra Púnica, había ascendido ya definitivamente al rango de gran potencia, los griegos acarnianos pidieron el apoyo de los romanos contra sus vecinos etolios, por los que se sentían amenazados. El argumento que justificaba sus pretensiones era el de que ellos eran los únicos griegos que no habían participado en la guerra de Troya. Entonces la intervención en favor de los acarnianos fue rechazada con brusquedad por los destinatarios de la petición, ya que en aquel momento el Senado no estaba interesado en una intervención militar en el este. Sin embargo, esto cambió algún tiempo después. En la actuación del victorioso Tito Quinto Flaminio encontramos una clara referencia a la ascendencia troyana de su pueblo. Después de su famosa declaración de libertad para los griegos durante los Juegos Ístmicos de Corinto en 196 a. de C., como explica Plutarco, Flaminio ofreció a Delfos escudos de plata y el suyo propio y también hizo ofrenda a Apolo de una corona con epigramas que decían así:

> Hijos de Zeus, en los que hierve alegre y firme
> la sangre real de Esparta de la estirpe de Tíndaro,

Tito, el vástago de Eneas, os trae la ofrenda más magnífica,
que ha traído de nuevo al pueblo griego la libertad
/…/
Repose en tus rizos ambrosíacos como ofrenda bendita,
hijo de Leto, esta corona dorada
que trae el gran guerrero de la estirpe de Eneas,
¡concede, protector, la fama para la lucha de Tito
el magnífico!
(Plutarco, *Tito* 12).

Cuatro años más tarde el rey seléucida Antíoco III sacrificó a Atenea en Troya antes de cruzar a Grecia con su flota. Y en 190 a. de C. —Roma seguía en guerra con el gobernante seléucida—, el cónsul romano Lucio Cornelio Escipión representó también allí la misma escena. Al parecer el lugar se adaptaba magníficamente a los gestos públicos espectaculares y políticamente oportunos. Como explica Livio (XXXVII 37,3), los habitantes de Ilión señalaron al importante visitante, acompañando sus indicaciones con toda suerte de homenajes de palabra y obra, que los romanos procedían de su estirpe. Éstos a su vez se sintieron muy complacidos al enterarse, o ver confirmada, semejante ascendencia. Y en este mismo sentido tenemos conocimiento de los favores que Roma concedió a Troya como «ciudad madre» después del final de la guerra y de la paz de Apameia en el año 188 a. de C. Ilión obtuvo la libertad y su región se amplió con las ciudades de Rhoeteum y Gergithum.

César y la estirpe de los Julios

Unos lazos aún más estrechos unían a Cayo Julio César y a su hijo adoptivo Octavio, el posterior emperador Augusto, con la ciudad de Troya. De hecho, la familia de los Julios, de la que procedía el dictador asesinado en el

FIG. 3. *Eneas con la imagen de culto a Atenea en la mano derecha y su padre Anquises en el brazo izquierdo. Moneda acuñada por Julio César en 49 y 47 a. de C.* (Museo Británico, Londres.)

año 44 a. de. C., se consideraba descendiente directa de Ilos, o en latín Ilus, el legendario fundador de Troya y abuelo de Príamo. El padre de éste, Laomedonte, había engañado a Heracles y Poseidón al no darles su recompensa después de que hubieran construido las murallas de la ciudad. La consecuencia de esta promesa incumplida fue una «guerra de Troya» bajo el mando de Heracles que acabó con la destrucción de la ciudad fortificada, como puede leerse también en la *Ilíada*. Esta primera campaña de un héroe griego contra la fortaleza junto a los Dardanelos aparece igualmente representada en uno de los frontones del templo de Afaya, en Egina, cuyas esculturas pueden admirarse actualmente en la Gliptoteca de Munich.

Los Julios veneraban a Venus, la Afrodita griega, como madre de su estirpe. Conforme al mito, la diosa del amor era la madre de Eneas. Ya en el 68 a. de C., Julio César, que entonces tenía 32 años, había puesto de relieve en el discurso fúnebre para su tía Julia el origen de su estirpe en la diosa Venus. Y después de la batalla de Farsalia, el vencedor visitó también, en 48 a. de C., la ciudad de sus ancestros. César concedió grandes honores a la patria mítica de sus antepasados. Aumentó el territorio de Ilium, lo libe-

ró de tributos y aseguró su libertad con las correspondientes medidas, como escribe Estrabón (XIII 1,27).

Bajo el dominio de César se acuñó también en Roma por primera vez una moneda que muestra a Eneas huyendo de Troya en llamas, con su padre Anquises en el brazo izquierdo y en la mano derecha el paladio, la antigua y venerable imagen sagrada de culto de Atenea, la diosa de la ciudad. Según un rumor que nos ha sido transmitido por el biógrafo del emperador, Suetonio, César pensaba incluso en la posibilidad de trasladar su residencia a Ilión y quería «cambiar el centro del Imperio de la Italia agotada por los levantamientos para situarlo allí, y confiar los asuntos de Estado en Roma a sus amigos» (Suetonio, *César* 79).

Augusto y Virgilio

Con la decadencia de la *res publica* en las décadas de guerras civiles, a las que sólo el posterior emperador Augusto puso fin con la batalla librada cerca de Actium en el año 31 a. de C. y la toma de Alejandría un año más tarde, desapareció también la significación en la política efectiva de la ascendencia troyana de los Julios. Pero bajo Augusto la saga de la familia Julia se transformó en patrimonio nacional y en justificación del dominio universal de Roma. El príncipe encontró en el poeta Virgilio al hombre que iba a dar a esa exigencia «querida por dios» una digna forma literaria. En su epopeya la *Eneida*, iniciada el 29 a. de C. y publicada sólo tras la muerte de Virgilio el 19 a. de C., se despliega toda la historia de Roma en un desarrollo lógico cuyo único objetivo es el imperio mundial garante de la paz con el príncipe Augusto a la cabeza.

Dietmar Kienast ha señalado con acierto en su libro sobre Augusto la multiplicidad de enfoques que revela esta obra de la literatura universal artísticamente elaborada: «Pero la *Eneida* no es sólo la epopeya nacional romana,

sino, al mismo tiempo, la epopeya que celebra el origen mítico de la casa Julia. Ambas cosas están inseparablemente unidas. Así como en el destino de Eneas se encarna simbólicamente toda la historia romana, y se hace referencia tanto a la guerra por Italia como a la confrontación con Cartago, Eneas es también simultáneamente ancestro y prototipo de Augusto. Igual que Eneas sólo después de interminables esfuerzos y combates pudo cumplir su misión y fundar en suelo italiano una nueva Troya, también Augusto sólo tras una lucha larga y difícil pudo poner fin a las guerras civiles y fundar Roma de nuevo. Quién no pensaría en el príncipe cuando Eneas dice que ha dado a su pueblo *mores et moenia* (moralidad y murallas). Y lo que era válido para Eneas sin duda también debía serlo para Augusto: como él, Augusto era *pietate insignis et armis* (distinguido por su piedad y fama guerrera)». Ya en el primer libro de la epopeya, Júpiter anuncia la fundación de Roma y la era de paz bajo Augusto. El hijo (adoptivo) de César aparece así como el personaje fijado por el destino para completar la historia romana.

La relación entre el origen de Eneas y el de la paz garantizada por el príncipe se manifiesta de forma patente en la Ara Pacis Augustae de Roma. En una de las placas de mármol con relieves de este altar de la paz augusta, Eneas aparece representado en el sacrificio a los penates, los dioses domésticos de sus padres. El héroe los había salvado de la Troya en llamas y los había traído a Italia. Para cualquiera que contemplara el relieve, estos penates eran también los de la casa Julia y, al mismo tiempo, los de todo el pueblo romano.

También Augusto, que en el año 20 a. de C. había visitado Ilium, se preocupó de Troya. El emperador renovó el templo de Atenea, que durante la guerra contra Mitríades en 85 a. de C. había sido destruido por el general romano Fimbria en la toma de Ilión. Sila ordenaría luego la reconstrucción de la ciudad. Estrabón explica que Fimbria

se había ufanado de haber conquistado la plaza en el undécimo día cuando Agamenón sólo lo había logrado al cabo de diez años, aun teniendo una flota de mil barcos y después de que toda Grecia se le hubiera unido. Según este relato, un habitante de la ciudad le replicó que Ilión no tenía ya ningún Héctor que defendiera la ciudad.

Los sucesores de Augusto

Tampoco los sucesores de Augusto se olvidaron de Troya, y otros emperadores la honraron con su presencia. Suetonio explica en su biografía del emperador Claudio que éste eximió del pago de tributos para todos los tiempos a los habitantes de Ilium, los padres del pueblo romano. «Con esta ocasión dio lectura a una carta antigua escrita en griego en la que el Senado y el pueblo de Roma aseguraban al rey Seleuco (probablemente Seleuco II Calínico, 246-226 a. de C.) su amistad y su alianza sólo bajo la condición de que liberara a los habitantes de Ilium, sus parientes de sangre, de toda carga tributaria» (Suetonio, *Claudio* 25). No tiene importancia que este escrito fuera o no una falsificación posterior de los habitantes de Ilium. La cita revela inequívocamente que todavía podía hacerse política con la leyenda de los orígenes de Roma, y además con éxito.

Suetonio refiere también un aspecto vergonzoso de la recepción de Troya referido a Nerón. Según afirma, al contemplar las llamas del incendio de Roma promovido por él en el año 64 d. de C., el emperador cayó en éxtasis. «En su alegría por "la belleza de la incandescencia de las llamas", como él lo expresaba, con su conocido vestuario teatral entonó un canto de la conquista de Ilium» (Suetonio, *Nerón* 38). Probablemente el texto fue compuesto por el propio Nerón, en un nuevo ejemplo de sus dudosas capacidades como poeta.

También el mayor amigo de los griegos en el trono imperial romano, Adriano, favoreció a la ciudad de sus antepasados míticos. Su visita a Ilium en el año 124 d. de C. constituyó probablemente la ocasión para efectuar la renovación del odeón de la ciudad. El edificio de la escena *(skene)*, hecho de madera, fue sustituido por uno de piedra que se levantaba hasta una altura de tres plantas en el lado del escenario. Entre el conjunto de esculturas que adornaban la nueva construcción se encontraba —naturalmente en el punto central— una estatua del promotor que lo representaba como general con coraza. Esta estatua de Adriano fue descubierta en 1993 durante las excavaciones y actualmente se encuentra en el museo de Canakkale.

En Ilium tuvo lugar otro episodio poco honroso, transmitido por Caracalla, que nos ofrece un retrato significativo del carácter del protagonista. Caracalla llegó a la ciudad en el año 214 d. de C. Allí consagró a su gran ideal Aquiles una enorme estatua de bronce y organizó con sus soldados desfiles militares en torno a la tumba del héroe caído ante Troya. Para que estos actos no cedieran en nada a las celebraciones fúnebres y los juegos organizados por Aquiles en honor de Patroclo después de su muerte a manos de Héctor, Caracalla, a falta de un Patroclo propio, asesinó sin vacilar a su amigo Festus.

Según diferentes fuentes escritas, Constantino el Grande, como César antes, pensó también en erigir la nueva capital del imperio mundial romano cerca de Troya. Si las fuentes son correctas, el plan del emperador fracasó finalmente porque la bahía de Ilium había quedado colmatada; Troya ya no tenía puerto. De este modo su anterior posición estratégica formaba ya parte del pasado y la fuente de su riqueza se había agotado.

El final de Troya en la Antigüedad tardía

En una carta del emperador romano de la época tardía Juliano el Apóstata se refleja el brillo crepuscular del gran pasado mítico y de la antigua importancia que había tenido Troya. En el año 354-355 d. de C. Juliano visitó como césar la ciudad, que entretanto se había convertido también en sede episcopal. Su barco atracó en Alexandreia Troas, frente a la isla de Ténedos. Acompañado por el obispo Pegasios, el gobernante, partidario de las antiguas creencias romanas, inspeccionó la ciudad y sus alrededores. Después de que su tío Constantino hubiera declarado al cristianismo religión del Estado, Juliano temía que los antiguos lugares de peregrinación fueran destruidos o en todo caso abandonados a la ruina; sin embargo, pudo comprobar con alegría que la sepultura de Aquiles permanecía intacta, y en el templo de Atenea pudo observar todavía las huellas de sacrificios recientes. El emperador pudo constatar así con satisfacción que al parecer los viejos ritos se seguían practicando en la forma prescrita.

Pero el final no podía tardar en llegar. En 391 d. de C. los cultos paganos fueron prohibidos definitivamente, y a principios del siglo V d. de C. el ágora pasó a realizar las funciones de cementerio. Un intenso terremoto que afectó al lugar en torno al año 500 d. de C. hizo el resto: las salas hipóstilas del templo de Atenea y otras edificaciones se derrumbaron; también quedó destruida la *skene*, entre cuyos escombros se encontró la estatua de Adriano antes mencionada.

Si los supervivientes de esta catástrofe siguieron en el lugar, debieron de vivir en los miserables restos de la destrucción, y probablemente tuvieron que sufrir también más tarde un nuevo golpe del destino cuando, en el año 542 d. de C., una plaga se abatió sobre Anatolia.

CAPÍTULO 3

LA PERCEPCIÓN DE TROYA EN LA EDAD MEDIA Y LA EDAD MODERNA

Con el fin de la Antigüedad llegó también el fin de Troya. Aunque siguió siendo sede episcopal y en la época bizantina existió un asentamiento en el lugar, apenas se sabe nada acerca de su aspecto en los siglos XII y XIII y probablemente no era más que una pequeña localidad con algunas casas. Se puede suponer que existió una iglesia en la proximidad del gran teatro, ya que allí se localizó un cementerio. Y en el sudoeste de la ciudad inferior de Troya VI se encontraba otro lugar de enterramiento.

Finalmente, en algún momento la ciudad dejó de ser también sede episcopal. Luego Troya se siguió hundiendo en el torbellino del olvido, en un período en que en Europa se anunciaba la gran época en la que la Antigüedad desempeñaría un papel dominante, el Renacimiento. En Occidente la gente había olvidado hacía tiempo el lugar en sí mismo y ya no tenía una idea clara de su situación. Pero el mito de la guerra de Troya, el recuerdo de los héroes y de los dramas humanos, se había mantenido vivo, y había conducido a conclusiones erróneas y actuaciones políticas dignas de señalar.

Los conocimientos sobre Troya y sus mitos, que anteriormente habían formado parte de la formación general

de la elite romana, se introdujeron ahora en el mundo de representaciones de los linajes de la época de las migraciones de los pueblos y, más tarde, en el de los caballeros. Así como los romanos en otra época habían recurrido a la saga troyana para configurar la leyenda sobre su ascendencia —el punto culminante de esta tradición fue la genealogía de César y Augusto, que habían derivado su estirpe de Eneas en línea directa—, algunos linajes germánicos descubrieron también las ventajas de una apropiación de este tipo: una identificación con el mito permitía establecer una estrecha conexión con la admirada cultura romana, que se encontraba muy por encima de la propia, y este paso, a su vez, hacía que se pudiera reformular la superioridad militar dándole la forma de una reclamación política del poder, proclamando la herencia legítima del anterior Imperium Romanum ahora sometido. La alusión a la antigüedad y a la venerable nobleza era además un argumento muy útil cuando se trataba de imponer unas exigencias de dominio.

Según la *Historia de los godos* de Casiodoro, el rey ostrogodo Teodorico el Grande (453-526), que se había educado en Bizancio, reclamó para sí una ascendencia troyana, igual que lo hicieron, por ejemplo, los reyes francos. De la rama del árbol genealógico así creada pronto brotaron en Europa numerosas ramificaciones. La saga troyana franca probablemente tenga su origen en Xanten (Baja Renania), por entonces la romana «Colonia Ulpia Traiana». Ya en la Antigüedad el nombre se escribió como «Colonia Troiona». La conclusión de que este lugar podía identificarse con un asentamiento de troyanos supervivientes era obvia. Las ruinas de Xanten debieron de apoyar esta conjetura y contribuir a la formación de la leyenda.

La saga troyana franca aparece por primera vez en las llamadas *Crónicas de Fredegario*, del siglo VII. Estas notas surgieron probablemente por una orden de la corte real. En las crónicas se dice, entre otras cosas, que después de

la caída de Troya parte de los supervivientes, bajo el mando de un tal rey Frigas, se trasladaron a la región del Danubio. De ellos se separó luego un grupo que se dirigió al Rin para allí «construir una ciudad según el modelo y con el nombre de Troya». La identificación de esta Troya con Xanten está documentada ya en el siglo VIII.

En la cara posterior de una moneda del arzobispo de Colonia Hermann II (1036-1056) de Xanten, la ciudad aparece descrita como «Sancta Troia». Y un documento del emperador Enrique III redactado en Xanten en 1047 describe el lugar de expedición como «Troja, también llamada Xanten».

Incluso los caballeros de la Cuarta Cruzada recurrieron al mito de Troya para justificar su marcha a Constantinopla en lugar de a Jerusalén, o al menos para fundamentarla. Se ha transmitido un episodio de la primera mitad del siglo XIII que arroja una luz característica sobre esta postura. Se dice que Pedro de Bracheux formuló del siguiente modo los motivos para la conquista de Constantinopla: «Troya pertenecía a nuestros antepasados, y así ellos huyeron y fueron a vivir al lugar de donde nosotros hemos venido; y porque eran nuestros antepasados, hemos venido nosotros aquí para volver a conquistar su tierra.» No puede añadirse nada a este triste ejemplo de arbitrariedad política para justificar la fuerza.

Así como el mito en torno a Troya y su caída permaneció vivo a través de interesantes rodeos, perduró también en último término el deseo de localizar y visitar el lugar donde se había cumplido el destino de Héctor y Aquiles. Fuera de forma premeditada o más casual, algunos de los personajes que llegaron a las cercanías de los Dardanelos y a la llanura de Troya decidieron reconocer el terreno en busca de las huellas de Homero.

Se tiene noticia, por ejemplo, del viaje del peregrino anglosajón Saewulfo, a quien durante el viaje de Quíos a Constantinopla a bordo de un barco le hicieron notar que

en otro tiempo Troya se había encontrado situada a la altura de Ténedos. Otro testimonio del interés por la situación geográfica de la mítica ciudad se encuentra en el *Viaje a tierras de paganos* de Hans Schiltberger (1394-1427), que localizó a Troya correctamente en Hisarlik al escribir: «No lejos de Constantinopla, en una hermosa llanura cerca del mar, existió antes la ciudad de Troya, y se reconoce todavía muy bien el lugar donde se encontró en otro tiempo.» En octubre del año 1444 Ciríaco de Ancona, un acreditado viajero y amante de la antigüedad, recorrió la llanura de la Tróade. Según sus propias indicaciones, Ciríaco vio, en su viaje a Imbros, la isla de Samotracia en el horizonte y señala que desde esa elevación Poseidón había contemplado el tumulto de la lucha ante Troya.

La intensidad con que todavía, o de nuevo —dentro del renacimiento del entusiasmo por la Antigüedad—, podía llegar a concebirse la guerra de Troya como una confrontación entre Oriente y Occidente, se muestra en el relato de la visita que realizó a Troya en 1462 Mehmet II, el conquistador de Constantinopla. Enlazando con la antigua tradición, este gobernante visitó las ruinas, hizo que le mostraran los túmulos funerarios de Aquiles, Héctor y Áyax y sacrificó, como sus grandes predecesores, junto a la sepultura del rey de los mirmídones. Su amigo Ciríaco de Ancona, que lo había acompañado hasta allí, recitó a Homero. Se dice que a continuación Mehmet II afirmó que había sido elegido por Alá para vengar la ciudad y a sus habitantes; el sultán turco señaló que los griegos habían saqueado Troya y sus descendientes habían pagado con la destrucción de sus ciudades su arrogancia frente a los pueblos de Asia.

La traducción de la *Ilíada*

En el Renacimiento, los eruditos y los artistas se preocuparon por el mantenimiento y la protección del ideario

de la Antigüedad y de los mitos transmitidos. Petrarca ordenó la primera traducción de Homero al latín, que Leoncio Pilatos se encargó de realizar en 1360. A partir de 1396, Manuel Chrysoloras enseñó en Florencia la hasta entonces desconocida lengua griega y redactó una primera gramática. Allí, en la ciudad junto al Arno, se realizó también en 1488 la primera impresión de los textos homéricos, que fueron publicados por Demetrios Chalkondyles. De este modo el peligro de olvidar las raíces de la cultura propia había quedado conjurado para siempre.

Antes, en 1470, la traducción al latín de la *Geografía* de Estrabón había provocado una en último término saludable confusión en relación con la cuestión de Troya. De pronto el mundo erudito —en el que hasta entonces existía, de hecho, el convencimiento de que la fortaleza de Príamo era una utopía y que en consecuencia su búsqueda tenía que ser una empresa vana— tuvo conocimiento de las discusiones de los especialistas de Homero de la época helenística, de su disputa sobre la localización geográfica de Troya.

La búsqueda de Troya en la Edad Moderna

Los que luego fueron en busca de las ruinas de la ciudad no las encontraron. No podían hacerlo porque estaban ocultas bajo la tierra y los escombros. ¿Y quién podía pensar seriamente en buscar bajo la superficie de la tierra palacios y templos que, según las descripciones de Homero, debían ser sin duda monumentales y por su fortaleza tenían que haber sobrevivido a los milenios? Así como, por ejemplo, los edificios antiguos de Roma eran todavía visibles en su mayor parte, también debían elevarse todavía sobre el terreno los restos de Troya si la ciudad no era sólo un producto de la fantasía poética.

Durante mucho tiempo no se pensó en la posibilidad de realizar excavaciones. Como escribe Gerhard Neumann,

el interés «estaba orientado más bien hacia la visión pintoresca, estimuladora de la fantasía, que ofrecen los monumentos creados por los hombres en su ruina provocada por la fuerza destructora de la naturaleza». Pero el interés permaneció despierto, promovido por la creciente literatura de viajes y las descripciones que en ella se encontraban sobre países y gentes. Y en los mapas se encuentran repetidamente indicaciones sobre Troya. Estas localizaciones podían ser ficticias o podían orientarse por las ruinas que se habían conservado de la ciudad de Alexandreia Troas en las cercanías de Ilión, como en el caso de la copia de un mapa de vías romano del siglo XII o XIII, la llamada «Tabula Peutingeriana». O podía construirse también una imagen fantástica de la ciudad, como muestra, por ejemplo, la *Crónica del mundo* de Schedel del año 1493. Pero Troya y su mito estimularon además la fantasía de los poetas. Como ejemplo de las magníficas creaciones que debemos agradecer a estos esfuerzos por encontrar la mejor forma de representación de un tema baste mencionar el de *Troilo y Cresida* de Shakespeare, que a su vez podía apoyarse, como fuente para el desarrollo de la acción, en la famosa traducción de las epopeyas homéricas de George Chapman y en el *Recuyell of the Historyes of Troye* de William Caxton. Chaucer se ocupó también del mismo tema en su epopeya *Troilus and Criseyde*.

Los fantásticos descubrimientos de Herculano desde 1738, y de Pompeya diez años después, mostraron entonces qué tesoros podían estar ocultos bajo la tierra. El interés por las excavaciones regulares aumentó, así como la asunción por la ciencia del estudio de los restos de arquitectura de la Antigüedad que podían verse bajo o sobre la tierra. Bastará mencionar en este sentido la obra enormemente estimulante de los ingleses James Stuart y Nicholas Revett aparecida en 1762 *Antiquities of Athens measured and delineated*, que puso las bases para la irrupción de la arquitectura clasicista griega en Europa.

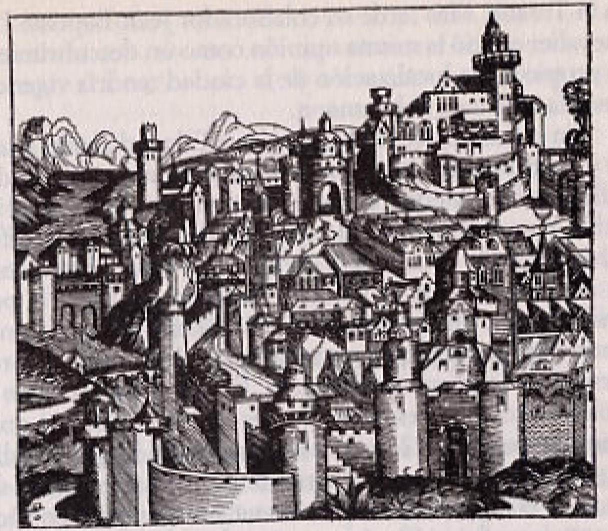

FIG. 4. *Representación fantástica de Troya de la* Crónica del mundo *de Schedel, Nuremberg, 1493.*

En estos años puede situarse también el inicio de una búsqueda deliberada de la Troya homérica. En este terreno hay que destacar el nombre de Robert Wood, un miembro de la «Society of Dilettanti» de Londres que ya había patrocinado viajes de Stuart y Revett. La intención de Wood era: «Leer la *Ilíada* y la *Odisea* en el lugar donde Aquiles luchó, donde viajó Ulises y donde cantó Homero.» Pero tampoco Wood pudo encontrar la Troya de Homero en sus viajes por el paisaje del mito. En 1776 el aristócrata francés y amante de la Antigüedad Marie Gabriel A. F. Choiseul-Gouffier viajó por la región mediterránea para buscar «la Grecia de Homero y Herodoto», y llegó a la conclusión de que la Troya de Homero debía haber estado situada cerca del pueblo de Bunarbaschi (Pinarbasi),

en la Tróade. Más tarde su colaborador Jean-Baptiste Lechevalier emitió la misma opinión como un descubrimiento propio. Esta localización de la ciudad tendría vigencia hasta la época de Schliemann.

Sin embargo, en 1801 los ingleses Edward Daniel Clarke y John Martin Cripps habían identificado, a través del hallazgo de monedas, el lugar de la antigua Ilión con Hisarlik. Y unos años antes el ingeniero alemán Franz Kauffer había señalado igualmente en su mapa esta colina como un enclave con ruinas y había fijado en ese lugar la posición de una ciudad, posiblemente planificada por Constantino el Grande, que, en su opinión, había sido la precursora de la posterior Bizancio. El editor periodístico y geólogo aficionado escocés Charles Maclaren publicó posteriormente, en 1822, una investigación en la que trataba de probar que la Troya homérica tenía que haber estado situada en el lugar de la Ilium romana. Sólo veinticinco años más tarde pudo verificar su teoría sobre el terreno, y en su segundo libro de 1863 *The Plan of Troy Described* se reafirmó en la reclamación para Hisarlik de la localización de Troya —cinco años antes del primer viaje de Schliemann a la Tróade y un año antes de que el austríaco Johann Georg von Hahn quisiera comprobar mediante excavaciones realizadas en el Bali Dagi, cerca de la localidad de Pinarbasi, la tesis de Lechevalier.

Dentro de esta tradición de amantes entusiastas de la Antigüedad griega, que a menudo adoptaba rasgos románticos y que contribuyó a iluminar la era mítica, se encontraba también Schliemann. Con sus excavaciones en Hisarlik se inició finalmente una nueva forma de recepción del mito de Troya. En adelante Homero se mediría por las ruinas puestas al descubierto en este lugar. El poeta no seguiría sirviendo ya de guía de viaje o de autoridad bienvenida en la búsqueda de huellas.

CAPÍTULO 4

HEINRICH SCHLIEMANN Y LAS EXCAVACIONES EN HISARLIK

«Reconozco que apenas pude dominar mi agitación cuando vi ante mí la fabulosa llanura de Troya, cuya imagen había ocupado ya los sueños de mi primera infancia. Sin embargo, me pareció a primera vista demasiado larga y Troya demasiado alejada del mar si realmente Bunarbaschi ha sido construida dentro del recinto de la antigua ciudad, como afirman casi todos los arqueólogos que han visitado el lugar.» Con estas palabras describió Heinrich Schliemann en su libro *Itaca, el Peloponeso y Troya*, publicado en 1869, su primer encuentro con el paisaje de la Tróade un año antes.

El hijo del predicador de Ankershagen, en el Mecklemburgo, había llegado, pues, al lugar, había alcanzado por fin el largo tiempo anhelado objetivo de sus sueños de niño, como formuló en sus notas posteriores. Schliemann enseguida se puso en camino hacia el pueblo de Pinarbasi (Bunarbaschi), que se encuentra situado aproximadamente a diez kilómetros del mar Egeo tierra adentro y unos trece kilómetros al sur de los Dardanelos. Heinrich Schliemann lo describe como «un pueblo sucio y miserable con 23 casas, de las cuales 15 están habitadas por turcos y 8 por albaneses. En cada uno de los tejados casi planos de las ca-

sas se puede ver una gran cantidad de nidos de cigüeña; en algunos he contado hasta doce». Por encima de Pinarbasi, en el Bali Dagi, pensaba la mayor parte del mundo erudito que se encontraba la Troya de Homero.

La base para esta suposición era, en primer lugar, la opinión de Jean Baptiste Lechevalier, que en 1785 había recorrido la Tróade con la *Ilíada* en la mano y había llegado a la conclusión de que la «Kirk Göz», cerca de Pinarbasi, las Cuarenta fuentes, podían identificarse con las fuentes cálida y fría del Scamander que se describen en la *Ilíada*:

> Y llegaron a los dos manantiales, de bello caudal.
> Allí una pareja de fuentes brota del turbulento Scamander:
> de una el agua mana tibia, y alrededor una nube de vapor
> asciende desde ella, como si fuera de ardiente fuego;
> la otra incluso en verano fluye parecida al granizo,
> a la fría nieve o al cristalino hielo formado de agua.
> (XXII, 147-152).

Aunque ya en el siglo II a. de C. Demetrio de Scepsis afirma que no existía por entonces en la Tróade ninguna fuente de estas características, generalmente se dio preferencia a la tesis de Lechevalier, que a su vez la había tomado de Choiseul-Gouffier, por más que existieran ya entonces otras opiniones divergentes. Y cuando en el año 1864 Johann Georg von Hahn quiso verificar esta identificación en el Bali Dagi y encontró restos de un asentamiento, para muchos la cuestión quedó resuelta. Prominentes defensores de esta localización fueron, por ejemplo, el historiador berlinés Ernst Curtius (1814-1896), que dirigió las excavaciones en Olimpia iniciadas en 1875, y el mariscal de campo prusiano Helmuth Von Moltke (1800-1891).

En el texto en forma de diario sobre su primera visita a Troya, Schliemann quería dar desde el principio la impresión de que nunca le había convencido la teoría Pinarbasi-Bali Dagi: «Pero cuando observé el suelo más de cerca y no descubrí en ningún lugar el menor resto de escom-

bros o de cerámica, llegué a la conclusión de que la situación que se atribuía a Troya era equivocada [...].» Según sus escritos, mediante sus propias excavaciones quería tratar de refutar esta tesis.

Sin embargo, valoraciones del diario de Schliemann y otras investigaciones muestran claramente que, en su primera estancia en la Tróade, el incipiente arqueólogo no se había decidido en absoluto con tanta claridad por una teoría y que en los primeros días la colina de Hisarlik como lugar de la Troya homérica no se había abierto paso todavía en sus reflexiones de una forma precisa. En esta situación fue el hombre de negocios residente en el país y cónsul británico Frank Calvert (1828-1907) quien señaló al viajero la colina de ruinas de Hisarlik.

El papel de Frank Calvert en el redescubrimiento de Troya

Frank Calvert, cuya familia vivía en la Tróade desde los tiempos de lord Byron, conocía aquella comarca mejor que nadie. Había identificado allí toda una serie de enclaves antiguos y reunido una importante colección de antigüedades. En años anteriores Calvert había sido también partidario de la teoría de Pinabarsi, pero, a más tardar después de las excavaciones realizadas en el lugar en 1864, comprendió que la ciudad de Príamo no podía haberse encontrado en aquel lugar. Dirigió entonces su atención hacia Hisarlik y compró la parte nordeste de la colina. Allí realizó un año más tarde cuatro excavaciones de prueba durante las cuales dejó al descubierto partes del templo griego de Atenea y tal vez también fragmentos del muro de fortificación de Troya VI. Bajo el templo de Atenea, Calvert debió de tropezar con estratos de la Edad de Bronce, y en todo caso pudo ver que Hisarlik estaba formada por varias capas situadas unas sobre otras.

Pero finalmente, a partir de 1871, la fama de haber excavado Hisarlik correspondería a Schliemann, que entró en los anales de la arqueología como el descubridor de Troya. Por los pelos, Calvert no pudo participar de su suerte. Charles Newton, que más tarde sería director del Museo Británico, después de realizar varias visitas a Calvert había solicitado en Londres que le fueran transferidas cien libras esterlinas para la planificación de excavaciones en Hisarlik. Pero la propuesta no llegó a hacerse realidad.

El hecho de que Schliemann no honrara en la debida forma los estímulos e indicaciones que tenía que agradecer a Calvert no lo hace aparecer bajo un luz favorable. Más tarde Calvert escribió en una ocasión que, en su primer encuentro en agosto de 1868, para Schliemann «el tema de Hisarlik como emplazamiento de Troya era una novedad». El arqueólogo de Tubinga Gustav Gamer considera incluso probable que ese año Schliemann —en contra de su versión— no hubiera estado en absoluto en Hisarlik, y «es seguro que si Schliemann vio entonces (9.8.68) Hisarlik, no reconoció la significación del lugar».

Así pues, el silencio de Schliemann y el éxito periodístico hábilmente utilizado de sus propias excavaciones dejaron rápidamente en segundo plano la participación de Calvert y otros en la identificación de Troya en Hisarlik. En la descripción de su viaje de 1868, Schliemann señala lacónicamente: «Después de haber examinado con atención por dos veces toda la llanura de Troya, comparto por completo el convencimiento de Calvert que describe la superficie elevada de Hisarlik como el lugar de la antigua Troya y considera que sobre el conjunto de la colina estuvo situada su fortaleza pérgamo.» Más tarde se produjeron también ocasionales desavenencias entre ellos de las que Schliemann fue el exclusivo culpable.

Todavía en diciembre de 1868, es decir, pocos meses después de su partida, Schliemann escribió a Calvert y le informó de su decisión de excavar en toda la colina de Hisarlik. A falta de cualquier tipo de experiencia en excavaciones y teniendo en cuenta los conocimientos de Calvert, le pidió por escrito que le respondiera toda una serie de preguntas: ¿Cuál es la mejor época para las excavaciones? ¿Qué medicamentos hay que llevar contra la fiebre? ¿Es aconsejable llevar pistolas? ¿Qué herramientas se necesitan? ¿Hay trabajadores suficientes? Y en su carta también hablaba el hombre de negocios cuando preguntaba a Calvert por los costes previsibles de la empresa y por el tiempo que exigiría.

El brillante hombre de negocios se convierte en un famoso investigador de la Antigüedad

Heinrich Schliemann se encontraba ahora en el inicio de una nueva etapa. Su vida como brillante hombre de negocios daría paso a una no menos brillante como arqueólogo e investigador de la Antigüedad. Los hallazgos que Schliemann sacó a la luz en las dos décadas siguientes y la enorme aportación de conocimientos científicos que se derivó de sus descubrimientos constituían un material absolutamente apropiado para hacer revivir antiguos mitos y crear nuevas leyendas, para motivar duras disputas y aprobaciones incondicionales. En estas discusiones, la autobiografía de Schliemann se consideró durante décadas como la visión válida para calibrar su éxito económico y científico. Y, sin duda, de ambos podía vanagloriarse.

La polarización en torno al personaje Heinrich Schliemann y en torno a la importancia científica de sus excavaciones no ha dejado de existir hasta nuestros días, y probablemente será también objeto de comentarios en el futuro. El propio Schliemann contribuyó mucho con su forma de vivir, con su carácter autoritario en el trato personal y su exigencia para consigo mismo y para con los demás, a esos sentimientos ambivalentes. Tampoco la mez-

cla de verdad y ocultamiento intencionado o incluso mentira, de observación exacta y fantasía, que repetidamente puede constatarse en sus escritos, han favorecido la visión crítica del personaje. Estos rasgos no han contribuido a hacer simpático a este representante de su época egomaníaco y ansioso de fama. Sus indiscutibles éxitos y sus méritos en el campo de la arqueología de la Edad de Bronce, y también sus evidentes intentos de crear ya en vida una leyenda en torno a su persona, impidieron durante mucho tiempo una visión crítica.

Así, por ejemplo, actualmente la investigación parte de la base de que Schliemann sencillamente se inventó su famoso episodio de la niñez de las Navidades de 1829, cuando, teniendo 7 años de edad, convino con su padre que algún día trataría de encontrar las murallas de Troya. Un plan concebido tan tempranamente, y llevado a la práctica con energía y pasando privaciones, encajaba bien con una biografía que se ajusta al tipo legendario del hombre que triunfa económicamente y, mediante la acumulación de riquezas, puede llegar a cumplir su sueño de juventud y encontrar una antigua civilización. No sin motivo se ha hecho referencia en este sentido a los paralelos con la obra de Henrik Ibsen *Peer Gynt*, publicada en 1867.

Incluso hoy, cuando existe un gran número de estudios sobre él y sus realizaciones elaborados con una distancia temporal supuestamente suficiente, domina en un amplio público la imagen del hombre que ascendió desde unas condiciones de pobreza hasta convertirse en multimillonario, que pudo realizar su sueño de la infancia a través de su éxito económico. Con la perseverancia y la falta de prejuicios del *outsider*, Schliemann sumió a las filas de los científicos reconocidos en el desconcierto al despertar al mundo de los héroes homéricos de su sueño encantado en Troya y Micenas.

Es sencillamente imposible aproximarse sin prejuicios al hombre Heinrich Schliemann. Y también fracasará el intento de realizar un estudio del carácter o incluso un psicograma del personaje. Para eso sabemos demasiado poco sobre él, a pesar de todos los conocimientos reunidos hasta el momento sobre su figura. De este modo, el espectro de opiniones sobre su persona y sus éxitos va del reconocimiento admirado hasta el rechazo hostil.

En varias campañas de excavación, Schliemann puso Hisarlik al descubierto en los años 1871 a 1873, 1878 y 1879, así como de 1882 a 1890. Actualmente sigue sorprendiendo el breve lapso de tiempo con que presentó los resultados obtenidos en estas campañas a la opinión pública. Schliemann creyó encontrar su Troya, que buscó con la *Ilíada* de Homero en la mano —para él era Biblia, guía y libro de historia en uno—, directamente sobre la base de la colina de Hisarlik, pensó que había encontrado las «Puertas Esceas» y el «Palacio de Príamo». Un resultado devastador de esta creencia es el «foso de Schliemann», que atraviesa la colina de norte a sur —y que actualmente constituye un particular monumento—. Porque al principio Schliemann procedió en sus trabajos como un minero, buscaba su Troya en el «suelo» o en la «base» de la colina, y de este modo destruyó primero todos los restos de los asentamientos anteriores que se encontraban por encima. Desde el punto de vista actual este proceder constituyó una forma de excavación irresponsable, pero teniendo en cuenta los conocimientos de la época resulta perfectamente comprensible. El propio Schliemann reconoció muy pronto su error y en los años siguientes cambió su método de excavación.

Sólo en el año 1890, en su última campaña de excavaciones, Schliemann reconoció probablemente que su «ciudad incendiada» de la colina, el «segundo asentamiento», no podía ser la «sagrada Ilión» que buscaba, que su Troya (Troya II) y, por tanto, también el «Tesoro de Príamo» descubierto en esta capa era al menos 1.000 años anterior a la ciudad de la época micénica. Schliemann ya no llegó a co-

nocer la prueba definitiva de su error. A su sucesor Wilhelm Dörpfeld quedó reservado, en 1893 y 1894, el descubrimiento de los restos de Troya VI, la construcción más importante y mayor de Hisarlik, que desde entonces generalmente se identifica con la ciudad descrita por Homero.

La comparación que se hizo en una ocasión entre Colón y Schliemann no es tan equivocada: ambos buscaban algo determinado, la Troya homérica o el paso marítimo occidental a las Indias, y ambos encontraron algo distinto: testimonios arqueológicos de la Edad de Bronce mediterránea y el continente americano respectivamente. Para muchos Schliemann es hoy, en una época que concede al individuo un margen de acción tan pequeño para realizar hechos que hagan época, un representante de ese grupo de personalidades, aparentemente en vías de extinción, que influyen en la historia y no se limitan a reaccionar a unas condiciones históricas específicas.

Los méritos de Schliemann

Si se quiere hacer honor a los servicios prestados a la arqueología por Schliemann, que sin duda se tomó su trabajo muy en serio, es indispensable nombrar los siguientes: el reconocimiento y la consideración de la «estratigrafía» de la colina de Hisarlik, es decir, de la importancia del hecho, hoy considerado como una constatación evidente, de que una capa de asentamiento siempre es más antigua que las que están situadas sobre ella, y, en segundo lugar, la utilización de hallazgos en apariencia insignificantes, como fragmentos de cerámica, como señales orientadoras para la determinación de una sucesión cronológica relativa de las capas de asentamientos; este procedimiento se muestra en toda una serie de láminas de sus publicaciones en las que se representa una enorme cantidad de fragmentos de este tipo.

Por otra parte, Schliemann fue el primer arqueólogo que documentó sus excavaciones con la ayuda de la fotografía. Así lo hizo en su *Atlas trojanischer Alterthümer*. Lo que hoy se da por sobreentendido en cualquier excavación era en esa época una absoluta novedad: «En ningún caso debe escapar a la ciencia ningún elemento de mis descubrimientos; cada objeto que de algún modo tenga interés para el mundo erudito debe ser fotografiado o dibujado por un dibujante diestro [...]; en cada objeto se encontrará señalada la profundidad exacta a la que fue descubierto por mí.»

Ya en su informe de las excavaciones de 1871-1873 *(Bericht über die Ausgrabungen in Troja in den Jahren 1871-1873)*, Schliemann escribe:

> Mis aspiraciones son extremadamente modestas; no espero encontrar obras de arte de la plástica. El único objetivo de mis excavaciones fue sólo desde el principio el de encontrar Troya, sobre cuya situación han escrito cientos de obras cientos de eruditos, pero que nadie nunca ha tratado de sacar a la luz mediante excavaciones. Si no consiguiera mi objetivo, me sentiría, de todos modos, extraordinariamente satisfecho si con mis trabajos consiguiera penetrar hasta la más profunda oscuridad de la época prehistórica y enriquecer a la ciencia con la revelación de algunas interesantes páginas de la historia más remota del gran pueblo helénico. Por eso el descubrimiento de la Edad de Piedra, en lugar de desanimarme, ha hecho que me sintiera todavía más ansioso por penetrar en el lugar que fue pisado por los primeros seres humanos que llegaron a estas tierras, y pretendo llegar hasta ahí aunque tenga que cavar todavía 50 pies.

Cuando Schliemann inició sus excavaciones en Troya, todavía no existía en las universidades alemanas la especialidad independiente de arqueología de la prehistoria y la protohistoria, en contraposición con la arqueología clásica, centrada principalmente en las obras de arte. Justa-

mente de este campo recibió el investigador de Hisarlik algunas duras críticas profesionales y personales. Pero, sobre todo los filólogos clásicos —como, por ejemplo, Ulrich von Wilamowitz-Moellendorf (1848-1931)— y los historiadores clásicos de prestigio de las universidades, no se mostraron al principio nada dispuestos a aceptar que un *outsider* científico amenazara con cambiar de arriba abajo opiniones ya fijadas. Qué podía esperarse, por otra parte, de un hombre que creía en Homero y en sus descripciones de la *Ilíada* como en la Biblia; cuando en muchos lugares estaban seguros de poseer conocimientos más fiables al respecto. Tampoco el historiador clásico Gustav Droysen (1808-1884), uno de los grandes maestros de su gremio, creía en absoluto en la existencia de un núcleo histórico en la epopeya, y en 1857 escribió que había que dejar de «reseñar, a partir del poema homérico, hechos de la historia externa».

Las excavaciones de Schliemann en Troya son sólo un ejemplo de la percepción de la *Ilíada* en el siglo XIX. Pero su forma —por muchos errores que cometiera— fue la que influyó de manera más intensa en la vida intelectual de la época y la que dio una nueva dimensión a la interpretación de las epopeyas homéricas. Wilhelm Dörpfeld se despidió junto a la tumba de su paternal amigo y mentor con estas palabras: «Descansa en paz, has hecho suficiente». Y Walter Leaf caracterizó más tarde acertadamente los méritos de Schliemann al escribir: «Un hombre que consigue dar a conocer al mundo un problema totalmente nuevo puede dejar confiado la solución definitiva a los que vengan tras él.»

Schliemann impulsó e hizo posibles muchas cosas. Y forma parte también de sus realizaciones científicas el que en el curso de los años se asegurara la colaboración de especialistas de distintos campos —como, por ejemplo, Rudolf Virchov en 1879 y Wilhelm Dörpfeld en 1882— que proporcionaron a sus descubrimientos una interpretación científica fundamentada. El hecho de que a menudo fueran «herederos» de Schliemann los que elaboraran lo descubierto para que pudiera ser finalmente utilizado por la ciencia, no debería llevar a discutir con ligereza el éxito de Schliemann, que hizo posible la realización de estos trabajos.

Manfred Korfmann, el actual excavador de Troya, está convencido de que «Heinrich Schliemann siempre determinó en el aspecto temático de contenido la actividad en Troya, e incluso lo hizo más allá de su muerte», hasta la conclusión de las excavaciones por Dörpfeld en el año 1894. Según Korfmann, los resultados científicos obtenidos por Dörpfeld merecen una alta valoración, pero niega que con él se iniciara una nueva época en las excavaciones, e igualmente rechaza frases como: «El mejor hallazgo de Schliemann fue Dörpfeld», o «La obra maestra pedagógica de Dörpfeld fue la educación de Schliemann para la ciencia».

También la declaración de que «los resultados científicamente más aprovechables [son] exclusivamente obra de la genialidad como investigador de Dörpfeld» puede, según Korfmann, llevarnos fácilmente por un camino equivocado. Una valoración de la situación de estas características sin duda complacería mucho a muchos representantes de la especialidad, «ya que Schliemann era extremadamente discutido, al menos en la época inicial arqueológica, y en cambio Dörpfeld tenía el apoyo de los círculos establecidos de las ciencias de la Antigüedad».

La fiabilidad de los datos y observaciones de Schliemann durante sus excavaciones está —con excepción de algunos claros errores de valoración o del ocultamiento consciente de determinados hechos— básicamente fuera de duda. ¿Y quién podría juzgarlo mejor que aquellos, justamente, que desde hace ahora trece años se ocupan con sus realizaciones, es decir, los excavadores actuales de Troya? Recientemente Manfred Korfmann ha vuelto a subrayar esta fiabilidad en relación con el descubrimiento por parte

de Schliemann del «Tesoro de Príamo», como lo hizo ya antes que él Donald F. Easton, conocedor de Schliemann y colaborador del «proyecto Troya». El juicio es inequívoco: «Schliemann —dice Korfmann— se ha mostrado de nuevo, en lo que se refiere a la descripción de los datos arqueológicos de sus excavaciones en Troya, como fiable en relación con las posibilidades existentes, y por consiguiente, como un profesional.»

Y finalmente corrobora la opinión de Korfmann el hecho de que también hoy muchos científicos sigan estando de acuerdo con lo que Schliemann escribió ya bajo la fecha del 18 de noviembre de 1871: «Si alguna vez hubo una Troya —y estoy firmemente convencido de ello—, sólo puede haberse encontrado aquí, en el recinto de Ilium.» Sin embargo, la otra pregunta decisiva, es decir, la de la historicidad de la guerra descrita en la *Ilíada* por Homero entre griegos micénicos y troyanos, sigue sin tener una respuesta clara.

CAPÍTULO 5

EL «TESORO DE PRÍAMO» Y OTROS VALIOSOS HALLAZGOS. EL ARTE COMO BOTÍN

Como tan a menudo le había ocurrido en su vida, también en Hisarlik a Schliemann la suerte le fue propicia, y en los primeros años de excavación pudo realizar algunos descubrimientos importantes. Primero encontró la metopa de Helios del templo de Atenea, que muestra al dios del Sol en una cuádriga y que hoy se conserva en el Pergamonmuseum. Luego salió a la luz la famosa rampa con el correspondiente conjunto de la puerta de Troya II-III, su «ciudad incendiada», que identificó erróneamente con la Troya homérica. Para el excavador no había duda posible: aquélla tenía que ser la rampa que conducía a las grandes «Puertas Esceas» de la *Ilíada*.

Enseguida surgieron en su mente las correspondientes escenas de la epopeya que ilustraban románticamente su hallazgo: «De modo que junto a esta puerta doble, sobre la gran torre de Ilium al borde de la abrupta ladera del Pérgamo, se sentaban Príamo, los siete ancianos de la ciudad y Helena, y aquí se desarrolla la escena más magnífica de la *Ilíada* (III, 146-244); desde aquí arriba el grupo dominaba con la mirada toda la llanura y veía al pie del Pérgamo a los ejércitos de los troyanos y los aqueos, para cerrar el trato y hacer que la guerra se decidiera en un com-

bate singular entre Paris y Menelao. Cuando Homero (VI, 390-393) hace bajar a Héctor del Pérgamo y correr a través de la ciudad para llegar a las Puertas Esceas, esto sólo puede provenir del hecho de que la puerta, así como la calzada que desde ella conducía hacia abajo a la llanura, estaba cubierta por la destrucción de Troya con masas de escombros de 3 metros de altura y sólo era conocida por la tradición, pero la auténtica situación de la misma era desconocida.»

Luego Schliemann dejó al descubierto, en la cercanía de la puerta, restos de muro que atribuyó inicialmente a un complejo de construcciones y que describió —equivocándose de nuevo— como «Casa de Príamo». En su opinión esta descripción era consecuente, ya que después de que supuestamente hubiera descubierto las «Puertas Esceas», la casa que se encontraba junto a ellas tenía que ser la del rey de Troya. En esta sección de la excavación realizó el 31 de mayo de 1873 un hallazgo fantástico que reseñó en su *Bericht über die Ausgrabungen in Troja in den Jahren 1871-1873* bajo la fecha del 17 de junio. Directamente junto al edificio, sobre el poderoso muro de fortificación, tropezó con «un gran objeto de cobre de forma sumamente curiosa, que atrajo aún más mi atención porque tras él creí distinguir oro [...]. Para proteger el tesoro de la avaricia de mis trabajadores y salvarlo para la ciencia se requería la máxima celeridad y, aunque no era el momento del almuerzo, hice llamar enseguida a "paidos" [...], y mientras mis trabajadores se encontraban sentados descansando, extraje con un gran cuchillo el tesoro, lo que sólo fue posible con el mayor de los esfuerzos y corriendo un peligro de muerte, pues el gran muro de fortificación que tenía que socavar amenazaba a cada instante con derrumbarse. Pero la visión de tantos objetos cada uno de los cuales tiene un valor incalculable para la ciencia me hizo temerario y no pensé en el peligro. De todos modos, el transporte del tesoro me hubiera sido imposible sin la ayuda de

mi querida esposa, que siempre estuvo dispuesta esperando para envolver y trasladar en su chal los objetos que yo sacaba».

Al final Schliemann había recuperado un tesoro que incluía nada menos que 8.833 piezas individuales, aunque de ellas 8.750 eran pequeñas: anillos de pocos milímetros, pequeñas estrellas, dados, prismas, laminitas y botones. Entre los elementos más grandes de cobre o de metales nobles se encontraban algunas placas de cobre y un gran caldero de cobre de 42 centímetros de diámetro y 14 centímetros de altura; además encontró una botella de oro puro de 15 centímetros de altura y un peso de 403 gramos, así como dos vasos de oro de 226 y 600 gramos de peso.

El vaso más pesado, de 9 centímetros de altura y unos 19 centímetros de largo, tenía la forma de «un barco con dos grandes asas; en uno de los lados tiene una boca para beber de 7 centímetros y en el otro una boca de 3 centímetros; como mi estimado amigo, el profesor Stephanos Kumanudes de Atenas, señala, seguramente el que alcanzaba el vaso lleno bebía de la boca pequeña para dejar que el invitado bebiera de la grande como testimonio de respeto». En este recipiente Schliemann veía «en cualquier caso, el homérico δέπας αμφικύπελλον» *(depas amphikypellon)*, la forma de un vaso doble mencionada en la *Ilíada* y la *Odisea*. El vaso más famoso de este tipo probablemente sea el doble vaso de Néstor decorado con palomas.

Formaban parte del tesoro, además, otras vasijas y objetos de oro, plata y cobre, entre ellos tres jarrones de plata de 21, 18 y 17,5 centímetros de altura. En el más grande se encontraban las dos famosas diademas de oro, una cinta para la frente y cuatro pendientes artísticamente trabajados, 56 aretes de oro, seis brazaletes de oro y las 8.750 pequeñas piezas de oro antes mencionadas. Estas joyas se hicieron famosas sobre todo por la conocida foto de Sophia Schliemann adornada con los hermosos hallazgos.

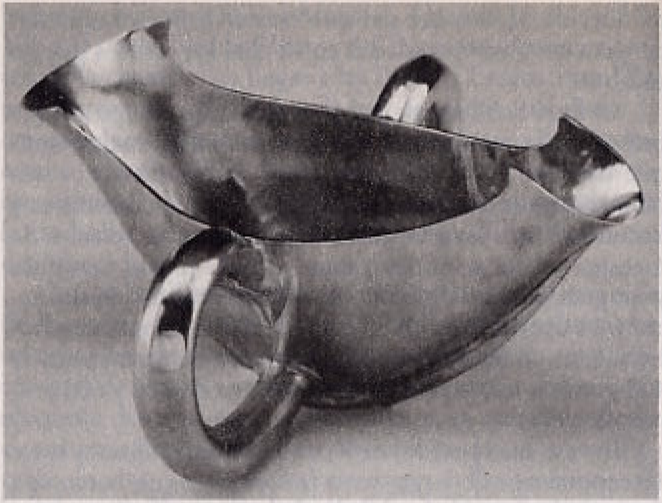

FIG. 5. *«Depas amphikypellon (reconstrucción). Vaso de oro del "Tesoro de Príamo"».* (© Staatliche Museen zu Berlin - Preussischer Kulturbesitz, Museum Fuer Vor- und Fruehgeschichte / bpk.)

Un tesoro tan valioso sólo podía haber sido una posesión real. ¿Y qué podía ser más indicado que atribuirlo a la familia de Príamo? La interpretación de la situación del hallazgo apuntaba también claramente a que los objetos habían sido recogidos de forma apresurada y escondidos con rapidez, antes de que la ciudad devastada por el fuego viviera su terrible final —que Schliemann identificaba con la destrucción de Troya por los guerreros de Agamenón.

Este valioso hallazgo, el más rico entre varios descubiertos en el curso de los años, se conoce científicamente como «hallazgo de tesoro A», y ha entrado en los anales de la arqueología bajo el nombre de «Tesoro de Príamo». La denominación se ha mantenido tozudamente hasta nuestros días, y de hecho se ha convertido en sinónimo de

FIG. 6. *Sophia Schliemann con las joyas del «Tesoro de Príamo».* (Grabado de la época realizado a partir de una fotografía.)

todos los hallazgos de tesoros realizados por Schliemann en Troya. Sin embargo, el propio descubridor relativizó esta atribución: «Naturalmente no puedo demostrar que el nombre del rey, del poseedor del tesoro, era realmente el de Príamo, pero lo llamo así porque con este nombre lo llamó Homero y toda la tradición. Todo lo que puedo de-

mostrar es que el palacio de este poseedor del tesoro, de este último rey troyano, sucumbió al mismo tiempo que las Puertas Esceas, el gran muro perimetral y la gran torre en la catástrofe que devastó toda la ciudad.»

La interpretación de Schliemann de los hallazgos y descubrimientos era, como es sabido, equivocada. Schliemann erró al enlazar a los personajes de la *Ilíada* con los resultados de las excavaciones en Hisarlik como haría también pocos años más tarde en Micenas, cuando descubrió los lugares de enterramiento principescos dentro de los muros de fortificación y creyó que los que allí se encontraban enterrados eran miembros de la familia de Agamenón. Ésta, si alguna vez existió, fue más o menos tres siglos más joven que los muertos con las máscaras de oro, la más famosa de las cuales todavía es descrita en la actualidad como la de Agamenón por algunos esforzados guías turísticos en el Museo Nacional de Atenas.

Exportación ilegal y proceso en Atenas

Lo que siguió al descubrimiento del tesoro forma parte de las actuaciones poco favorecedoras para la figura de Schliemann. Sin informar a la administración turca sobre su hallazgo, Schliemann lo pasó de contrabando a Grecia secretamente. Es muy probable que el tesoro estuviera empaquetado en seis cestos y una bolsa que envió al hermano de Frank Calvert, Frederick, con el ruego urgente de que los vigilara y no permitiera en ningún caso que los turcos llegaran a tocarlos. Su desconfianza debió de ser tan grande que Schliemann tampoco explicó nada a los Calvert sobre el tesoro.

Sin embargo, de vuelta en Atenas el afortunado descubridor no pudo gozar de la fama que siguió al conocimiento público del hallazgo de las piezas. Turquía no estaba en absoluto dispuesta a aceptar sin más la sustracción

FIG. 7. *El «Tesoro de Príamo».* (Fotografía [lámina 204] del *Atlas trojanischer* de Schliemann.)

del tesoro, y Schliemann cometió un error de bulto en su valoración del gobierno griego, que sin vacilar decidió confiscar el hallazgo cediendo a las presiones políticas de Turquía. Tampoco sirvió de nada la rápida ocultación de las piezas individuales en diferentes lugares de Grecia. En

abril de 1874 se abrió en Atenas el proceso contra Schliemann, y un año después la resolución judicial le exigía el pago de diez mil francos de oro de indemnización al Museo de Constantinopla.

Schliemann, que había calculado el valor del tesoro en más de un millón de francos, transfirió cincuenta mil francos y envió además una serie de piezas de Troya al museo. Con esto quedaba cerrado el caso para él, y el descubridor se sintió en adelante el poseedor legítimo del conjunto de los hallazgos. En correspondencia esperaba que el gobierno turco le renovara el permiso de excavación en Troya. Y aunque tuvo que esperar hasta el año 1876 para obtener el permiso para dos años más, de hecho lo consiguió a pesar de la anterior disputa en los tribunales. Con la concesión de esta autorización se debía partir de la base de que la posición tácita del gobierno otomano era la de considerar cerrado el «caso Schliemann» en lo que hacía al tema del «Tesoro de Príamo».

En sus posteriores excavaciones en Troya, Schliemann descubrió una nueva serie de los llamados «hallazgos de tesoros», si bien de menor valor y no tan suntuosos. Pero durante la campaña llevada a cabo en el año de su muerte, en 1890, realizó aún un hallazgo de una gran importancia científica, que de nuevo ocultó al gobierno turco e incluso a su mujer. Wilhelm Dörfeld, en cambio, su colaborador y amigo, fue testimonio del descubrimiento. Además de agujas de oro, siete remates o coronamientos de cetro de cristal de roca con forma de capitel y diferentes joyas de cornalina, plata y oro, así como hierro, que en la Edad de bronce era todavía un material especialmente valioso, Schliemann recuperó de la tierra cuatro hachas ceremoniales pulidas, todas de más de treinta centímetros de longitud. Tres eran de nefrita, y la cuarta de lapislázuli. También en el caso de este conjunto designado con el nombre de «hallazgo de tesoro L» Schliemann actuó sin escrúpulos y puede decirse que su conducta fue delictiva. No se sabe cómo

pudo sacar también del país estos objetos preciosos. En Grecia los declaró como antigüedades egipcias y obtuvo así el permiso de importación.

En el informe sobre las excavaciones del año 1890, Schliemann minimiza claramente la importancia de los hallazgos, menciona el objeto de hierro únicamente como prueba de que en la «segunda ciudad» se conocía el hierro, y nombra cuatro grandes hachas de piedra que habían sido encontradas allí, junto con «otros pequeños objetos» que «se describirán en la publicación principal».

Autenticidad y datación del «Tesoro de Príamo»

Hasta no hace mucho tiempo, el «Tesoro de Príamo» ha dado motivo a que se encendieran los ánimos de algunos científicos. En repetidas ocasiones se puso en duda la autenticidad de este famoso hallazgo y se acusó a su descubridor de mentira y falsificación. Entre otras cosas, se afirmaba que Schliemann sencillamente había comprado partes del conjunto de piezas. En este asunto desempeña sobre todo un triste papel el experto norteamericano David Traill. Sin duda el propio Schliemann había contribuido a que surgieran dudas sobre la autenticidad de su hallazgo. Sus indicaciones sobre el momento y el lugar del descubrimiento difieren en el curso de los años. Y además se pudo demostrar que su mujer Sophia no podía haber estado presente en el momento en que se desenterró el tesoro, ya que en esa época se encontraba en Atenas —el motivo por el cual Schliemann dio a su mujer un papel importante en el descubrimiento tal vez pueda encontrarse en el deseo de levantarle de este modo un monumento en su búsqueda de Troya.

Contra la teoría de la falsificación podía aducirse, sin embargo, por ejemplo el hecho de que numerosos elementos del tesoro fueron fotografiados sin haber sido limpia-

dos todavía y presentados en el *Atlas trojanischer Alterthümer*, aparecido un año después del descubrimiento. Actualmente no existe ya ninguna duda de peso sobre la autenticidad y la exactitud cronológica del descubrimiento del tesoro. Esto ha sido subrayado también en su memoria por Manfred Korfmann, que pudo contemplar con detenimiento los elementos originales y trata en este trabajo sobre el lugar del descubrimiento y la datación de los hallazgos de Schliemann.

En conexión con las medidas de restauración emprendidas junto al muro de fortificación más reciente de Troya II en el verano de 1998, en el lugar donde Schliemann descubrió el primer tesoro, Korfmann comprobó de nuevo in situ las indicaciones del excavador y la situación del hallazgo. Llegó así a la conclusión de que el «Tesoro de Príamo» estaba oculto en el interior de una edificación, en una parte del antiguo conjunto de la puerta FL, o más exactamente: dentro de la parte lateral de este conjunto que fue demolido y tapado cuando se construyó la puerta FM, las «Puertas Esceas» de Schliemann. Para responder a la pregunta sobre la razón original para el emparedamiento del tesoro, se puede pensar, según Korfmann, «en temas como el de la «ofrenda de construcción», en el sentido de una «ofrenda fundacional de la primera piedra» situada en un lugar destacado, o sencillamente en un escondite en un entorno especialmente fácil de defender. El verdadero sentido [...] no se podrá aclarar de forma concluyente antes de que puedan conocerse otras situaciones de hallazgos análogas en Troya o en otros lugares». Resulta interesante constatar que también el «tesoro L», del que formaban parte las cuatro hachas ceremoniales, se encontraba dentro de la construcción lateral de una puerta.

Basándose en estos hechos y en otras reflexiones, Korfmann llega a la conclusión de que los hallazgos de tesoros de Schliemann de ningún modo se encontraban sin excepción —como también Blegen consideraba probable—

en la capa de la «ciudad incendiada», es decir, que no todos corresponden a Troya IIg, sino que deben datarse en parte en una fecha más antigua, en la Troya II central, o en la más reciente de Troya III. También hablan en favor de una datación más antigua del «hallazgo de tesoro A» las formas del dorado «depas amphikypellon» y el recipiente en que se encontraban guardadas la mayor parte de las piezas. Según estos datos, el tesoro está en relación «con la época de la construcción o de la utilización de la puerta FL». La datación de Korfmann «en torno al 2500 a. de C. o también algo anterior» se ha confirmado también ahora con la datación por el carbono-14 de la construcción de madera del callejón de la puerta FL, que con una probabilidad de más del 90 % se puede fechar entre los años 2670 y 2570 a. de C.

CAPÍTULO 6

EL DESTINO DE LAS COLECCIONES DE SCHLIEMANN

Heinrich Schliemann pensó ya muy pronto en el destino que debía dar a su riquísima y espectacular colección de antigüedades troyanas. En este asunto se dejó guiar por las reflexiones, típicas en él, sobre cómo podría utilizar sus descubrimientos para aumentar su fama y, especialmente, sobre cómo podía levantarse un monumento que preservara su fama también después de muerto. De todos modos, sus veleidosas ideas y sus ofertas a diferentes países y museos ponen claramente de manifiesto que en ningún caso estaba seguro desde el principio del lugar adonde debían ir a parar en último término sus tesoros. En este tema, Schliemann no se distinguía precisamente por su desinterés. De hecho, puede decirse que utilizó su colección como un arma fundamental en la lucha por conseguir el anhelado reconocimiento público. Quien quisiera obtener algo de él, tenía que ofrecer también algo a cambio al comerciante alemán. Y quien ofrecía algo al económicamente independiente Schliemann, tenía que aceptar sus exigencias.

Así, por ejemplo, para prometer la entrega de la colección a Grecia tras su muerte esperó, entre otras cosas, a la correspondiente aceptación de las instancias oficiales de

sus planeadas excavaciones en Micenas, Olimpia y otros lugares, y reclamó la concesión del derecho de posesión de los hallazgos mientras viviera. La oferta fue rechazada —una decisión más que comprensible después del comportamiento de Schliemann en Turquía—. Otras naciones que ocuparon sus reflexiones durante un tiempo más o menos largo fueron Inglaterra, Francia, Italia y Rusia.

En el año 1877 Schliemann envió 4.416 piezas de sus excavaciones en Troya a Londres, donde se expusieron en el Museo de South Kensington. La causa de esta decisión fue probablemente su irritación contra Grecia, a la que se añadía el hecho de que en Inglaterra se manifestara reconocimiento hacia su persona y se le tributaran honores. Schliemann no pensó en absoluto en Alemania, donde se encontraba el núcleo implacable de sus opositores académicos.

La colección Schliemann llega a Alemania

El que toda la colección de antigüedades troyanas, junto con los numerosos hallazgos de objetos de oro, llegara finalmente a Alemania se debió en gran medida al médico, político, antropólogo e historiador de la Prehistoria y la Protohistoria Rudolf Virchow. Virchow participó por invitación de Schliemann en las excavaciones de Troya en la primavera de 1879 y provocó su cambio de actitud. «Usted me ha reconciliado con Alemania», le escribió Schliemann más tarde. Naturalmente, el móvil que le impulsó a tomar, el 9 de septiembre de 1879, la decisión de cambiar su testamento en beneficio de Alemania no fue el desinterés. Se tuvieron que tener en cuenta determinados deseos y rebajar las exigencias imposibles —como, por ejemplo, la distinción con la orden *Pour le Mérite* o la aceptación como miembro de la Academia Prusiana de las Ciencias—. Virchow, que se implicó personalmente e insistió

con vehemencia para poder conseguir la colección para Berlín, señaló al final con manifiesto nerviosismo: «Al fin y al cabo, no ha dado usted sus colecciones a Berlín para recibir honores personales.» Aunque sin duda sabía también que ése era justamente el caso.

El 24 de enero de 1881, el emperador Guillermo I aceptó la donación en nombre del pueblo alemán «para su posesión perpetua y conservación indivisible en la capital del Reich». Conforme a las condiciones de la donación, Guillermo dispuso «que la colección se conserve en tantas salas especiales del museo de etnología de la ciudad, en proceso de construcción, como sean necesarias para su digna exposición [...], y que las salas que se destinen a su conservación lleven para siempre su nombre». Además, en julio del mismo año se concedió la cuadragésima ciudadanía de honor de Berlín al «comerciante y arqueólogo» Heinrich Schliemann. También en el mismo año llegó desde Londres a Berlín, empaquetado en cuarenta cajas, el segundo envío de los hallazgos de Troya.

Como el nuevo museo de etnología todavía no estaba listo, las piezas se trasladaron al vecino edificio de Gropius, al antiguo Museo de Artes y Oficios. El propio Schliemann se ocupó de organizar allí la primera exposición de sus hallazgos. También cuando en 1885 pudieron ocuparse las nuevas salas del Museo de Etnología, fue el propio arqueólogo quien dispuso allí personalmente sus tesoros. En adelante los objetos de oro y otros hallazgos de Troya se convertirían en piezas destacadas de la sección de Prehistoria. Un año más tarde llegó de nuevo una donación a Berlín, que fue igualmente aceptada por el kaiser, y en el curso del tiempo seguirían otras.

Una cosa no pudo conseguir, sin embargo, Heinrich Schliemann: la presentación completa de los hallazgos de Troya que había imaginado, es decir, también la presentación de los miles de piezas de cerámica halladas, poco vistosas en comparación con el oro troyano. Después de su

muerte siguió el resto de su colección en cincuenta cajas remitidas por la viuda de Schliemann, Sophia. «En cualquier caso he legado por testamento todas las antigüedades de Troya que se encuentran en mi casa de Atenas a la ciudad de Berlín, de modo que también los tesoros encontrados más recientemente pasen a ser propiedad de mi patria.» Schliemann escribió estas líneas al arqueólogo Werner Conze el 9 de diciembre de 1890, pocos días antes de su muerte en Nápoles.

Donación de duplicaciones y catalogación

En los años siguientes se seleccionaron 7.487 duplicados de la colección de Schliemann que se entregaron a unas cuarenta colecciones de universidades y museos de Alemania, lo que estaba básicamente en contradicción con las condiciones de donación. El catálogo científico de la colección de Berlín publicado en 1902 por Hubert Schmidt reflejó entonces 9.704 elementos correspondientes a los hallazgos de Troya. El número total era considerablemente mayor, ya que piezas del mismo tipo de la misma capa se valoraron sencillamente como «doublettes», y obtuvieron así el mismo número de catálogo. Los hallazgos que no procedían de Troya recibieron los números de catálogo del 9.705 al 11.879. Aunque no se publicaron, de todos modos se ordenaron de nuevo. De este grupo forman parte piezas de los tumuli y de otros lugares en los que se realizaron hallazgos en la Tróade, Grecia y Egipto.

En el año 1921 la colección Schliemann tuvo que trasladarse otra vez. Junto con la sección de Prehistoria volvió al edificio de Gropius y allí fue presentada de nuevo. Una guía aparecida en el mismo año explica que los hallazgos de Troya I a Troya VII se encontraban expuestos en 37 expositores y vitrinas y que en la galería 23 se podían ver las piezas de Troya VIII y Troya IX. La guía habla de «metopas del templo de Atenea, inscripciones, cerámicas, lámparas, herramientas de metal. Una estantería llena de objetos egipcios». Los hallazgos de Micenas se colocaron en la sala 7. La valiosa colección de la sección de Prehistoria, de fama mundial en los medios científicos, contaba por entonces con más de 200.000 piezas.

La odisea del oro de Schliemann desde el búnker de Berlín al Museo Puschkin de Moscú

El posterior destino de la colección Schliemann en general y de los hallazgos de tesoros en particular está directamente ligado al destino de los valiosos inventarios del Museo de Prehistoria y Protohistoria, que se constituyó de forma independiente en el año 1931. Ya en 1934 se requirió a los museos berlineses, con miras a una potencial confrontación militar, que realizaran una valoración de sus existencias. Éstas se registraron consecuentemente en tres categorías: «insustituible», «de extremo valor» y «restantes». El museo registró unos 3.500 objetos en la categoría de «insustituible». De éstos, a su vez, 1.500 se calificaron para «depósito en cámara acorazada». Para este «depósito en cámara acorazada» se prepararon tres cajas, dos de 59 × 50 × 48 centímetros y una de 93 × 39 × 30 centímetros.

El director del Museo de Prehistoria y Protohistoria en la época era Wilhelm Unverzagt (1892-1971), que dirigió los destinos de la casa desde 1925 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial y luego fue el arqueólogo principal de la RDA. Al estallar la guerra, se inició el embalaje de los objetos en las cajas dispuestas para ello, y antes de sellarlas se colocó en cada caja una copia de la lista de embalaje. Las tres cajas especiales y treinta cajas mayores con unas 1.800 piezas de la categoría «insustituible» —preferentemente de la Edad de Bronce— permanecieron ini-

cialmente en la cámara acorazada de los bajos del edificio de Gropius.

En el curso de la guerra se tuvieron que poner a salvo las piezas más valiosas de las salas debido al peligro de bombardeos. El Museo de Prehistoria y Protohistoria pudo alquilar entonces unos espacios en la cámara acorazada 5 del Banco Estatal de Prusia. Allá se depositaron las tres cajas con el oro de Troya y los restantes objetos preciosos los días 22 y 31 de enero de 1941. Entre el 24 y el 26 de noviembre del mismo año se produjo el traslado a la torre antiaérea que entretanto se había preparado junto al zoológico. Allí se almacenaron los tesoros en las salas 10 y 11 hasta la primavera de 1945. En esta torre con protección antiaérea, el mayor depósito de los museos de Berlín, se guardaron también, por ejemplo, el altar de Pérgamo y el busto de Nefertiti.

En las últimas semanas de la guerra se pusieron a salvo todavía aproximadamente 450 cajas con piezas del museo fuera de la ciudad, y unas 370 cajas se quedaron en el Stadtschloss de Berlín. Estas últimas sobrevivieron intactas hasta el final de la guerra y fueron trasladadas a la antigua Unión Soviética. En 1958 fueron devueltas a Berlín. Una «orden del Führer» del 6 de marzo de 1945 había dispuesto que se pusieran a salvo con la máxima rapidez los tesoros artísticos de Berlín, ya que se podía prever que fuera el Ejército Rojo el que tomara la ciudad y no las fuerzas de los aliados occidentales. Así, todavía llegaron transportes a las minas de sal de la región del Werra, cerca de Schönebeck, y a Grasleben, cerca de Helmstedt, zonas que fueron tomadas más tarde por tropas americanas. Estas piezas confiscadas por las tropas aliadas se devolvieron en 1956 y pasaron a ser propiedad de la Stiftung Preussischer Kulturbesitz, la Fundación para el Patrimonio Cultural de Prusia.

Desde 1960 el Museo de Prehistoria y Protohistoria tuvo su sede en el edificio de Langhans del castillo de Charlottenburg. Y tres años más tarde se fundó el Museo de Prehistoria en los Museos Estatales de Berlín en la antigua RDA. Entre sus existencias se incluyeron las piezas devueltas en 1958 por la Unión Soviética, que habían sobrevivido a la guerra guardadas en 589 cajas.

El «redescubrimiento» del «Tesoro de Príamo»

Desde la perspectiva actual parece increíble que el destino en la posguerra del «Tesoro de Príamo», y también de otras piezas valiosas del Museo de Prehistoria y Protohistoria de Berlín, fuera un secreto durante casi medio siglo. Hasta la confirmación oficial a finales de agosto de 1993 del por entonces ministro de cultura ruso Jevgeni Sidorov, que según informaciones facilitadas por él mismo había tenido en sus manos parte del «Tesoro de Príamo», se recorrió un largo camino en ocasiones francamente grotesco.

Hasta ese momento había que partir de la base de que el oro de Troya había desaparecido o incluso se había perdido por completo en la confusión de la fase final de la Segunda Guerra Mundial. El tema parecía cerrado, había que hacerse a la idea de la pérdida definitiva del tesoro que era «al mismo tiempo una especie de concepto general, símbolo de todos los tesoros de Alemania», como en aquella época escribió Klaus Goldmann, del Museo de Prehistoria y Protohistoria de Berlín, en una documentación sobre el oro de Schliemann y los tesoros de la Europa antigua.

Pocas personas siguieron sus huellas, que parecían haberse perdido en los últimos días de la guerra, y en contadas ocasiones llegaron a la opinión pública las apreciaciones sobre la posibilidad de que el tesoro se hubiera conservado y se encontrara oculto, encerrado en algún lugar. En estas «expediciones de búsqueda» tampoco se sa-

bía en realidad dónde había que buscar, si en Estados Unidos o en la antigua Unión Soviética. Y por otra parte, el secreto de los correspondientes documentos y la atmósfera de la guerra fría dificultaban, o imposibilitaban incluso, ese tipo de esfuerzos.

Hoy resulta superfluo cavilar sobre el papel que desempeñó el nuevo inicio de las excavaciones en Troya en 1988 en la cuestión —que de nuevo había adquirido virulencia en el plano internacional— del paradero del oro de Troya, por más que en esa época ya se hablaba más o menos en secreto de que las piezas no se habían perdido en absoluto sino que al parecer se encontraban en la Unión Soviética. La «perestroika» y la «glasnost», en vísperas de la disolución de la Unión Soviética, fueron un elemento decisivo para la revisión del tema del paradero de estas pérdidas de guerra. Sin esta evolución que ha cambiado el mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial de una forma decisiva, probablemente la cuestión hubiera seguido sin tener una respuesta definitiva.

Desde que en noviembre de 1990 se tuvo la primera noticia que señalaba que el oro de Troya se encontraba en la Unión Soviética, o más exactamente, en el Museo Puschkin de Moscú, hasta la inequívoca confirmación a finales del verano de 1993 de que los tesoros efectivamente se habían conservado, hubo que recorrer un largo camino y tuvo que producirse antes un frenético ir y venir en la escena política. Irina Antonova, la directora del Museo Puschkin, negó hasta el final la existencia del hallazgo en su institución. En realidad, ella había sido una de las primeras personas en ver las piezas tras su transporte desde Berlín, después de que el 9 de julio de 1945 las famosas tres cajas hubieran llegado al museo. Su contenido pasó a la sección numismática del Museo Puschkin, donde desapareció de la vista del mundo durante décadas. La entrada a la habitación donde estaban depositados los tesoros se encontraba situada, en palabras del experto en arte

ruso Konstantin Akinsha, que tuvo una importante participación en el redescubrimiento, «en la oficina para los visitantes del museo; miles de personas entraron en esta habitación sin tener la menor idea de que a pocos pasos, detrás de una cortina y una puerta de acero, se encontraba oculto uno de los mayores secretos de la posguerra en Europa».

Tuvieron que pasar años de nuevo hasta que los tesoros fueron presentados al mundo en una exposición en el Museo Puschkin y se documentaron en un catálogo. Por el momento su destino posterior parece sellado. Rusia considera el «arte, botín de guerra» como de su propiedad, como compensación por los daños de guerra sufridos, una postura que se encuentra en clara contradicción con la Convención de la Haya y con los tratados vigentes. El futuro nos mostrará si la decisión rusa acerca del oro de Troya supone la última palabra sobre la cuestión. En cualquier caso, el mundo puede alegrarse por la conservación del tesoro troyano y porque haya podido salir de nuevo a la luz pública.

Capítulo 7

HOMERO: EL POETA DE LA *ILÍADA*

La *Ilíada* y la *Odisea* son los primeros ejemplos que se han conservado de la literatura occidental. Para los griegos, estas dos epopeyas transmitidas en versos hexámetros —en la forma transcrita que ha llegado hasta nosotros la *Ilíada* tiene 15.693 versos y la *Odisea* 12.109— eran la transmisión escrita de su propia edad temprana, una parte de la crónica de sus héroes míticos, historia escrita, por así decirlo. Para Heinrich Schliemann, las obras de Homero, y especialmente la *Ilíada*, fueron prácticamente un evangelio, en cuyo mensaje creyó de un forma incondicional en el inicio de sus excavaciones y cuya verdad quería demostrar con la pala. Sus increíbles hallazgos y descubrimientos, realizados en Troya, Micenas o Tirinto, parecieron darle la razón y confirmar su convicción, considerada por muchos ingenua.

¿Pero quién era ese Homero al que los griegos consideraban su príncipe de los poetas y en cuyas descripciones creían la mayoría de los antiguos? ¿Cuándo y dónde había vivido el poeta de la epopeya nacional griega? Un personaje del que nos han sido transmitidos unos 28.000 hexámetros, ¿no dejó ningún dato sobre su propia vida, una autobiografía o, al menos, detalles autobiográficos? ¿Y no conservó alguna información sobre él alguno de sus con-

temporáneos, alguna indicación sobre una persona cuyo nombre debía estar, sin duda, «en boca de todos»?

Si repasamos la transmisión antigua sobre Homero, no podremos encontrar, en sentido estricto, una respuesta satisfactoria a estas preguntas. Ya los antiguos no podían decir nada concreto sobre su príncipe de los poetas. En el fondo esto no resulta sorprendente, ya que Homero se encuentra en el inicio histórico de la transmisión escrita y de hecho es el autor que con su obra condujo al establecimiento de unos textos griegos. En todo caso, en general la tradición da por válida la frase proverbial: *«Homer caecus fuisse dicitur»*, Homero, según dicen, era ciego. Esta constatación se considera válida al menos en la Antigüedad para la segunda mitad de la vida del poeta, y se encuentra documentada también en varias ocasiones en los textos. Así, por ejemplo, Tucídices está convencido de que Homero es efectivamente el poeta del himno a Apolo, transmitido por entonces bajo su nombre, en el que se habla de un hombre ciego «en la polvorienta Quíos» cuyos cantos se harán acreedores a «la alta fama en tiempos futuros». También Simónides de Amorgos, que vivió en el siglo VII a. de C., relaciona al poeta con la isla de Quíos. En un fragmento de su obra que se ha conservado cita textualmente el verso 146 del canto VI de la *Ilíada*, a cuyo redactor describe con el nombre de «hombre de Quíos»: «[…] pero una cosa —¡la más hermosa!— ha dicho el hombre de Quíos: / como el linaje de las hojas, tal es también el de los hombres.»

Las representaciones de Homero transmitidas como retratos en diferentes tipos de imágenes muestran al poeta, conforme a la concepción general de la época, como ciego, pero no ocurre lo mismo en el caso de las representaciones en monedas. Se puede dar por descontado que las representaciones plásticas en tres dimensiones no se corresponden con la auténtica fisionomía del representado, ya que, al fin y al cabo, éstas procedían de una época

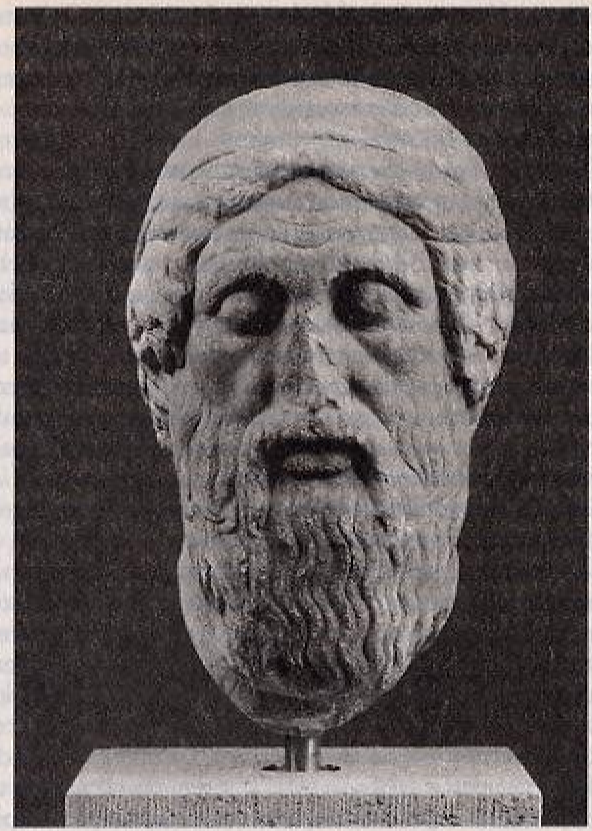

FIG. 8. *Homero. Copia romana en mármol de un original de 460-450 a. de C. aproximadamente.* (Gliptoteca de Munich.)

muy posterior. Estas imágenes son representaciones ideales de los antiguos que reflejaban la forma en que veían a su héroe poeta, el aspecto que en su opinión había podido tener. Pero la ceguera del poeta de la *Ilíada*, que repetidamente se ha sacado a relucir hasta nuestros días, podría

pertenecer al reino de la fabulación. Los acontecimientos están demasiado bien observados y sutilmente descritos, y es demasiado intensa la sensación permanente de realismo que nos comunican sus descripciones, para que podamos creer en ella.

Tampoco sobre los datos biográficos del poeta se conocía ya nada concreto. Las declaraciones escritas sobre su persona se mantuvieron, en consecuencia, en el plano de la suposición. Todo acaba, pues, en una simple prueba indiciaria. Pero recientemente estos indicios han podido ser elaborados por la ciencia de una forma convincente. Tucídices sólo puede decir sobre Homero que el poeta vivió mucho después de la guerra de Troya. Herodoto escribe en sus *Historias* que, en su opinión, Homero y Hesíodo vivieron a lo sumo cuatrocientos años antes que él. Y Josefo, conocido sobre todo por su historia de la *Guerra de los judíos*, explica también sólo vagamente que Homero vivió sin duda después de la guerra de Troya.

En resumen: no existe un solo documento contemporáneo que informe sobre la persona o la vida de Homero, y hasta el momento debemos darnos por satisfechos con la constatación de que las fuentes más tempranas que mencionan al poeta son más recientes que él. Proceden de los siglos VII y VI antes de Cristo y se encuentran en los escritos de filósofos y poetas de esa época. La única referencia para extraer datos sobre su vida que puede obtenerse en esas fuentes es el hecho de que Homero aparece siempre como una persona que vivió en tiempos pasados, antes que aquellos que mencionan su nombre.

La investigación ha podido determinar un dato que constituye un importante punto de partida para la fijación temporal de la vida de Homero: el poeta nació antes que Hesíodo de Ascra, en Beocia, del que se ha demostrado que vivió hacia el año 700 a. de C. Hesíodo fue el más antiguo e importante autor épico después del poeta de la *Ilíada*. Su padre procedía de Cime, en la Eólida, en la costa occidental del Asia Menor. Investigaciones sobre el léxico de los poemas de Hesíodo han demostrado que tenía que haber conocido las dos epopeyas homéricas, la *Ilíada* y la *Odisea*.

Naturalmente, los griegos y romanos cultivados y entusiasmados por la literatura querían saber quién era el poeta de la *Ilíada*, de dónde procedía, dónde vivió y dónde murió. Y los alumnos que aprendían a leer y escribir no sólo debían conocer a Homero por sus obras, sino que se les debía iniciar también en el conocimiento del personaje. Así surgió ya tempranamente el deseo de biografías que calmaran esta sed de conocimientos. Sin embargo, al no disponer ya la Antigüedad de ningún conocimiento concreto sobre su poeta nacional, quedaron abiertas las puertas para los embellecimientos fantásticos, las anécdotas y las invenciones en las descripciones de su vida.

Se han conservado siete de estas *Vidas de Homero* en lengua griega, así como un tratado *Sobre Homero y Hesíodo, su procedencia y su rivalidad*. Pero estos testimonios escritos procedían ya, en la forma que ha llegado hasta nosotros, de la época final del helenismo y de la época imperial romana, de modo que temporalmente están alejados de Homero unos setecientos años. La ciencia, sin embargo, ha podido deducir que estas biografías se elaboraron a partir de materiales más antiguos, que llegan hasta los siglos IV o III antes de Cristo. Y algunos elementos parecen remontarse incluso al siglo VII antes de Cristo, como, por ejemplo, la disputa sobre la cuestión del lugar de nacimiento de Homero. En todo caso, la leyenda según la cual nació en la eólica Esmirna, a unos ocho kilómetros de la actual Izmir, parece pertenecer a esta época, pues hacia el año 600 a. de C. esta ciudad, entonces floreciente, fue destruida por el rey de Lidia Aliates y se convirtió en un enclave insignificante. También la reivindicación de Ios, la pequeña isla de las Cícladas situada al sur de Paros y Naxos, como el lugar donde Homero murió y fue enterrado está documentada ya al menos en el siglo V antes de Cristo.

«Siete ciudades se disputaban el haber sido la cuna de Homero. Esto es algo que pueden formular incluso los ignorantes de la cultura general como lo más florido de su saber», escribió Ulrich von Wilamowitz-Moellendorf, filólogo clásico y cuñado de Theodor Mommsen. Parece que la antigua Esmirna fue la primera en decidir la disputa en su favor, por lo que Wilamowitz-Moellendorf llegó a la conclusión de que «no puede dudarse, pues, de la existencia del poeta Homaros u Homeros de Esmirna». Pero igualmente recordaba que «sólo aquellos que no valoran la insuficiencia de las premisas para sacar cualquier conclusión al respecto son capaces de dar respuestas decisivas sobre este asunto».

En la medida en que las investigaciones pueden arrojar luz sobre el tema, parece que el lugar de nacimiento de Homero tuvo que encontrarse en la actual costa occidental de Turquía, en la antigua Jonia del Asia Menor. Otro indicio que sugiere que geográficamente debemos buscar el origen de Homero en esta región es el nombre transmitido del poeta. «Homeros» es jónico, una variante dialectal del «Homaros» eólico. De este modo, se pueden suponer unos padres griegos del poeta que llamaran Homero a su hijo Homeros, lo que significa «prenda» o «garantía». Ya Aristóteles había explicado el nombre de este modo. Así se puede limitar también hasta cierto punto el espacio vital de Homero a la región del Asia Menor en la que se solapaban las fronteras lingüísticas del dialecto jónico y el eólico.

Informaciones sobre Homero y su posición social en sus epopeyas

El intento de saber algo sobre Homero, su vida, su posición social y su época no es, de todos modos, inútil, como ha mostrado la moderna filología homérica. La filología

ha conseguido encontrar huellas sobre estas cuestiones en las propias epopeyas homéricas y ofrece, a partir de un rastreo a fondo de la *Ilíada* y la *Odisea*, toda una serie de interesantes resultados que manifiestamente no pudieron ver los escritores de leyendas de la Antigüedad. En cualquier poema se encuentran puntos de vista sobre determinados temas, se refleja una experiencia de la vida, una visión del mundo o la propia concepción de sí mismo que tiene el autor, elementos que de forma consciente o inconsciente se introducen en su obra. Y se puede partir de la base de que éste es el caso también para el autor de la *Ilíada*. Esta búsqueda de huellas ha sido resumida sobre todo de forma brillante por el experto en Homero Joachim Latacz de Basilea, en su libro sobre Homero y en otras numerosas publicaciones, y ha proporcionado así nuevo impulso para la investigación.

Homero era poeta o, trasladándolo a su tiempo, cantor. En las dos epopeyas homéricas nos presenta justamente a algunos cantores —en griego *aoidoi*, o aedos—. A partir de la forma en que Homero caracteriza la posición social de estos cantores ficticios, que no es en absoluto homogénea, y su actividad, se pueden sacar conclusiones de amplio alcance sobre la forma en que el poeta se veía a sí mismo.

Hay que destacar que sólo cuatro de estos aedos viven en cortes reales, en las que podría decirse que son empleados fijos, y son muy respetados. Su actividad tiene un elevado grado de exigencia y es muy valorada. Un cantor de la corte de Agamenón en Micenas, cuyo nombre no se menciona, ocupa un especial posición de confianza. Se dice que el rey le confía a su esposa Clitemnestra durante el período de su ausencia ante los muros de Troya. «Tenía junto a ella a un aedo a quien, presto a embarcar para Troya, / el Atrida prolijo encargó de velar por la reina» (*Odisea*, 3, 266-267). También en la corte del hermano de Agamenón Menelao, el rey de Esparta, un «aedo divino» que

«tañe su lira» forma parte del séquito del gobernante en un festín. Y finalmente, también en el megaron de Ulises en Ítaca encontramos un cantor que entretiene a los pretendientes de Penélope con historias sobre la guerra de Troya y que igualmente pertenece de algún modo a la casa.

El arte del canto a los héroes que Homero y sus colegas dominaban no era una capacidad ampliamente extendida que pudiera encontrarse con tanta frecuencia como se deseara. Se consideraba un don de los dioses, por lo que se concedía al cantor el atributo de «divino». A esta elevada forma de aprecio se hace referencia en varias ocasiones en las epopeyas. Así ocurre, por ejemplo, en la escena en que Ulises ajusta cruelmente las cuentas a los pretendientes en su casa. En esta situación desesperada el aedo Femio («cantor de sagas») ruega por su vida al héroe de regreso al hogar, e invoca, entre otras cosas, a sus capacidades para que el rey de Ítaca suavice su disposición hacia él:

> Que bien pronto te habrá de doler si matases
> a un cantor cuyos versos recrean a dioses y a hombres.
> Nunca tuve maestro y el cielo los múltiples tonos
> en la mente me inspira y aun creo poder celebrarte
> como a un dios a ti mismo: no quieras segar mi garganta
> (22, 345-349).

Al final, la intercesión de su hijo Telémaco salva de hecho la vida del «cantor insigne».

Una buena representación de la habilidad y la capacidad de improvisación que el público de la corte esperaba de sus cantores se encuentra igualmente en un fragmento de la *Odisea*. Cuando en la corte del señor de los feacios Alcínoo, Demódoco, descrito como héroe, entretiene la velada con cantos heroicos sobre la astucia de Ulises con el caballo de madera y sobre el fin de Ilión, conmueve con su canto hasta las lágrimas al viajero llegado a Esqueria. El propio Ulises señala lo elevada que era la valoración de estos cantores, que sin duda puede suponerse que también

existía en la época en que vivió Homero: «de parte de cualquier ser humano que pise la tierra / la honra y el respeto mayor los aedos merecen, / que a ellos sus cantares la Musa enseñó por amor de su raza» (8, 479-481). Y el héroe encuentra palabras para Demódoco que seguramente también Homero oyó de su público: «Halagüeño es sin duda escuchar a un cantor como éste / semejante en su voz a los dioses» (9, 3-4).

Estos cantores o aedos, que acompañaban sus cantos con la «resonante lira», no tienen en realidad nada que ver con los viajeros o los cantores mendicantes ciegos de las leyendas sobre Homero, que querían ganarse las simpatías de los miembros de las capas sociales bajas de la población con versos compuestos por ellos mismos o que entraban al servicio de los ciudadanos corrientes como maestros. El Homero de las Vidas que han llegado hasta nosotros no tiene prácticamente ningún contacto con las capas sociales superiores. Sin embargo, no cabe duda de que el Homero histórico no debe buscarse entre los zapateros, campesinos, marineros o ancianos charlatanes en el mercado o el puerto. Su lugar se encontraba con seguridad junto al hogar en el megaron de los nobles, donde presentaba sus obras y era tenido en gran consideración por sus oyentes.

Algunos datos hablan a favor de la idea de que el propio Homero formaba parte de la nobleza, es decir, de la clase dominante. Según Latacz, el autor se encuentra situado «en un nivel ideológico, lingüístico, estético, ético, emocional y de refinamiento en el gusto tan elevado y refleja de una forma tan dominante y al mismo tiempo afirmativa la visión del mundo de una capa superior» que probablemente o bien pertenecía él mismo a la nobleza o vivía de forma permanente en este círculo de la sociedad. Un hombre que tenía esa capacidad para representar conceptualmente las formas de comportamiento de sus héroes, que dominaba su código de honor y podía expresar-

lo en sus versos, debía encontrarse como en casa en ese mundo, debía poder pensar y sentir como los protagonistas de sus obras y, por tanto, también como su público. Manifiestamente, para un noble no era algo inhabitual actuar como cantante. Así, por ejemplo, Aquiles ocupa el tiempo con cantos sobre héroes que él mismo entona acompañándose con la lira:

Llegaron ambos a las tiendas y las naves de los mirmídones,
y lo hallaron deleitándose el ánimo con la sonora lira,
bella, primorosa, que tenía encima un argénteo clavijero.
La había ganado de los despojos al destruir la ciudad
de Eetión,
y con ella se alegraba el corazón y cantaba gestas de héroes.
(IX, 185-189).

En una cámara funeraria micénica de la griega Menidi se han encontrado restos de una lira. Y también se ha conservado una representación de un músico que toca la lira procedente de esa época. Además, existe toda una serie de poetas famosos de la Grecia arcaica de procedencia noble; entre ellos se encuentran Arquíloco, Alceo, Píndaro o Esquilo. Así pues, no estaba en absoluto por debajo de su condición el dominar la lira y la poesía, sino que, al contrario, estas capacidades eran naturales y constituían una virtud dentro del estamento noble.

Digresión sobre la «cuestión homérica»

Para la investigación sobre Homero no existe ya en la actualidad ninguna duda razonable acerca de que el poeta de la *Ilíada* era un hombre de carne y hueso que probablemente creó sus obras, como más pronto, en la segunda mitad del siglo VIII antes de Cristo. Los intentos de situar la actividad de Homero en una época posterior no han podido alcanzar un éxito concluyente hasta el momento.

Pero el reconocimiento de Homero como un personaje histórico creador de la *Ilíada* no fue siempre una opinión generalizada en la ciencia. La falta aparente de pruebas irrefutables de la existencia del poeta Homero dio motivos para dudar a algunos eruditos, y así, algunos quisieron excluir a Homero del círculo de los personajes históricos. Sobre todo en el siglo XVIII, cuando la filología defendía de forma muy decidida la argumentación sobre la base de la absoluta demostrabilidad de las transmisiones y se proponía un examen y un análisis sistemáticos del texto, hubo una serie de científicos que sostuvieron la opinión de que nunca había habido un poeta con el nombre de Homero.

Entre los exponentes más influyentes de la postura crítica frente al poeta y su obra se encontraba el filólogo clásico de Halle Friedrich August Wolf (1759-1824). En su escrito aparecido en 1795 «Prolegomena ad Homerum», el prólogo a su edición de la *Ilíada*, debatía la posibilidad de que tras las dos epopeyas homéricas no se encontrara de hecho un único poeta, sino varios autores que en el curso del tiempo hubieran hecho de la *Ilíada* y la *Odisea* lo que actualmente tenemos en las manos. El punto de partida de la crítica de Wolf eran las contradicciones lógicas demostrables en el curso del relato en ambas epopeyas. Así, por ejemplo, en el quinto libro de la *Ilíada* Menelao mata al rey de los paflagonios Pilémenes: «Entonces dieron muerte a Pilémenes, émulo de Ares, / jefe de los paflagonios, magnánimos escudados guerreros» (V, 576-577). Pero más tarde encontramos al rey al lado de su hijo caído Harpalión: «Los magnánimos paflagonios se ocuparon de él: / lo sentaron en el carro y lo condujeron a la sagrada Ilión / afligidos; y entre ellos iba su padre vertiendo lágrimas, / y ningún castigo podía expiar la muerte de su hijo» (XIII, 656-659). Discordancias de este tipo pueden encontrarse en varios casos en las dos epopeyas.

Ya en la Antigüedad estas discordancias eran bien conocidas. Horacio, aunque lo censura en su *Arte poética*,

encuentra también una disculpa para el gran predecesor: «Me irrito siempre que el intachable Homero se adormece; pero en una obra tan larga es legítimo y aceptable que uno se vea vencido por el sueño» (Horacio, *De arte poetica*, 359-360). Actualmente sabemos que es muy fácil que estos errores surjan cuando la base del poema descansa en la transmisión oral. En realidad, la «cuestión homérica» marca una etapa del desarrollo histórico del conocimiento sobre Homero y la literatura de los siglos XVII y XVIII. Según la concepción que dominaba por entonces, la obra literaria se concebía siempre como una creación que, desde la primera letra hasta la última, procedía de la pluma de un único escritor, como en el caso, por ejemplo, de la *Eneida* de Virgilio. Pero también el poeta romano se orientó en la construcción de su epopeya, tanto en el aspecto formal como en el contenido, por sus dos grandes modelos.

De hecho, ya en el último siglo la pregunta sobre los elementos que provenían genuinamente de Homero en las epopeyas no hubiera debido plantearse de ese modo. Pero una vez puesta en circulación y al no poderse contar todavía con los posteriores descubrimientos arqueológicos, la «cuestión homérica» echó numerosos, y en parte extraños, brotes. Así, siguiendo a las exposiciones de Wolf, surgieron opiniones que sostenían que la *Ilíada* y la *Odisea* habían sido creadas por un poeta bueno y por otro de menor calidad que había intervenido posteriormente. Una versión original se habría ido enriqueciendo en el curso de los años con varias narraciones más cortas, o un poeta habría reunido en algún momento varias narraciones individuales para componer un gran conjunto. Según esta visión, al principio habría habido narraciones más cortas, y la *Ilíada* original en el centro de esta génesis debía atribuirse a un poeta de nombre Homero; finalmente, en la época posthomérica se habrían añadido nuevos elementos a la obra poética. Los investigadores que querían destilar del conjunto a varios poetas individuales fueron designados

con el nombre de «analíticos». Y los partidarios de la postura contraria, que no querían perder a su Homero como único autor de las epopeyas, fueron llamados «unitarios».

En su introducción a la obra de Homero, Joachim Latacz ha presentado un acertado resumen final del tema: «La "cuestión homérica" en su forma primitiva ya no existe en la actualidad. Sólo fue posible bajo la condición de la comparación entre Homero y Virgilio como autores épicos que se encontraban en un mismo nivel en el plano de la técnica poética. Partiendo de la técnica poética de Homero —ahora ya suficientemente conocida—, la cuestión homérica se formularía hoy de otro modo, a saber: ¿Qué hizo [...] Homero, cuando creó la gran epopeya, con la épica oral de sus antecesores y sus colegas cantores y desde ella?» (*Homer. Der erste Dichter des Abendlandes*, p. 20). A pesar de esta referencia a la «cuestión homérica» que la incluye en la historia de los caminos equivocados y los extravíos de la filología homérica, la investigación moderna de Homero tiene que agradecer a las propuestas de Wolf y otros, que fueron probadas en las epopeyas, toda una serie de valiosos resultados para su mejor comprensión.

¿Es Homero también el poeta de la *Odisea*?

Si actualmente la controversia sobre la autoría de la *Ilíada* puede darse por zanjada, el debate sobre si Homero fue también el autor de la *Odisea* no está todavía totalmente decidido. Existen algunas voces de peso que atribuyen la epopeya de la vuelta al hogar del ingenioso Ulises a otro poeta. Indudablemente plantea algunas dificultades el reconocer en el poeta que describió el heroico mundo de la nobleza tal como nos ha sido transmitido en la *Ilíada* también al creador de la *Odisea*, a ese autor que nos lleva a un fabuloso mundo de prodigios, como el de las historias de Polifemo o de Escila y Caribdis, que nos habla de reinos

fantásticos como el de los feacios y que describe con énfasis diferencias sociales entre grupos como las que se ponen de manifiesto, por ejemplo, en la oposición entre el porquerizo Eumeo y los pretendientes nobles de Penélope. Ante la ciudad de Troya encontramos héroes y reyes, y en la historia de la vuelta al hogar de Ulises oímos hablar del arte de sobrevivir, de la astucia, de comerciantes fenicios y aventuras en Egipto.

Sin embargo, Homero podría ser también el autor de la *Odisea*, que indudablemente es posterior a la *Ilíada*. Las diferencias estilísticas no necesariamente demuestran la existencia de otra «mano». Casi todos los escritores cambian su estilo durante sus diferentes períodos creativos. Homero hubiera podido experimentar perfectamente todavía a edad avanzada cómo, con la colonización de sus compatriotas y los contactos comerciales con pueblos extranjeros, su anterior imagen del mundo y de los hombres cambiaba considerablemente, y hubiera podido formular entonces —más rico en experiencias— esa nueva visión del mundo en la *Odisea*. Ahora el «rico en astucias» tenía mejores oportunidades.

No obstante, contra esta visión de las cosas se ha alzado uno de los mejores conocedores de Homero, Uvo Hölscher. En su libro *Die Odyssee. Epos zwischen Märchen und Roman* defiende su convicción de que las diferencias entre las dos epopeyas excluyen «con bastante probabilidad» que Homero fuera el autor de ambas obras. Hölscher tampoco reconoce una diferencia temporal decisiva entre las obras. «La explicación de la Antigüedad que mantiene que Homero escribió la *Ilíada* en su juventud y la *Odisea* en su vejez no se sostiene tampoco en una observación más atenta. La *Ilíada* revela grados en su desarrollo, parece haber crecido sólo progresivamente, se diría que en el proceso de una vida, hasta alcanzar la riqueza con que nos ha sido transmitida, y precisamente las partes más ricas y maduras revelan un estilo y una forma de pensar

que podría entenderse más bien como un estilo propio de la vejez. El camino que conduce de este tipo de sublimación, de esta sabiduría quebrada por la ironía en la representación de los dioses, hasta la religiosidad más ética y racional de la *Odisea* es un camino histórico-espiritual pero no un camino biográfico» (p. 22).

Por su parte, John Chadwick, que tuvo una importante participación en el descifrado de la escritura lineal B, ha formulado otra posibilidad: «[...] no parece que las diferencias de estilo entre la *Ilíada* y la *Odisea* puedan explicarse sólo por un proceso de maduración. Una disposición de espíritu totalmente distinta distingue al sangriento desarrollo guerrero de la *Ilíada* del encanto aventurero de la *Odisea*. La causa de ello probablemente no deba verse en el hecho de que un pequeño país haya producido casi al mismo tiempo dos inteligencias semejantes, sino en que Homero bebió de dos transmisiones distintas que son las responsables de la diferencia bajo la superficial homogeneidad» (*Die mykenische Welt*, p. 246).

Las influencias de Oriente, casi abrumadoras en la época en que surgió la *Odisea*, se reflejaron también de una forma intensa en el arte. Su estilo en el cambio al siglo VII a. de C. se describe, así, igualmente como «orientalizante». La diferencia con respecto a la época estilística precedente, la llamada «geométrica», era grande. La ornamentación con grecas, triángulos, rombos y líneas en zig-zag, las representaciones de personas y animales, todo había estado sometido a un orden estricto. Y de pronto surgieron ahora elementos florales en los vasos que se desarrollaron con opulencia y libertad formal, los pintores decoraban las vasijas con representaciones llenas de vida del mito y del propio presente. Grifos y demonios alados adornaban los grandes calderos de bronce y los trípodes. Con la gran ola colonizadora, lo extranjero y nuevo hizo su entrada en la cultura del pueblo griego.

CAPÍTULO 8

LA PERCEPCIÓN DE HOMERO EN LA ANTIGÜEDAD

Homero, cuya suerte difícilmente pudo ser la de un artista ignorado, seguramente vivió todavía el éxito de su obra hacia finales del siglo VIII antes de Cristo. La *Ilíada* y la *Odisea* se convirtieron muy pronto en lo que fueron durante toda la Antigüedad: los primeros y más importantes poemas en lengua griega, un hito para el establecimiento del inventario de dioses olímpicos y el libro de historia sobre la primitiva era mítica de los helenos. Por descontado, las obras de Homero fueron a menudo objeto de la atención de los eruditos y los aficionados durante los siglos antiguos. Los filósofos, estudiosos de la literatura, exegetas y gramáticos escribieron sobre él y sus obras, igual que los autores de tragedias a menudo eligieron modelos del ciclo de temas de la *Ilíada* y la *Odisea* para sus dramas.

Un pequeño y poco llamativo fragmento de cerámica que fue sacado a la luz en 1953 en las excavaciones de la colonia griega de Pithekussai, en la isla de Ischia, demuestra la rapidez con que la *Ilíada*, que trata de la cólera de Aquiles, encontró su camino desde la parte asiática y continental griega del mundo helenístico hasta las regiones occidentales. Este fragmento procede de una kotyle, un recipiente para beber con dos asas, y lleva una de las ins-

cripciones griegas más tempranas conocidas. El documento de tres líneas de longitud, compuesto con los metros de un yambo y dos hexámetros, se lee de izquierda a derecha en el alfabeto de Chalkis de Euboia, o Eubea. No se sabe quién grabó el texto con mano segura en el fragmento entre el año 730 y el 720 a. de C., según reza la datación de la época; no tuvieron por qué ser forzosamente el alfarero o el dueño del recipiente. Dado que la pieza procedía de la zona de la necrópolis reservada a las mujeres y los niños, es posible que —como escribió Roland Hampe— hubiera pertenecido a una hetaira. De hecho, éstas debían llevar con ellas a los banquetes los vasos en que bebían. La traducción más probable de las líneas mencionadas, según Latacz, es la siguiente:

> Néstor tenía cierto vaso, bueno era beber de él.
> Pero quien beba de este vaso al momento sentirá
> el deseo por la bellamente coronada Afrodita.

Los versos constituyen una clara alusión a una escena contenida en el libro once de la *Ilíada*. En ella Néstor y su compañero en el combate Macaón descansan de la batalla en la tienda del rey de Pilos ante los muros de Troya. La esclava Hecamede les prepara entonces una bebida.

> Ésta primero puso delante a cada uno de los dos una mesa
> bella, con las patas esmaltadas, bien limada; luego sobre ella
> una broncínea cestilla, cebolla como companaje para la
>   bebida
> y amarillenta miel; al lado, molienda de sacro trigo
> y una copa de bello contorno traída de casa por el anciano,
> tachonada con áureos clavos. Las asas que tenía
> eran cuatro. A ambos lados de cada asa dos palomas
> áureas picoteaban , y por debajo había dos soportes.
> Cualquier otro a duras penas podía moverla de la mesa
> estando llena, pero el anciano Néstor la alzaba sin fatiga
> (XI, 628-637).

Quien fuera que escribiera las líneas del fragmento de arcilla de Ischia podía presuponer que, en su broma, las palabras sobre el «vaso de Néstor» serían un concepto conocido para el lector. Parece improbable que por entonces el mismo episodio, también en hexámetros, pudiera tener ese grado de popularidad en otro contexto que no fuera el de la *Ilíada*. Por eso la referencia a la epopeya de Homero parece obvia. Y al mismo tiempo se corrobora así nuevamente la fijación de la fecha de surgimiento de la *Ilíada* en esas décadas.

Schliemann encontró en uno de los sepulcros de pozo de Micenas un vaso de oro que se corresponde aproximadamente con la descripción de Homero: «La descripción del vaso de Néstor coincide del todo con el vaso que tenemos ante nosotros, con la diferencia de que el primero es mucho mayor y tiene cuatro asas, cada una de ellas con dos palomas, mientras que el nuestro presenta sólo dos asas, cada una con una paloma. El vaso de Néstor tiene dos bases, y las mismas tiene nuestro vaso, pues no se puede entender una doble base si no es como la base del vaso y la base de su pie.»

En cualquier caso las epopeyas homéricas se convirtieron en objeto de una recepción que las reflejaba poco tiempo después de su redacción. La marcha triunfal de este «catón», o mejor dicho, de la Biblia de los helenos, fue irresistible. Ya los antiguos griegos estaban de acuerdo en la importancia destacada de la *Ilíada* y la *Odisea*, una coincidencia que sin duda representaba también un juicio de calidad. Y esta postura no cambió en absoluto en los siglos siguientes. Para hombres de Estado, poetas y filósofos, Homero y sus creaciones fueron objeto de intensas reflexiones sobre el personaje, sobre su olimpo de dioses, su visión del mundo y también sobre su arte poética. De sus obras se extrajo sabiduría y también estímulos para los trabajos propios. Repetidamente se pone de manifiesto de forma clara el carácter de modelo de la *Ilíada* y la *Odisea*, que

se citan en multitud de ocasiones, sea para subrayar la propia formación, sea para presentar las exposiciones del poeta como argumento para las propias ideas y conclusiones.

En el escrito de Jenofonte *El banquete*, Nicerato, que se encuentra presente en la reunión, subraya su importancia como consejero en las cuestiones esenciales de la vida remitiéndose a sus conocimientos sobre Homero:

> Tal vez queráis también oír de mí hasta qué punto ganáis con mi trato. Sabéis sin duda que Homero, ese hombre extraordinariamente versado en todo, sobre casi todos los asuntos humanos ha escrito algo. Por eso quien de vosotros quiera ser un buen señor, orador o jefe en la batalla, como Aquiles, Áyax, Néstor o Ulises, debería estar a bien conmigo, pues sobre todas estas cosas tengo conocimiento (Jenofonte, *Symposion* 4,6).

Junto a las personas privadas, que conocían su Homero y en las reuniones en sociedad o en las discusiones públicas brillaban por sus conocimientos, había también auténticos especialistas en Homero que pregonaban y transmitían su saber profesionalmente. Entre las tareas de estos rapsodas se encontraba la de recitar las obras homéricas, así como la de comentarlas. Al modo de nuestros cantantes y recitadores, presentaban ante el público las epopeyas de la mejor manera posible. Esto podía hacerse en las grandes festividades oficiales o en el pequeño círculo de una sociedad privada —al respecto se debe pensar, sobre todo, en los «simposios» de la nobleza, los banquetes de la clase dirigente de políticos e intelectuales—, o también en el marco de las clases para la instrucción de la juventud. Estos administradores de la herencia poética de Homero agrupados en asociaciones de tipo gremial salieron muy pronto a la luz pública.

La diferencia básica entre los rapsodas y los aedos, los poetas, consistía en que los primeros sólo recurrían al repertorio, y presentaban lo que Homero había creado y

aquello que estaba disponible en los textos. Es más que probable que en la exposición oral se deslizaran errores en la formulación o que uno u otro de los rapsodas considerara que podía formular mejor que Homero algunos versos o episodios. También el deseo de obtener un capital político de la dignidad de los antiguos versos, introduciendo nuevas líneas o modificando las transmitidas en interés propio, pudo haber sido un factor decisivo para la aparición de las llamadas interpolaciones. Éstas podían consistir, por ejemplo, en la introducción de antepasados en los sucesos narrados en honor del correspondiente anfitrión o del suministrador del encargo. Y otro peligro de falsificación del original podía encontrarse en la redacción de las epopeyas según el recitado de un rapsoda.

No es extraño, pues, que ya pronto se quisiera disponer de una forma fija y fiable de los poemas. Se necesitaba, por tanto, una redacción autorizada de los textos. Según la transmisión, este tipo de normalización oficial de los textos homéricos se produjo en la tiranía en Atenas bajo Pisístrato o uno de sus dos hijos, Hipias e Hiparco, durante la segunda mitad del siglo VI a. de Cristo. La primera mención de esta empresa se encuentra en Cicerón, que en su tratado *Sobre el orador* escribió: «De él [Pisístrato] se dice que fue el primero que ordenó los antes confusos libros de Homero tal como ahora los poseemos» (Cicerón, *De oratore*, 3, 137).

En las investigaciones más antiguas sobre Homero se pensaba que, a partir de este fragmento, podía partirse de la base de que sólo mediante la «redacción pisistrática» se habían reunido en un todo unitario los episodios transmitidos individualmente de las dos epopeyas. Sin embargo, la moderna filología ha mostrado que no pudo suceder así. La nueva ordenación de las epopeyas entonces realizada sirvió a la elaboración de una edición textual bien fijada que fue la base para la recitación de la *Ilíada* y la *Odisea* en la gran festividad de la diosa de la ciudad,

Atenea, en las Panateneas. Para este acontecimiento, cuya más hermosa representación plástica se encuentra en el friso con relieves del Partenón de Pericles en la Acrópolis, las epopeyas fueron recitadas durante varios días por rapsodas que se iban relevando. De esta manera los textos no se preservaron de ningún modo de posteriores interpolaciones, pero se fundó una tradición ática.

En su diálogo *Ión*, Platón confronta a Sócrates con el rapsoda y conocedor de Homero Ión. Éste acaba de ganar con sus habilidades el primer premio en la fiesta de Asclepio en Epidauros y Sócrates le desea éxito en su aparición en la fiesta de las Panateneas que hemos mencionado, donde a Ión le gustaría también obtener el triunfo. Enseguida, al inicio del diálogo, Sócrates formula lo que distingue a un buen rapsoda de Homero junto al puro dominio del texto: «Pues sin duda no puede considerarse un rapsoda capaz a aquel que no entiende lo que quiere expresar el poeta. Porque el rapsoda debe convertirse en intermediario del pensamiento del poeta para los oyentes» (Platón, *Ión* 532b).

Ión se adhiere a las manifestaciones de Sócrates. «Tienes razón, Sócrates. A mí, al menos, esto me ha costado el mayor esfuerzo en mi arte, y pienso que hablo de la manera más hermosa sobre Homero, de modo que ni Metrodoro de Lampsaco ni Estesimbroto de Tasos ni Glaucón ni ningún otro, de tantos como hayan vivido nunca, han sabido presentar tantos y tan hermosos pensamientos sobre Homero como yo» (530 c-d; Metrodoro era filósofo y un maestro de la interpretación alegórica de Homero; Estesimbroto enseñaba sobre Homero cobrando una retribución, y Glaucón era probablemente un intérprete). Ión se enorgullece tanto de sus capacidades que está convencido de que merece ser distinguido por los homéridas con una corona.

Aquellos a los que Ión llama homéridas formaban la que probablemente fuera la asociación más honorable de rapsodas. Su sede se encontraba en Quíos y ya por su nom-

bre se identificaban directamente con Homero, del que también decían proceder. No se sabe con certeza si el gremio de los homéridas había sido fundado de hecho por descendientes del poeta, pero en el fondo no es algo imposible, ya que parece que Homero vivió y realizó su obra en la isla.

Con el tiempo, la erudición científicamente orientada sobre Homero se desarrolló cada vez más. El griego Antímaco de Colofón, un poeta y acreditado conocedor de Homero que vivió hacia el año 400 a. de C., fue probablemente el primer editor de un texto con un prólogo y un glosario de las epopeyas de Homero. Luego habría muchas transcripciones y ediciones críticas, según la opinión del correspondiente editor. También Aristóteles elaboró para su discípulo Alejandro una edición de la *Ilíada* aprobada por él, como señala Plutarco en su biografía del rey macedonio: «Convencido de que la *Ilíada* era viático del guerrero —y así la llamaba—, llevó consigo la recensión corregida por Aristóteles, que denominan "del arca"— y la tenía siempre con el puñal bajo la almohada, según cuenta Onesícrito» (Plutarco, *Alejandro* 8).

Finalmente, fueron decisivos para la redacción de los textos tal como han llegado hasta nosotros los esfuerzos de los eruditos de la Biblioteca de Alejandría, en Egipto. En estos centros de investigación fundados como «mouseion» por Alejandro Magno se iniciaron en el siglo III a. de C. importantes investigaciones filológicas, así como comentarios y trabajos comparativos sobre los manuscritos que circulaban sobre Homero de propiedad estatal y privada. En tanto se podía tener acceso a los manuscritos, éstos se ordenaban, se comparaban entre sí y se procuraba fijar un texto unitario crítico. El trabajo no era sencillo, y queda por saber si finalmente se vio coronado por el éxito.

Entre los eruditos dignos de ser mencionados en esos siglos se encuentra el gramático Aristófanes de Bizancio (aproximadamente 275-180 a. de C.), que en torno al año

195 a. de C. fue director de la biblioteca. Entre los servicios más destacados que Aristófanes prestó a la ciencia se cuentan sus ejemplares ediciones de los clásicos griegos, que se convirtieron para sus sucesores en la base de valiosos trabajos propios. Junto con otras obras, Aristófanes elaboró también una edición crítica de Homero. Aristarco de Samotracia, discípulo y sucesor de Aristófanes (aproximadamente 217-144 a. de C.), se ocupó de forma especialmente intensa del héroe poético griego y sus escritos, se preocupó por solucionar las cuestiones sobre la autenticidad y trató siempre de explicar a Homero a partir de su misma obra.

Finalmente hay que nombrar también a Dídimo de Alejandría, que en el siglo I a. de C. desarrolló en Alejandría una actividad literaria sorprendente, sobre todo en cuanto a la producción. Séneca el Joven afirmaba que Dídimo había escrito cuatro mil libros; no es extraño, pues, que la tradición le atribuya el nombre de «Bibliolathas», es decir, «el que olvida libros», ya que con semejante productividad difícilmente podría tener nadie presente todo el conjunto de su obra. Dídimo escribió también un comentario sobre Homero.

Sabemos con seguridad que los eruditos de Alejandría suprimieron algunos versos o partes de las transmisiones que manifiestamente, o al menos en su opinión, no provenían del propio Homero. Cuando dudaban, dejaban los lugares cuestionables en el texto, pero los marcaban. «Podemos reconocer todavía que de algún modo procedieron con prudencia en su actuación», escribió el conocedor de Homero Albin Lesky al respecto. En cualquier caso, el texto de Homero que poseemos en la actualidad fue redactado y editado en las salas de la Biblioteca de Alejandría. Y también fueron filólogos griegos los que, en el siglo III a. de C., dividieron las dos epopeyas en 24 cantos cada una y los designaron con las letras del alfabeto. Hoy se ha generalizado la división con números en lugar de con las letras

griegas. Según esta tendencia, los cantos de la *Ilíada* se designan con números romanos y los de la *Odisea* con números arábigos. La primera mención por su nombre de la epopeya homérica de la cólera de Aquiles, es decir, la *Ilíada*, la encontramos en Herodoto (2,116). Herodoto describe la obra como la «Ilíada», un nombre que deberíamos completar con «el poema». El título sería, pues, «Poema sobre el tema de Ilión».

Otras obras que se atribuyeron a Homero

Las dos epopeyas, la *Ilíada* y la *Odisea*, se consideraban obras de Homero. En la Antigüedad no se manifestó inicialmente ninguna duda sobre su autoría. Pero más tarde se formó un grupo de gramáticos que fueron designados con el nombre de *corizontes* o «separatistas». Entre otras cosas, estos corizontes trataron de negar a Homero la autoría original de la *Odisea*. Representantes de este grupo fueron, entre otros, Xenón (siglo III-II a. de C.), que trató de demostrar la existencia de dos redactores a partir de contradicciones seleccionadas en las dos obras, y Helanicos (hacia el 200 a. de C.), cuya argumentación se apoyaba en contradicciones lingüísticas y de tipo material.

La Antigüedad también relacionó el nombre de Homero con otras obras. Pero numerosos eruditos y escritores de la Antigüedad plantearon objeciones a esta supuesta autoría del poeta nacional griego y en ocasiones rechazaron categóricamente que Homero fuera su autor. Entre estas obras se encuentran los poemas sobre los dioses transmitidos con el nombre de *Himnos homéricos*, la pequeña epopeya *Batracomiomaquia* sobre la lucha entre las ranas y los ratones, así como la farsa *Margites*.

Actualmente se considera muy probable que ninguna de estas obras fuera compuesta por Homero. El *Margites*, cuyo título corresponde al nombre del necio que es el per-

sonaje principal, no surgió probablemente hasta el siglo VI antes de Cristo. Igualmente posterior a Homero es la «Batalla de las ranas y los ratones», que representa en los 303 versos que se han conservado una parodia de escenas heroicas de la *Ilíada*. Seguramente esta «epopeya» se compuso en el siglo VI o V antes de Cristo. Los *Himnos*, por su parte, que no lo son en sentido estricto, forman una colección de 33 poemas cortos o algo más largos sobre dioses y dedicados a los dioses compuestos en hexámetros. En todo caso las partes más antiguas de esta colección no parecen remontarse más allá del siglo VII a. de C.

El *Ciclo épico* designaba ya en la Antigüedad la colección de epopeyas griegas que trataban de los acontecimientos míticos de la época de la guerra de Troya y de los que tuvieron lugar después de la conquista de la ciudad de Príamo. Estas historias incluían, pues, en cuanto al contenido y en el sentido épico-cronológico, a la *Ilíada* y la *Odisea* en un ciclo de sagas y lo completaban. La clara dependencia de su sucesión temporal de la *Ilíada* y la *Odisea* indica un surgimiento posterior de estos versos hexámetros que «también en los detalles más pequeños, motivadora y explicativamente, hacen referencia a la *Ilíada* y la *Odisea*», como escribe Latacz. Así pues, los generalmente desconocidos redactores tenían que haber dispuesto de versiones escritas de las dos epopeyas homéricas. Latacz estima que fueron redactadas en diferentes lugares de Grecia a partir, más o menos, del año 650 a. de C.

Queda por responder la pregunta sobre quién compuso estas epopeyas y quién las unió finalmente para formar el ciclo de sagas en torno a la guerra de Troya, en el *Ciclo épico*. Y tampoco puede decirse nada más preciso sobre la composición canónica de esta colección de obras que van desde el surgimiento del mundo hasta la muerte de Ulises. Aunque Homero fue señalado ya tempranamente como el autor del *Ciclo*, también en la Antigüedad se manifestaron considerables dudas sobre esta autoría. Así,

según Herodoto: «Es Hesíodo quien habla de los hiperbóreos, y también Homero en los Epígonos, si es que esta epopeya ha sido compuesta realmente por Homero» (Herodoto 4,32). La *Epigonia* que menciona Herodoto probablemente trataba de la campaña vengadora de los hijos de los «siete» héroes que marcharon contra Tebas.

Si se establece una sucesión cronológica de las epopeyas del *Ciclo* junto con los poemas homéricos, resulta la siguiente serie: primero hay que nombrar a las *Cipria*, que trataban en once libros de la historia anterior a la guerra de Troya, así como de los acontecimientos ante los muros de la ciudad hasta el inicio de las historias de la *Ilíada*. Luego seguía la *Ilíada*. A ésta se unía la *Aithiopis*, cuyos cinco libros describían los acontecimientos hasta la muerte de Aquiles por Paris y Apolo. Los cuatro libros de la llamada *Pequeña Ilíada* trataban de la disputa entre Ulises y Áyax por las armas de Aquiles y de los sucesos ocurridos hasta la recogida del caballo de madera, de cuyo vientre surgió la desgracia que causó la ruina de Troya.

La fase final de la guerra de Troya, desde la famosa escena de Laoconte ante los muros de la ciudad, pasando por su destrucción, hasta la partida de los aqueos a su patria, se narraba en los dos libros de la *Iliupersis*. Los oyentes supieron por los cinco libros de la *Nostoi* del destino posterior de los héroes que volvían a su patria hasta la vuelta de Agamenón a Micenas y de Menelao a Esparta. La *Odisea* forma parte de esta serie de historias del retorno a la patria, pero trata sólo de la vuelta del rey de Ítaca, rico en ardides. Y su continuación se encontraba en los dos libros de la *Telegonia*, que narraban la continuación de la historia hasta la muerte del héroe.

El valor literario de estas obras del *Ciclo* no se aproxima ni de lejos al de las epopeyas homéricas. En ellas se echa en falta la grandiosidad de la composición que en Homero todo lo abarca y penetra. Las restantes obras de este ciclo se limitan a añadir uno tras otro los aconteci-

mientos narrados de forma más o menos cronológica. Esta fundamental diferencia de calidad ya dio ocasión a Aristóteles para una crítica propia, en su escrito sobre *La poética*, que le permitía subrayar la posición destacada de Homero frente a los otros poetas.

> Por eso, como ya dijimos, Homero puede también ser considerado divino en comparación con los otros épicos por la siguiente razón: él se ha guardado de representar toda la guerra, por más que este acontecimiento tuviera un principio y un final. La acción hubiera sido entonces demasiado amplia y se hubiera hecho, por tanto, demasiado confusa, o si hubiera mantenido la medida correcta en lo que hace a la extensión, hubiera parecido excesivamente complicada por su multiplicidad. Por eso se ocupó de una única parte y trató los otros acontecimientos en numerosos episodios, como en el catálogo de naves y en los restantes episodios a través de los cuales despliega su poema. En los otros épicos, en cambio, se trata de un único héroe o de un único período de tiempo o también de una única acción que se compone de muchas partes, como, por ejemplo, en el poeta de las *Cipria* y en el de la *Pequeña Ilíada*. Por eso de la *Ilíada* y de la *Odisea* sólo puede hacerse una tragedia o dos a lo sumo, mientras que de las *Cipria* se pueden hacer muchas, y de la *Pequeña Ilíada* más de ocho, por ejemplo, «El juicio de las armas», «Filoctetes», «Neoptólemo», «Euripilo», «El paso del mendigo», «Las espartanas», «La destrucción de Ilión», «La partida», «Sinón» y «Las troyanas» (Aristóteles, *Poética* 1459a-b).

El conocedor de Homero y educador del posterior rey de Egipto Tolomeo VII, Aristarco de Samotracia, dató el surgimiento de las epopeyas cíclicas decididamente en la época posterior a Homero. También él vio la gran distancia cualitativa con respecto a la *Ilíada* y la *Odisea*. Los contenidos de los poemas del *Ciclo* pudieron haber sido conocidos ya, sin embargo, en época prehomérica, por lo que Lesky considera que la relación de los motivos de la

Ilíada con las piezas surgidas posteriormente no siempre tiene que mostrar una dependencia directa de las dos grandes epopeyas, sino que «el poeta de la *Ilíada* puede haber tomado algún motivo de esa antigua conformación de los materiales, que debe situarse tanto antes de las epopeyas cíclicas como de las dos atribuidas a Homero».

Capítulo 9

«ORAL POETRY» Y LOS INICIOS DE LA ESCRITURA ENTRE LOS GRIEGOS

En la actualidad la investigación parte del hecho de que el surgimiento y la formación de las epopeyas homéricas descansaba sobre la base de una tradición oral de siglos. Las historias de la caída de Troya y del aventurero regreso a la patria de Ulises eran parte de una imponente serie de sagas de héroes, a la que podía recurrirse una y otra vez para extraer un generoso material para la recitación. El carácter básicamente oral de esta transmisión puede darse por seguro. Determinadas particularidades en la construcción del metro y los versos, de escenas completas o grupos de versos, permitieron en último término la transmisión de las sagas de héroes de generación en generación. La constatación del carácter oral de las epopeyas homéricas debe agradecerse sobre todo al norteamericano Milman Parry, que en los años veinte fundó la investigación de la «oral poetry».

Parry y sus colaboradores estudiaron la épica popular serbiocroata en la moderna Yugoslavia, que, como los cantos épicos homéricos, es una composición poética improvisada que se presenta ante un auditorio. Las similitudes entre las dos formas compositivas eran sorprendentes y las investigaciones condujeron a grandes avances en la com-

prensión de la epopeya griega temprana, aunque es indudable que los poemas de Homero tienen un nivel de exigencia y una riqueza de contenido muy superior al de la épica popular yugoslava y que existe una gran distancia cualitativa entre ambas formas. Investigaciones parecidas sobre la transmisión oral de poemas se llevaron a cabo también en otros lugares, como, por ejemplo, en África, Irlanda o Polinesia.

Llaman la atención en las epopeyas homéricas los numerosos versos estereotipados que aparecen repetidamente. Más de un tercio de los versos son repeticiones de este tipo. Pero estas creaciones de palabras y grupos de palabras repetidos tenían para el recitador una ventaja incomparable. Podían insertarse sin dificultades como elemento prefabricado en el metro del verso. Y por otra parte, permitían realizar determinadas caracterizaciones de personajes, paisajes u otros elementos. Así leemos que Ulises es el héroe «rico en ingenios» o el «paciente divino». De Aquiles sabemos que era el de «pies ligeros» y Héctor es el «de tremolante penacho». El Olimpo es «grande», Ilión es «ventosa» y Agamenón es el «pastor de los pueblos».

Pero también pueden expresarse de forma estereotipada locuciones completas en verso. Con las palabras «y tendieron las manos a los ricos manjares dispuestos» se describe el inicio de la comida, las interpelaciones directas empiezan con el giro «y dirigió palabras aladas [o mejor, emplumadas]», y el poeta expresa sorpresa con la fórmula: «¿Qué palabra escapó del vallar de tus dientes?» El arqueólogo y traductor de Homero Roland Hampe escribió al respecto que «la versificación de este tipo tiene un carácter marcadamente utilitario». En la práctica, mediante una audición y un ejercicio aplicados, se podía aprender a formular estos elementos e introducirlos luego en el lugar apropiado en la propia recitación; para esta forma de recitado no era necesaria una gran exigencia poética por parte del recitador.

La repetición de determinados giros o incluso de escenificaciones completas tenía, sin embargo, un objetivo bien determinado. Al tener siempre dispuesto este «vocabulario», el recitador no corría el peligro de tener que interrumpir su representación con reflexiones del tipo «¿Cómo voy a describir el ambiente matutino a la salida del sol?», sino que podía concentrar totalmente sus pensamientos en el desarrollo de la acción.

También Homero dominaba su oficio de cantor. También él se alimentó del rico fondo de los cantos épicos de épocas anteriores, y en sus poemas se entretejen también múltiples repeticiones. Algunos podrían juzgar este tipo de repetición como una falta de exigencia artística, y pretender, así, que la *Ilíada* debe considerarse un poema marcado por la ingenuidad y la monotonía antes que como un ejemplo de alta poesía. Pero cuando se ha reconocido el sistema que se encuentra en la base de este uso y sus condiciones, nada se opone ya al correcto entendimiento de la forma y al disfrute del contenido.

El gran mérito de Homero frente a sus predecesores y colegas consistió, entre otras cosas, en que él, en la transición de la oralidad a la escritura y con ello a la textualidad, elaboró y compuso por primera vez por escrito el tema de una epopeya. Con la fijación escrita, Homero arrancó a la obra del olvido al que estaba destinada; ya no estaba condenada a perderse para siempre después de que resonara la última palabra, sino que podía repetirse textualmente siempre que se quisiera. Y había un hilo conductor en torno al cual se agrupaban miles de hexámetros: en la *Ilíada* la cólera de Aquiles, y en la *Odisea* el retorno del héroe. De este modo el poeta rompía con la construcción cronológica, que probablemente había sido la habitual hasta ese momento, del «Y entonces sucedió esto, y luego esto otro, etc.».

Por lo que sabemos en la actualidad, Homero fue el primer poeta de la cultura occidental cuyas obras se redactaron por escrito. De este modo obtuvieron una for-

ma fija, que a su vez permitió una transmisión fiel del texto. No se han conservado textos de ninguna obra de un poeta griego que viviera antes que Homero, y hasta nuestros días este autor se sitúa en el inicio de la literatura griega. En el momento de la composición escrita de las epopeyas homéricas, los griegos tenían tras de sí aproximadamente cuatro siglos en los que, por lo que actualmente sabemos, no había existido poesía escrita ni ninguna otra forma de fijación escrita de un texto de cualquier tipo.

El conocimiento de la escritura se había extinguido junto con la cultura palacial micénica entre el año 1200 y el 1100 antes de Cristo. La lectura y la escritura habían desaparecido de la conciencia de las personas, se habían olvidado y perdido. Sabemos, sin embargo, que los griegos de la época micénica habían poseído estas capacidades porque así lo demuestran las grandes cantidades de tablillas de arcilla que se encontraron en los palacios de Cnossos, Micenas y principalmente en el de Pilos del anciano Néstor. Sir Arthur Evans descubrió en sus excavaciones en el palacio minoico de Cnossos, el 31 de marzo de 1900, los primeros fragmentos de estos testimonios escritos altamente significativos para la comprensión de la cultura micénica, y hoy se conocen miles de estas tablillas y fragmentos. No obstante, en ellos no se ha conservado ningún resto de literatura, sino exclusivamente textos administrativos e inventarios económicos, disposiciones para el desplazamiento de tropas o para la organización de sacrificios, junto con actas o notas de los archivos palaciegos.

El que estos objetos se hayan conservado como testimonios de una primera fase de escritura debe agradecerse, paradójicamente, al fuego que destruyó los palacios. Las llamas quemaron las tablillas de arcilla, que en realidad no estaban pensadas para conservarse mucho tiempo sino que debían servir como textos de control o indicaciones de vigencia limitada. Así, estas tablillas alargadas o rectangulares pudieron conservarse en forma de barro cocido.

FIG. 9. *Representación de bañeras y diferentes recipientes. Tablilla de arcilla con escritura lineal B encontrada en el palacio de Pilos; siglo* XIII *a. de C.* (Museo Británico, Londres.)

No sabemos si en la época micénica hubo ya también literatura escrita. Pero a pesar de que reiteradamente se haya negado que existiera una literatura micénica en forma escrita, podría haberla habido, pues apenas nadie duda todavía en la actualidad de la existencia de una poesía épica micénica —a la que finalmente también Homero pudo recurrir—. Si fuera así, sin duda los señores de Micenas, Tirinto y Pilos no hubieran conservado estas obras maestras en tablillas de madera más o menos informes. Para estos textos se habrían utilizado materiales más valiosos y más fáciles de manejar, como el pergamino o tal vez también el papiro. Pero hasta la actualidad no se ha podido encontrar ninguna muestra de estos materiales que se degradan fácilmente, si es que alguna vez se utilizaron en la Grecia micénica.

Homero describe, en todo caso, en su *Ilíada* una sociedad en la que la escritura no parece haber sido habitual. Sólo en un lugar del libro sexto (VI, 168-170.178) menciona esta habilidad: Se trata de la comunicación de una noticia: Proteo envía a Belerofonte al rey de Lidia «y

le entregó luctuosos signos, / mortíferos la mayoría, que había grabado en una tablilla doble, / y le mandó mostrárselas a su suegro, para que así pereciera». Y el destinatario efectivamente atenta enseguida contra la vida del mensajero. Si anteriormente se podía entender esta escena en el sentido de que Homero transporta el conocimiento de la escritura de su presente al pasado ficticio, la situación explicativa es hoy totalmente diferente. Ante la costa sudoccidental turca se descubrieron hace unos años los restos del naufragio de un barco mercante con una rica carga que se hundió en torno al año 1303 a. de C.[2] Entre los numerosos objetos valiosos hallados, los investigadores encontraron también dos tablillas dobles abatibles de madera, llamadas *diptycha*. Con estos hallazgos quedaba demostrada la existencia de la escritura en la época micénica fuera de los palacios. Tal vez Homero no tuviera ya conocimiento de ello. Pero si se refiere a la escritura en los versos mencionados, probablemente no lo haga porque ésta existía (de nuevo) en su época. Es más probable que en estas líneas se conservara un fragmento de una transmisión antigua que no había sido olvidado durante los «siglos oscuros» posteriores a la decadencia de la cultura palacial micénica.

Tras los trabajos de Milman Parry, se dio un gran paso adelante en la investigación de la epopeya con el descifrado de los textos de las tablillas de arcilla de los archivos palaciegos micénicos. La demostración de que se trataba de un griego primitivo —actualmente recibe el nombre de lineal B— fue obra de Michael Ventris. Desde su revolucionario descubrimiento de la escritura silábica en el año 1952, sabemos que los soberanos y el pueblo de la Grecia micénica de hecho hablaban griego. Homero no tuvo que servirse de una escritura silábica; él y sus contemporáneos utilizaban una escritura alfabética pura, como la que noso-

2. Se refiere al pecio de Ulu Burun, hundido junto al Cabo Gelindonia. *(N. del t.)*

tros empleamos: en ella cada letra corresponde a un determinado sonido. Los griegos habían tomado esta escritura consonántica de los fenicios, con los que comerciaban intensamente y cuya literatura en el siglo VIII a. de C. era sumamente importante, y la perfeccionaron para convertirla en una escritura fonémica perfecta. Pero lo que entonces, y también más tarde, diferenció a los griegos de otras culturas como, por ejemplo, la de los etruscos o los romanos fue el hecho de que con la escritura no adoptaron también la literatura fijada hasta entonces en esa lengua, sino que de este modo inmortalizaron las obras de su propia cultura.

La *Ilíada*, como primer ejemplo del arte poética occidental, no sólo es importante como un ejemplo de literatura universal, sino que fue también, según el actual estado de las investigaciones, la que marcó el punto de partida para la formación de literatura y textualidad. Esto significa que se encuentra en el inicio de «la composición apoyada en la escritura de textos con un planteamiento de objetivos más elevado que el práctico-utilitario», como escribe Joachim Latacz. Y se encuentra en el principio «de la regulación de las relaciones sociales a través de textos fijados por escrito». Ilustrativo de esta función pionera de Homero y sus obras es el aumento demostrable del número de textos después del año 700 a. de C., es decir, en la época posterior a la aparición de la *Ilíada*. De este fenómeno forman parte, por ejemplo, los poemas redactados por Hesíodo y Arquíloco.

Aunque Homero se encuentra en el inicio de nuestra literatura, sería un error describirlo como el primer representante de la poesía épica griega. En el curso de las décadas, cuidadosas investigaciones lingüísticas y descubrimientos arqueológicos han permitido ver con claridad creciente que mucho antes de Homero, y concretamente en la Edad Micénica, existió ya algo semejante a los cantos épicos —la escena en la que Aquiles, en la playa de Troya, canta «las gloriosas gestas de los hombres» acompañán-

dose con la lira, puede dar una idea de ello—. El poeta de la *Ilíada* se encuentra, en cualquier caso, dentro de una larga tradición; se halla, por así decirlo, al final de un desarrollo que se remonta al pasado heroico.

Existen muchos datos que nos llevan a pensar que el conocimiento de esta tradición, de los ideales de la vida noble, entre los miembros de la clase dominante que habían sobrevivido al final de la economía palacial centralmente dirigida, se mantuvo en el curso de las generaciones siguientes. Pues una cosa debería quedar clara: el fin de la cultura palacial micénica, por más que en la actualidad podamos representárnoslo como un suceso repentino, no fue de ningún modo equivalente a un genocidio, sino que consistió en la aniquilación de los palacios y de sus altamente eficientes estructuras administrativas, supuso, por así decirlo, la desconexión del cerebro. Esto condujo, a su vez, a importantes fenómenos de paralización en ese complicado organismo general. La sociedad excedentaria de Micenas y de otros centros de poder degeneró primero en una sociedad de subsistencia que luchaba por su supervivencia. Y tuvo que pasar algún tiempo, los llamados «siglos oscuros», para que de los restos dispersos pudiera volver a desarrollarse algo nuevo.

CAPÍTULO 10

CONDICIONES HISTÓRICAS Y CULTURALES PARA EL SURGIMIENTO DE LA *ILÍADA*

La época en que Homero compuso su *Ilíada* fue un período de resurgimiento general. Los griegos habían dejado atrás los «siglos oscuros» —comparables en parte a una agonía—, y ante ellos se abría un gran ascenso cultural cuyo máximo florecimiento se encuentra representado, sin duda, por la Edad Clásica de la Atenas de Pericles. Con la gran ola colonizadora del siglo VIII a. de C., las puertas se habían abierto de nuevo de par en par para los griegos, y numerosas novedades que hasta ese momento sólo habían podido penetrar a través de una estrecha grieta hicieron ahora su entrada. Este espíritu nuevo que abarcaba prácticamente todos los aspectos de la vida fue la base de lo que describimos como la cultura griega de la época histórica.

Sin duda los descendientes supervivientes de las antiguas familias nobles desempeñaron un papel decisivo en este «Renacimiento». En último término, ellos eran los garantes de la conservación de la propia «historia», que tan importante es para la identidad de un pueblo.

En el esplendor naciente de este renacimiento griego se mantuvieron vivas tradiciones de los siglos micénicos, que formaron, junto a las importantes influencias de Oriente en el arte y la religión, una nueva unidad. A través de

los contactos personales de los dirigentes políticos, de la empresa colonizadora en el este y el oeste, y también de las relaciones comerciales con los pueblos del Mediterráneo oriental y del Levante, las nuevas influencias hicieron su entrada en el mundo de Homero. El propio poeta tuvo que haber sentido claramente el rápido pulso de la época en su patria jónica del Asia Menor.

En este mundo caracterizado por un auge de la propia identidad surgió también la voluntad de recuerdo del pasado propio, un deseo de la sociedad de poner de manifiesto ese pasado como un componente inalterable de la propia cultura mediante la redacción de las historias míticas. Para formularlo de forma simplificada: de nuevo los griegos volvían a ser alguien, bajo la dirección de la nobleza autóctona habían salido al mundo, más allá de las estrechas fronteras de la patria natal, para fundar nuevas ciudades. El conocimiento del mundo y la mundología, el bienestar y un estilo de vida refinado volvieron a estar presentes en las salas de las casas nobles, donde los griegos se sentaban en comunidad para participar en suntuosos banquetes, los «symposia». Antiguos y nuevos dioses dispusieron de magníficos santuarios que pronto adquirieron «fama mundial». En este sentido se pueden mencionar, por ejemplo, el Heraion de Samos o el santuario de Zeus de Olimpia; los hallazgos que se sacaron a la luz en estos lugares dan testimonio del auge vigoroso que se vivió en estas décadas y de los nuevos o renovados contactos que se establecieron con otros pueblos.

La nueva conciencia de la propia identidad requería como siempre su fundamentación. Joachim Latacz ha plasmado acertadamente en palabras esta necesidad: «El medio de satisfacer esta necesidad estaba a su disposición. Era el canto épico, que en los siglos transcurridos desde la catástrofe había sobrevivido, más que florecido, como apología de la ascendencia noble y de la primitiva tradición de liderazgo de la elite griega. Ahora había vuelto a surgir una

relación de adecuación —aunque de un nuevo tipo— entre sus brillantes contenidos y la realidad. Al mirarse en ese espejo, la aristocracia del siglo VIII no debía sentirse ya avergonzada por sus dimensiones excesivas.» Y en este ambiente espiritual del mundo de la nobleza debió de sentirse Homero animado o requerido para componer su obra. Sin duda podía recurrir en su trabajo a una rica tradición, de la cual formaba parte también el gran conjunto de la saga de Troya, y de ella eligió un pequeño fragmento para cantar la cólera de Aquiles.

¿Pero por qué escogió Homero justamente este tema para su obra maestra? ¿Por qué elegir un episodio de ese gran conjunto que no abarcaba más de 51 días de los diez años en total que duró la guerra de Troya, y cuyo auténtico núcleo se limita incluso a seis días? El asunto de la *Ilíada* es la disputa entre dos reyes, Agamenón y Aquiles, por su esclava Criseida. La obra trata de normas de la vida noble, de la lealtad y la resistencia frente al poder, del mantenimiento de las estructuras tradicionales y el necesario cambio debido a los nuevos desarrollos, todos temas que eran importantes para los oyentes de Homero. Pues también la nobleza del siglo VIII a. de C. se veía expuesta a nuevas y variadas exigencias a causa de los cambios; en el curso de la colonización, la clase noble experimentaba la presencia de amenazas a su reivindicación del liderazgo por los anhelos de ascensión de nuevos grupos de la sociedad, como, por ejemplo, los comerciantes, que realizaban largos viajes y tenían experiencia del mundo, o los exitosos propietarios de manufacturas, que con la apertura de nuevos mercados alcanzaban la riqueza y, con ella, el poder.

En el abanico de acciones de la *Ilíada*, Homero pudo tomar postura ante todas estas cuestiones, pudo transponer las situaciones de su propio presente al pasado mítico y ofrecer posibilidades de solución para problemas que afloraban o tratar de encontrar respuesta a cuestiones candentes. Sus protagonistas estaban a punto: eran los héroes

de la propia historia pasada, es decir, representantes dignos para los oyentes de Homero. Como indican numerosos estudios, su público conocía las historias de la guerra contra Troya y conocía también las sagas que se añadían a ella antes y después. En la misma epopeya se presupone en varios lugares que el desarrollo general de los acontecimientos es conocido. Si los oyentes conocían el conjunto, podían concentrarse por completo en lo que exponía el poeta, no tenían que prestar atención para saber quién era enemigo de quién, por qué ese personaje hacía tal cosa o cuál era la relación de parentesco entre dos protagonistas de la epopeya. El marco general en el que se desarrollaba la acción de la *Ilíada* estaba dado. De este modo los individuos que seguían el relato no se planteaban la cuestión de la guerra en sí misma, si había tenido lugar y cuándo. Formaba parte de un pasado histórico, por más que no estuviera registrado en los anales de ningún calendario, porque éste no existía. Así, Troya y la guerra eran sólo un decorado para la acción de la *Ilíada*. La quintaesencia que destilaba para la nobleza de la época homérica debía de ser la lección de que a causa de la discordia entre dos líderes la comunidad se debilita. Lo personal debe dejarse de lado cuando se trata de lo general. Un mensaje que sin duda se entendería muy bien en las cortes nobles.

Elementos micénicos en la epopeya homérica

Si el público de Homero estaba de acuerdo en que la guerra de Troya era un hecho histórico de épocas remotas y no había sido inventada por Homero o por uno de sus numerosos colegas, se deben poder encontrar de un modo u otro en la epopeya huellas que apunten a ese pasado lejano. Y éste tiene que remontarse en último término a la época de los palacios micénicos, cuando los reyes que allí gobernaban habían podido realizar tales hechos. Y efectivamente se encuentran estas huellas. Por el descifrado de la escritura silábica micénico-griega lineal B de las tablillas de arcilla de los palacios conocemos hoy algunas palabras, nombres y objetos micénicos típicos.

Probablemente el ejemplo más famoso de un vestigio de la época micénica lo constituya la espada de bronce con el pomo tachonado con clavos de plata φάςγανον αργυρόελον *(phasganon argyróelon)*, que en la *Ilíada* se menciona en dos ocasiones. En una ocasión Aquiles la ofrece como premio por la victoria en los juegos funerarios en honor de Patroclo: «A ése daré esta espada tachonada con clavos de plata» (XXIII, 807). En la otra ocasión Áyax lleva una espada de este tipo en la lucha contra Héctor: «[...] y atinó con la pica / donde iban tensos alrededor del torso los dos tahalíes, / el del escudo y el de la espada tachonada con clavos de plata» (XIV, 403-405).

El inventario de la arqueología conoce un arma que coincide con esta descripción sólo hasta el siglo XV a. de C., y luego sólo se encuentra otra vez en el siglo VII a. de C. En los sepulcros de pozo de Micenas se encontraron dagas y espadas a los se ajusta el calificativo «tachonados de plata». En una tablilla lineal B de Cnossos se puede leer la palabra «phásganon», que describe un arma corriente; y también «árgyros» está documentada en lineal B. Esta palabra forma parte, en una época posterior, de un lenguaje poético derivable de Homero; en otro caso la espada se describe como «xíphos», como también sucede en lineal B. Basándose en los hallazgos arqueológicos, y teniendo en cuenta que la combinación de palabras es particularmente apropiada como unidad rítmica al final de un hexámetro, se puede concluir que en este caso se conservó un elemento de la poesía micénica.

Tal vez se vea reflejado también un recuerdo de «lo micénico» en el hecho de que, como en una ocasión formuló Egert Pöhlmann, todos los mitos presentados en la *Ilíada* y la *Odisea* se representan en escenarios de la época

micénica que después de la caída de los palacios perdieron su importancia; las excepciones son Atenas y Tebas. Entre estos lugares se encuentran el Iolcos de la saga de los argonautas, Calydón con la saga de Meleagro, Micenas con Agamenón, Clitemnestra y Egisto, así como Pilos y los neleidas. Los ejemplos muestran que las epopeyas querían representar el período heroico de la época micénica.

Y también en lo que se refiere al equipamiento y el armamento de los héroes de Troya, Schliemann y Dörpfeld han encontrado documentos interesantes. El famoso escudo alto como una torre de Áyax, cuya forma recuerda una pantalla de estufa, se encuentra representado en sellos micénicos y en una hoja de puñal decorada con un valioso trabajo de incrustaciones, así como también el gran escudo que cubría a un hombre por completo con la forma del número ocho. El escudo redondo, que en la epopeya produce una impresión anacrónica pero era habitual en la época geométrica, aparece representado ya en el «vaso de los guerreros» de Micenas encontrado por Schliemann. Los mencionados trabajos de incrustación son obras maestras del arte del trabajo del metal, y también esta forma de artesanía tal como se describe en el canto XVIII de la *Ilíada* se valora con razón en la investigación como un reflejo micénico —por más que en la descripción del escudo para Aquiles se pueden encontrar claras indicaciones de influencias orientales, entre ellas la representación de la Gorgona como emblema del escudo.

También el empleo del carro de guerra, que aparece representado en frescos y estelas funerarias, puede considerarse como un vestigio de la época micénica. En la epopeya los carros de guerra entran en acción de una forma inusual, en combates individuales. Pero Néstor recuerda cómo en su juventud se luchaba con escuadras de carros de combate —ésta había sido la forma de ataque habitual de esas armas en el segundo milenio antes de Cristo.

FIG. 10. *Caza de leones con los escudos protectores «altos como torres». Detalle de una hoja de puñal de bronce del sepulcro de pozo IV del círculo de sepulcros micénicos A; siglo XVI a. de C.* (Museo Nacional de Atenas. © Archivo fotográfico Hirmer, Munich n.° 584.3082.)

También en lo que se refiere a los componentes del equipamiento de los combatientes, que se dirigían a la lucha «con corazón dispuesto» y «bien pertrechados», se han sacado a la luz en las excavaciones algunas piezas que podrían considerarse correspondencias reales de la época micénica. El hallazgo más impresionante en este aspecto es la coraza encontrada en una cámara funeraria de Dendra, cerca de Midea, es decir, en la proximidad de Micenas y Tirinto. Está compuesta por varios elementos de bronce martillados: protección del cuello, peto y espaldar, hombreras con piezas empalmadas para proteger los brazos, así como tres anillos de bronce colocados por delante y por detrás para la protección del bajo vientre. Además se encontraron fragmentos de una o dos canilleras, así como los restos de un yelmo decorado con colmillos de jabalí. También en Tebas se encontraron restos de una coraza semejante, que debía de limitar la libertad de movimientos del portador como las armaduras de los caballeros medievales.

Otro componente conocido del equipamiento de los guerreros es también el mencionado yelmo de colmillos de jabalí, del que se han encontrado ejemplares o representaciones en toda Grecia. Al final de la Edad de Bronce esta protección de la cabeza dejó de utilizarse —a finales del siglo XIII a. de C. aparece de nuevo documentada aisladamente—, y también la famosa pieza de la llamada «Dolonia» en el libro XI de la *Ilíada* se describe ya como un antiguo objeto heredado de Ulises. El abuelo del héroe, Autólico, lo había ganado a Amintor. Éste entonces lo legó a Amfidamas. De éste lo recibió Molo como obsequio de hospitalidad, y finalmente su hijo Merión se lo colocó en la cabeza a Ulises:

> Y Merión dio a Ulises un arco, una aljaba
> y una espada; y en la cabeza le caló un morrión
> fabricado de bovina piel. En su interior múltiples correas
> muy prietas lo tensaban; por fuera, blancos colmillos
> de jabalí de albos dientes, se sujetaban densos aquí y allá
> con pericia y destreza; y el fondo estaba forrado de fieltro
> (X, 260-265).

La «Dolonia», esta misión nocturna de espionaje de Ulises y Diomedes en campo enemigo, se considera a menudo en la investigación homérica como una interpolación posterior, entre otros motivos porque la conservación de un yelmo de colmillos de jabalí original a lo largo de varias generaciones parece improbable debido a lo perecedero de los materiales.

Un importante complemento de estos objetos que corresponden a la realidad micénica en la epopeya de Homero son los *diptycha* de madera con charnelas de marfil encontrados hace algunos años. Este descubrimiento realizado en un barco naufragado de la época micénica ante la costa turca cerca de Kas, que anteriormente mencionamos, documenta que había escritura fuera de los archivos de palacio. Así pues, no hay que interpretar forzosamente

como procedente del propio presente de Ulises el tan citado fragmento de la *Ilíada* (VI, 168-170.178).

También en la descripción de los edificios tropezamos con versos formalizados que posiblemente apuntan a una antigua tradición. Así, por ejemplo, los palacios de Príamo, de Menelao y de Ulises poseen un sótano. De una casa regia de este tipo formaban parte, junto a un patio rodeado de un muro con un pórtico de entrada, un vestíbulo y una sala principal, es decir, el típico megarón, que estaba rodeado por otras edificaciones complejas. Y repetidamen-

FIG. 11. *Coraza de bronce de una cámara funeraria de Dendra (con yelmo de colmillos de jabalí reconstruido). Siglo XV a. de C.* (Museo de Nauplia.)

te se menciona un piso superior. El más conocido podría ser el del palacio de Ulises, donde su esposa Penélope tenía la alcoba. Posibles analogías con este tipo de disposición de las casas de la época micénica se pueden encontrar en el llamado palacio de Néstor en Pilos, en el que en cuatro lugares existen huecos de escalera que conducen al piso superior, y en Micenas, donde se ha demostrado la existencia de un sótano en la «Casa de la esfinge» y en la «Casa del comerciante de aceite», y la «Casa de las columnas» tiene un piso superior y un sótano que abarca la mitad de la planta. Y también en Troya VI se ha comprobado la existencia de pisos superiores en algunas casas.

Según el actual estado de conocimientos, hay que partir forzosamente de la base de que la tradición del canto épico de la época micénica no cayó en el olvido con la decadencia de los palacios. La población, aunque severamente diezmada, no se extinguió ni cayó en un definitivo embrutecimiento. A pesar del grave revés sufrido, la vida continuó en Grecia, y la impermeabilización frente al mundo exterior que siguió no impidió que el recuerdo del pasado permaneciera vivo. Tuvieron que seguir existiendo, además, cortes principescas aisladas que permanecieron intactas y que mantuvieron la relación con amigos supervivientes o antiguos socios comerciales. El hallazgo de una tumba principesca en Lefkandi, en Eubea, constituye un magnífico testimonio de que en las cortes nobles todavía, o de nuevo, existían los mitos que se pudieron seguir conservando y transmitiendo.

En este lugar, arqueólogos ingleses dejaron al descubierto una construcción absidial de 45 metros de longitud y 10 metros de anchura. Los muros conservados en una altura de hasta un metro y medio estaban hechos de adobe sobre un zócalo de piedra. A intervalos regulares se encontraban postes en el exterior, necesarios para soportar la construcción del techo. Los objetos de importación que se encontraron aquí, de Egipto, Chipre y el Próximo Oriente, hablan un lenguaje muy claro. La céramica se puede datar entre 1000 y 950 a. de C., es decir, justo en la época de los «siglos oscuros». En el centro de este espacio se encontró una tumba a 2,5 metros de profundidad, que estaba dividida en dos partes y dotada con un valioso ajuar. En la sección norte se encontraron los esqueletos de cuatro caballos, y en la sur el esqueleto de una mujer que había sido colocada en la tumba con las manos y los pies cruzados. Junto a ella había un ánfora elaborada en bronce cerrada con un cuenco también de bronce. En el ánfora se habían colocado las cenizas del «príncipe» enterrado en esta sepultura envueltas en un paño mortuorio.

El hallazgo de Lefkandi ha mostrado que existen aquí toda una serie de paralelos y semejanzas con los enterramientos de los héroes que se describen en las epopeyas homéricas; el de Patroclo en el canto 23 y el de Héctor en el canto 24 de la *Ilíada*, y el de Aquiles en el canto 24 de la *Odisea*. También en la epopeya los héroes caídos se incineraban —una forma de enterramiento que en la época micénica era muy poco frecuente y que sólo se hizo habitual a partir de mediados del siglo XI a. de C.—, también Aquiles mató para la pira de Patroclo «cuatro corceles de fuerte cerviz». Las cenizas fueron colocadas en un valioso paño y sepultadas dentro de una urna de oro. Pero Korfmann y su equipo han demostrado también la existencia de enterramientos con cremación en el cementerio de la bahía de Besika de Troya que datan de la última fase de habitación de Troya VI. Y de mediados del siglo VIII a. de C. conocemos también en la Salamis chipriota enterramientos «homéricos» comparables.

Además de las realidades de la época micénica que han sido transmitidas o han sobrevivido en las epopeyas homéricas, existen otros indicios que hacen pensar, si no demuestran incluso, que el origen de la saga de Troya debe situarse en la época micénico-griega. Así, Joachim Latacz ha hecho referencia recientemente en los *Grazer Beiträge*

al espacio de colonización de los griegos en la epopeya. Éste está constituido, sobre todo, por la zona continental griega, las islas griegas occidentales, Creta y el Dodecaneso. Las Cícladas quedan en gran parte fuera, y toda la costa occidental de Asia Menor hasta la altura de Cos, junto con las islas que se encuentran ante ella, se atribuyen a pueblos no griegos, entre ellos los frigios, los carios y los licios. Pero hoy en día sabemos que, desde aproximadamente el año 1100 a. de C., justamente esta región fue colonizada de norte a sur por griegos emigrados del continente. En la época de Homero, pues, se encontraba allí la parte de Grecia que es conocida con el nombre de Jonia. Latacz concluye así: «La constelación histórica básica "Grecia *sin* el Oriente" sólo puede proceder auténticamente de los tiempos luminosos *anteriores* a la catástrofe o del período *sólo algo posterior*. Dicho de otro modo: los griegos no aparecen en Asia Menor en la primitiva historia del desarrollo de los acontecimientos porque en la época del surgimiento de esta historia no había griegos (como capa dominante de la población) en Asia Menor.»

Y no menos significativa es la referencia al hexámetro que Latacz retoma en el mismo ensayo. Sobre la base de análisis filológicos, se constató que el hexámetro aparece ya muy tempranamente como un verso de la poesía de improvisación griega. También se considera actualmente un hecho que «amplias unidades métricas de nuestro texto homérico (hasta versos enteros) ya habían sido utilizadas exactamente en la misma sucesión a más tardar en el siglo XV, sólo que en una forma de lenguaje *métricamente no malsonante*». Los ejemplos aportados por la investigación muestran de forma concluyente que «el lenguaje de Homero, métrica, estilística y —aunque en una proporción que ya no podemos calcular— también en lo que se refiere al aspecto material de contenidos, ya había sido utilizado por cantores griegos, como más tarde, *en la primera mitad del segundo milenio*».

Esta constatación indica de nuevo que el surgimiento del núcleo de la saga de Troya puede situarse en la Grecia continental —de preferencia en el entorno del palacio de Micenas— antes de que los griegos se dirigieran a Asia Menor para fundar colonias en su costa occidental.

Homero cantó, pues, en su poema hechos de los héroes míticos. Su presente era la época micénica, y en esa época se desarrolla también la *Ilíada*. Sin embargo, Homero también introdujo en su obra muchos elementos de su propia época y utilizó sus propios conocimientos y experiencia. El hecho de que numerosos pasajes de la *Ilíada* reflejaran los acontecimientos vistiéndolos con el ropaje de la propia época, difícilmente podía ser entendido como una falsificación burda por los oyentes. Es sabido que en la Edad Media se plasmaron en imágenes escenas de la Biblia en las que los pintores representaban a los personajes, así como el paisaje y los edificios, con los rasgos de su propia época, igual que la región en que vivían con su particular tipo de arquitectura. Y ninguna de las personas que veían estas imágenes se escandalizaba ni creían tampoco que el pintor había dado rienda suelta a su fantasía y había plasmado en el óleo puras fabulaciones suyas. La transmisión cristiana era verdadera, y esta verdad no podía quedar falsificada por la representación de modelos de la propia época; así se hacía sólo más fácilmente comprensible. Del mismo modo Homero y su público partían de la idea de que las historias sobre la cólera de Aquiles, la muerte de Héctor o el caballo de Troya eran una verdad histórica.

Con estas consideraciones no se ha respondido todavía a la pregunta, que ya se planteó en la Antigüedad, sobre la historicidad de esta guerra de Troya. De hecho, para poder plantear ideas fundadas sobre la cuestión, hay que identificar primero Troya mediante fuentes escritas ajenas a Homero. Hoy sabemos que estas fuentes existen, y a partir de aquí abordaremos, pues, de nuevo esta pregunta tantas veces formulada.

CAPÍTULO 11

TROYA Y LA GRECIA MICÉNICA EN FUENTES ESCRITAS EGIPCIAS E HITITAS

En las epopeyas homéricas se han conservado claras huellas de la cultura de la Edad de Bronce de la época micénica, tanto en forma de realidades individuales de este período como de particularidades del lenguaje que han sido analizadas por la ciencia. Y también una amplia parte de los bastidores ante los que se representa la *Ilíada* parece confirmar estos datos. Así, cuando toda una serie de testimonios de este tipo apuntan a la época de la Grecia micénica, surge automáticamente la pregunta: ¿No podría ser que otros poderes de la región mediterránea supieran algo de estos gobernantes y de sus imperios en la Grecia continental y en la costa occidental de Asia Menor?

El imperio real —¿unificado?— de Micenas en su época de esplendor debía ser considerado sin duda como una potencia en la época, y de alguna forma debía de ser tenido en cuenta por sus vecinos, que posiblemente también se previnieran frente a él. Un poder que colocaba tesoros tan magníficos junto a sus reyes para su viaje al más allá y podía organizar unas celebraciones fúnebres tan costosas —como mostraban las tumbas de cámara descubiertos inicialmente por Schliemann y los que también posteriormente se sacaron a la luz—, que era capaz de construir

tumbas en cúpula de una monumentalidad tan imponente como la que encarna la «Casa del tesoro de Atreo», tenía que haber desempeñado un papel relevante en las relaciones de poder y en la política de la región mediterránea central y oriental.

Los hombres de la Antigüedad identificaban ya sin ninguna duda y localizaban claramente los lugares centrales de las epopeyas, Micenas y Troya. Y si se observan los mapas de aquella época, enseguida llaman la atención dos grandes potencias de las que, debido a su situación geográfica y a su política, forzosamente se debe suponer que tuvieron contacto con micénicos y troyanos: Egipto y el Imperio hitita.

Ya tempranamente las investigaciones señalaron la existencia de fuentes escritas que parecían documentar este tipo de contactos. Pero la aceptación de esta posibilidad fue durante mucho tiempo una «cuestión de fe», como dijo en una ocasión el experto en la materia Hans G. Güterbock, ya que no podían eliminarse las inseguridades en la valoración de la consistencia de las fuentes. Sólo en los últimos años el material y las conclusiones científicas en torno a esta cuestión han experimentado un crecimiento tan amplio y han sido valorados de forma tan brillante que actualmente no existen ya dudas razonables al respecto: los dos centros de poder de Micenas y Troya aparecen mencionados en fuentes escritas egipcias e hititas.

De Egipto procede una lista de topónimos egeos de un zócalo de estatua del templo funerario de Amenofis III (aproximadamente 1390-1352 a. de C.) encontrada en Tebas Oeste.[3] En ella se menciona a Creta y al imperio de los dánaos: una denominación transmitida en Homero, Píndaro y Pausanias para referirse a los griegos aqueos —los «danaoi»— de la Argólida, Lacedemonia y Micenas. En la designación «regalo de dánaos» con que se describe al caballo de Troya, este nombre ha llegado hasta nuestros días en la forma de una expresión con sentido propio. Así, Kafta corresponde a Creta, y Danaja/Tanaja al imperio de los dánaos. A ellos se añade una lista de topónimos. Los continentales-peloponesios son, entre otros, Micenas, Tebas, Nauplia y Elis. Ya en los anales de Tutmosis III (aproximadamente 1479-1426 a. de C.) se menciona al príncipe de los dánaos, y se le nombra además en relación con un valioso obsequio de homenaje recibido en torno al año 1437 a. de C.: «una jarra de plata de trabajo de Kafta», es decir, de estilo cretense-minoico, «junto con cuatro vasos de cobre con asas de plata»; en conjunto las piezas pesaban más de cinco kilos. El motivo de este rico obsequio se encontraba probablemente en el deseo del gobernante de establecer relaciones diplomáticas con el faraón, a cuyo imperio pertenecía entonces también toda la costa del Levante y la Siria septentrional hasta el Éufrates.

Así pues, el imperio homérico de Agamenón no sólo era conocido de los egipcios, sino que era un elemento que geográficamente merecía su atención también desde el punto de vista de las implicaciones políticas. Los hallazgos arqueológicos y las transmisiones documentan suficientemente el papel político y económico de la Grecia micénica, que en el curso de los siglos se fue desarrollando de forma constante. También los puestos comerciales o los territorios controlados en la costa occidental del Asia Menor dan testimonio de este desarrollo desde el año 1400 a. de C. aproximadamente. Quien vivía o gobernaba en la esfera de influencia micénica debía contar, como enemigo o como amigo, con los hombres de Grecia. Y si la guerra de Troya transmitida en Homero existió realmente, no cabe duda de que una empresa de esta envergadura no podía pasar desapercibida.

Hasta nosotros no ha llegado, sin embargo, ninguna noticia de los propios gobernantes micénicos o —como también los llama Homero— aqueos. Lo mismo podía de-

3. Se refiere al templo funerario de Kom-el-Hetan. *(N. del t.)*

FIG. 12. *El sello de bronce biconvexo encontrado en Troya (caras delantera y trasera) con signos de escritura. Segunda mitad del siglo XII a. de C.* (© Museo Arqueológico del Land de Baden-Württemberg. Foto: Mehmet Gülbiz.)

cirse hasta hace pocos años de los gobernantes de Troya, pero esto cambió de pronto en el año 1995 con el hallazgo sensacional de un sello biconvexo que se encontró en una casa de la capa «Troya VIIb2 temprana», y que por consiguiente había quedado sepultado bajo tierra en torno al 1150 a. de C.; el sello mismo posiblemente sea más antiguo. La inscripción, escrita en jeroglíficos luvitas, menciona a un escriba y a su mujer. Con este descubrimiento se aportó finalmente la prueba de algo que en el fondo había sido supuesto ya por varios especialistas como una consecuencia lógica de la situación de conjunto: en Troya se conocía la escritura como medio de entendimiento, al menos en el ámbito de las casas señoriales y de los asuntos relacionados con ellas, así como también en las comunicaciones con otros gobernantes y sus países.

El camino que el sello de Troya mostraba de nuevo a la investigación conducía directamente a los archivos palaciegos de la capital del Imperio hitita en la anatólica Hattusa, cerca de la actual localidad de Borghazköy. Ya anteriormente se había reconocido y se había discutido la posibilidad de que la correspondencia y los tratados de

los grandes reyes hititas con sus estados vasallos y con gobernantes vecinos que se habían descubierto allí, conservados en tablillas de escritura cuneiforme, pudieran contener también indicaciones de contactos con el país de los aqueos e incluso con la propia Troya, la sagrada Ilión. Pero en el mundo de los especialistas quedaban demasiadas cuestiones abiertas —por ejemplo, sobre la geografía del Imperio hitita y sobre la evaluación filológica—, de modo que no se podía alcanzar un consenso en la valoración del material de archivos de que se disponía.

Sin embargo, el descubrimiento de nuevas fuentes escritas, nuevas lecturas de inscripciones ya conocidas y la aceleración de la investigación debida al hallazgo del sello en Troya han hecho variar considerablemente la situación en los últimos años, y podría decirse incluso con cierta seguridad que ésta ha quedado aclarada. El sello orientó de nuevo la atención de los expertos hacia la ya conocida correspondencia hitita con las formaciones estatales más pequeñas que se encontraban en su vecindad o en su propia zona de dominio, cuando el interés por estas comunicaciones escritas había pasado durante mucho tiempo a segundo plano en beneficio de las mantenidas con los grandes vecinos, como, por ejemplo, Egipto.

Así, basándonos en los actuales resultados, hoy podemos obtener un panorama de las estructuras de poder de la época, las confrontaciones guerreras y las intrigas diplomáticas que se establecieron o se desarrollaron en el Mediterráneo oriental entre los siglo XV y XIII a. de C. En el lugar de la posibilidad de años anteriores ha aparecido ahora una seguridad.

Las investigaciones del hititólogo de Tubinga Frank Starke han contribuido decisivamente a la dilucidación de algunas cuestiones abiertas. Starke pudo completar el mapa del Imperio hitita y demostrar de forma concluyente que la formación estatal de Wilusa-Wilios, con cuyo gobernante Alaksandu —el nombre correspondiente en grie-

go es Alexandros, como también se llama al hijo de Príamo Paris— el gran rey Muwatalli II (aprox. 1290-1272) había cerrado un tratado de vasallaje, estaba situada en la parte occidental del imperio y era idéntica a la Ilión de las epopeyas homéricas. De este texto se deduce también que Wilusa-Wilios se encontraba ya en estrecho contacto con los hititas desde hacía unos trescientos años. La actualmente conocida identificación de Wilusa-Wilios con Ilión puede entenderse si se piensa —formulándolo con brevedad— que el nombre de la ciudad de Príamo originalmente empezaba con la letra «digamma», que tenía un sonido entre «v» y «f» y que más tarde desapareció del alfabeto griego. Wilios se convirtió así en Ilios-Ilión. Después de la muerte de Alaksandu debieron producirse situaciones de inestabilidad en la política interna, ya que, según la llamada «carta de Millawanda» —tras la denominación de Millawanda se oculta la griega Mileto—, el gran rey Tudhaliya IV tuvo que preocuparse de ayudar a reponer al sucesor Walmu en su trono de Wilusa.

En los anales de Tudhaliya I (aprox. 1420-1400 a. de C.) se enumeran diferentes tierras entre las cuales se encuentran también Wilusiya y el país de Taruisa. Mientras que Wilusiya hoy se puede identificar con certeza con Wilios, la identificación de Taruisa con Troya, aunque parece natural, no se ha aclarado definitivamente o, mejor dicho, no se ha demostrado aún. Es posible que Wilusiya haga referencia a la zona de la ciudad de Wilios, y Taruisa a la comarca que la rodea, es decir, a la Tróade. Pero si ahora podemos decir que la Ilión de Homero es histórica, lo mismo puede suponerse de la designación de Troya.

También el país de los aqueos, que ataca Troya en la *Ilíada* de Homero, se menciona en las actas de Hattusa. Es la Ahhijawa, que en la actualidad se relaciona con partes de la Grecia oriental y las islas del Mediterráneo oriental con el enclave exterior de Mileto. Así, se dice que un tal Pijamaradu, suegro de Atpa, el representante del rey de

Ahhijawa en Milawanda-Mileto, se había mezclado en los asuntos internos de Wilusa, había atacado la isla de Lazba-Lesbos y se había llevado artesanos del lugar a Millawanda; una acción que de nuevo hizo entrar en acción al gran rey. Este Pijamaradu siguió haciendo insegura la costa occidental del Asia Menor en las décadas siguientes, hasta la época de Hattusili III (aprox. 1265-1240 a. de C.).

De este Hattusili III se ha conocido ahora un mensaje al rey de Ahhijawa, la llamada «Carta de Tawagalawa», en la que el gran rey se refiere al destinatario llamándolo «mi hermano». Esto testimonia que el gobernante de Ahhijawa se encontraba en un plano de igualdad con el remitente de la carta y el faraón de Egipto. Así pues, los hombres del oeste no representaban un papel subalterno en la política de Hattusa. Su posición de poder creciente en la región oriental mediterránea, de la que existen indicios suficientes en las fuentes escritas hititas, hizo que fuera valorada por los hititas y sus aliados o sus vasallos como una gran potencia política y una importante fuerza comercial; en todo caso, los hallazgos arqueológicos así permiten suponerlo.

Los dos grupos de fuentes que hemos mencionado, la egipcia y la hitita, muestran de forma convincente que hoy la identificación de Troya, su situación topográfica y su importancia en la Edad de Bronce —y también antes— ya no descansa sólo en la transmisión homérica, sino que puede realizarse con independencia del poeta nacional griego. Y se demuestra así la validez de la suposición expresada ya tempranamente por Korfmann de que Troya no podía ser contemplada sólo desde el hasta ahora habitual punto de vista grecocéntrico, sino que son más bien los componentes «ex oriente» los que prometen solución a muchas cuestiones relacionadas con la comprensión de las ruinas de Hisarlik. Este hecho tiene una importancia extraordinaria para las investigaciones que vendrán.

Más adelante trataremos con mayor extensión la significación que los conocimientos adquiridos desde hace

algunos años pueden tener para la cuestión, siempre debatida en la investigación sobre Homero, de la historicidad —sea del tipo que sea— de la guerra transmitida en las epopeyas homéricas. Pero en primer lugar dirigiremos de nuevo nuestras miradas a la propia Troya, a los trabajos de los arqueólogos en Hisarlik.

CAPÍTULO 12

LAS NUEVAS EXCAVACIONES EN TROYA

Desde el verano de 1988 se vuelve a excavar en Troya. Habían pasado ya cincuenta años desde el fin de las investigaciones realizadas bajo la dirección del descubridor del palacio de Néstor en Pilos Carl William Blegen en la colina fortificada, y hacía un siglo que Heinrich Schliemann había realizado su última campaña de excavaciones. Dentro de la serie de las investigaciones arqueológicas en Hisarlik, el equipo internacional bajo la dirección del especialista en Prehistoria de Tubinga Manfred Korfmann se sitúa en el quinto ciclo de excavaciones. Cada uno de estos ciclos individuales representa un nuevo planteamiento en cuanto a contenidos y en el plano de las técnicas de trabajo.

El primer ciclo de este recuento empieza con las excavaciones de Schliemann en 1871 y se prolonga hasta 1873. El segundo abarca los años posteriores a la sensación que supusieron los apasionantes hallazgos en Micenas: 1878, 1879 y 1882. El tercer ciclo se inicia con el año de la muerte de Schliemann, 1890, e incluye las investigaciones de Wilhelm Dörpfeld en los años 1893 y 1894. Finalmente, el cuarto ciclo está marcado por las excavaciones de la Universidad de Cincinnati, de Estados Unidos, bajo la dirección de Blegen.

Antes del inicio de los trabajos el gobierno turco concedió a Manfred Korfmann, probablemente el mejor conocedor en la actualidad de la región de la Tróade y de sus particularidades arqueológicas, un permiso de excavación que está referido sólo a su persona, algo que constituye una novedad en Troya. En los años anteriores Korfmann había realizado ya amplias excavaciones en la bahía de Besika, cerca del antiguo puerto de Troya. Aquí investigó en siete campañas, sobre todo, fases de ocupación tempranas que son de la misma época o más antiguas que Troya I y que forman parte de la prehistoria del poblamiento de Hisarlik. Dicho de otro modo: Korfmann se había aproximado lentamente pero con paso seguro a la excavación de Troya.

Arqueología de un paisaje

Hay un hecho en el que se debe insistir: el científico de Tubinga no ha llegado a Troya para seguir las huellas de Heinrich Schliemann y proporcionar a la opinión pública pruebas de la historicidad de la Troya homérica y de la guerra descrita en la *Ilíada*. El enfoque de la investigación es más amplio. Korfmann quiere tratar de poner en claro en este lugar, en la zona de contacto entre Oriente y Occidente, el desarrollo de las relaciones tempranas culturales y político-económicas en la región. La cuestión de la historicidad de la transmisión homérica es, en este sentido, sólo un aspecto parcial del proyecto «Troya y la Tróade. Arqueología de un paisaje», por más que sea la que mayor expectación despierta.

Pero en un punto Korfmann se considera del todo integrado en la sucesión de Schliemann. Anualmente, antes del inicio de las excavaciones, se celebra en Troya una conferencia en la que se coordina con otros científicos la forma de proceder en el futuro. Es la prolongación de las llamadas «conferencias de Hisarlik», que Schliemann introdujo en los últimos años de sus trabajos. «Troya no corre peligro de ser excavada a partir de decisiones individuales de la dirección de la excavación», ha dicho Korfmann en referencia a la recuperación de este mecanismo.

Las actuales excavaciones en Troya son un ejemplo de organización y del mejor espíritu de equipo. Quien se encuentre ante o sobre la colina de las ruinas de Hisarlik y quiera orientarse entre los testimonios superpuestos y situados unos junto a otros de una historia de asentamientos que se prolonga durante más de tres milenios y medio, podrá hacerse una idea de las considerables exigencias a que se enfrenta el equipo de excavación. Incluso los planos hechos a mayor escala de áreas de excavación individuales resultan indescifrables si uno no se concentra con especial atención en el examen de lo representado.

Al estudiar esta documentación, forzosamente hay que rendir homenaje —a pesar de algunas críticas justificadas— a los trabajos de Schliemann y sus colaboradores. Ellos trabajaron aquí en una época en que la arqueología de excavación todavía estaba en pañales y no disponía aún en absoluto como herramienta de los métodos que hoy nos son familiares. Ante este panorama resulta aún más digno de destacar que Manfred Korfmann y sus colaboradores hayan organizado con tanta rapidez su trabajo en Troya y puedan empezar las campañas anuales sin tener que atravesar largas fases de puesta en marcha.

Investigación interdisciplinaria en el gran mosaico de Troya

La larga lista de las diferentes disciplinas científicas que participan en las investigaciones en Troya no puede dejar de sorprender a los legos en la materia, incluso en una época en que la investigación interdisciplinaria se ha

convertido en todos los ámbitos de la ciencia en algo perfectamente natural. Ya Schliemann había empezado a incluir diversas orientaciones de investigación en sus trabajos, y actualmente representantes de diferentes especialidades añaden, con sus investigaciones in situ o en diferentes instituciones, nuevas piedrecitas a ese gran mosaico cuyas medidas definitivas no pueden determinarse en absoluto todavía.

Así, por ejemplo, especialistas de la prehistoria investigan las fases de colonización más primitivas de Hisarlik (Troya I y II) y arqueólogos de la Edad de Bronce se interesan por adquirir nuevos conocimientos sobre la homérica Troya VI, mientras que colegas de la Universidad de Cincinnati dejan al descubierto los importantes restos de la ciudad griega y romana de Ilión/Ilium. Los arquitectos intentan reconocer las viviendas y otras edificaciones en el plano y diferenciar las fases de construcción individuales. La documentación de los trabajos mediante fotografías, dibujos y la ejecución de un diario forma parte de las tareas principales de los científicos en el lugar de excavación. Y todos estos trabajos deben ser extremadamente precisos, ya que cualquier excavación constituye también, en último término, una destrucción irreversible de hallazgos, por más que controlada.

En conexión con los excavadores de las secciones de excavación individuales, se realiza detrás y en el interior de la Casa Semple —la anterior casa de la excavación de la expedición norteamericana al borde de Hisarlik que se ha vuelto a poner en funcionamiento— el trabajo de elaboración de los hallazgos y las primeras restauraciones. Aquí se registran, catalogan, en parte se dibujan y finalmente se datan, en tanto eso sea posible, una gran cantidad de cerámicas. En este proceso no se establece ninguna diferencia entre cerámica de uso cotidiano hecha a mano y sin decorar de los antiguos habitantes y material pintado más delicado, como, por ejemplo, las importaciones micéni-

FIG. 13. *Estatua del emperador Adriano con coraza; aproximadamente del 124 d. de C. La fotografía muestra el ajuste de la cabeza sobre el tronco de la figura.* (Museo de Canakkale. Foto: Michael Siebler.)

cas, que es importante para la datación de hallazgos de la Edad de Bronce.

Las agujas de bronce utilizadas como broche se limpian, fotografían y dibujan con la misma meticulosidad que las figuritas de terracota romanas, y los poco vistosos carretes de huso se tratan con el mismo cuidado que, por ejem-

plo, la estatua con coraza del emperador Adriano encontrada en 1993. Investigadores de estructuras constructivas miden y dibujan con toda exactitud partes del muro de fortificación de Troya VI y los restauradores estudian a fondo qué partes de muro o superficies de ruinas de Hisarlik deben asegurarse o restaurarse para no falsificar la imagen de la colina de ruinas y su entorno próximo y hacer posible un control renovado, o incluso una mejor restauración, por parte de las generaciones posteriores.

Uno de los procesos de restauración más urgentes era, por ejemplo, el afianzamiento de la famosa rampa de piedra que conduce a las «Puertas Esceas». Cada año miles de turistas recorrían el camino hasta las puertas del nivel de colonización Troya II-III. Esto no podía dejar de tener consecuencias negativas para el estado de este conjunto. Después de reconstruir los laterales y de mejorar el pavimento con nuevas losas de piedra, la rampa fue finalmente cerrada a la corriente de visitantes.

Las modernas ciencias de la naturaleza representan un papel no menos importante en la reconstrucción del aspecto externo de Troya en las diferentes épocas de colonización y en unas cambiantes condiciones de vida. Arqueozoólogos y arqueobotánicos, así como antropólogos, reconstituyen, gracias a los restos de huesos y plantas, el antiguo menú de los habitantes de Troya, así como la flora y la fauna del entorno, o investigan los huesos de las sepulturas en busca de enfermedades o síntomas carenciales.

Digresión: las investigaciones del carbono-14 en Troya y su posición en la discusión cronológica

Por las exposiciones históricas y los libros de texto conocemos tablas cronológicas más o menos detalladas sobre la Edad de Bronce en el Próximo Oriente y el sudeste europeo. Estas tablas se suelen utilizar para obtener infor-

mación sobre los períodos y épocas individuales de unas culturas que generalmente carecían de escritura, pero raramente se pregunta nadie por los fundamentos de esta cronología, por sus datos de base. Apenas es conocido el hecho de que estas informaciones proceden, desde hace más de cien años, de la sucesión de estratos de Troya, que mide más de dieciséis metros de altura. En ningún otro lugar se han podido recuperar tantos objetos para la investigación, en ningún otro sitio se han podido estudiar tantos hallazgos arqueológicos como en Troya.

A partir de la cronología relativa de Hisarlik, y con la base del material cada vez más numeroso obtenido en otros yacimientos arqueológicos —hay que recordar aquí los descubiertos en Micenas, Pilos o en lugares del Alto Egipto—, se desarrolló un perfeccionado sistema de datación. Éste sistema maduró en el curso de los años gracias, entre otros elementos, a las obras y monumentos perfectamente fechados del Egipto faraónico o de los de las ciudades-estado de Mesopotamia y Siria (aquí, como es sabido, podemos recurrir a testimonios escritos) hasta llegar a una cronología absoluta. Las llamadas dataciones en cadena ayudaron a tender los puentes necesarios de un yacimiento a otro.

El sistema cronológico obtenido de este modo sufrió una auténtica conmoción a principios de los años cincuenta. La posibilidad de datación física recién descubierta con ayuda de la descomposición progresiva y regular de hidrocarburos en compuestos orgánicos —conocida como el método del carbono-14— puso sobre el tapete la existencia de resultados divergentes. De pronto se produjo una variación considerable en la datación de algunos yacimientos y culturas. La creencia, que cada vez se imponía con más fuerza, en la forzosa objetividad de los resultados obtenidos por las ciencias naturales supuso un rudo golpe para la importancia de Troya como lugar de referencia para la cronología. Troya quedó cada vez más marginada en la

discusión cronológica y algunos investigadores excluyeron directamente a Hisarlik de sus reflexiones.

No es extraño, pues, que desde el principio Korfmann concediera una gran importancia en sus excavaciones a la cronología de Hisarlik y que abriera de nuevo este importante capítulo utilizando métodos de investigación perfeccionados de las ciencias naturales. Sus esfuerzos han valido la pena. Hoy están a disposición de la ciencia numerosos datos del carbono-14 y otros obtenidos con métodos de la física referentes a Troya y su entorno más próximo que, según Korfmann, permiten afirmar que Troya «se ha vuelto a situar en el círculo de los lugares guía cronológicos y de nuevo ocupa un lugar de primera fila en este campo».

A pesar de estos satisfactorios resultados, a partir de ahí no se puede formular de nuevo con ligereza una primacía de las ciencias de la naturaleza con respecto al método comparativo, pues en los casos en que no se proporciona a las ciencias naturales la necesaria información de base, la capacidad combinatoria humana sigue siendo la única posibilidad para poder interpretar los hallazgos.

CAPÍTULO 13

TROYA VI-VIIa: UNA VISIÓN NUEVA DE LA TROYA HOMÉRICA

Entre todos los asentamientos de Hisarlik, el que generalmente se describe con el nombre de Troya VI es el más importante tanto en lo que se refiere a la extensión espacial como al nivel histórico-cultural. Con el estrato más reciente siguiente, Troya VIIa, representan el nivel de la «alta cultura troyana» y se consideran candidatas para ser consideradas como la Troya homérica. Los dos niveles se han datado en la Edad de Bronce media y tardía, es decir, en los años entre 1700 y 1300-1250 a. de C. (Troya VI) y 1300-1250 hasta aproximadamente 1200 a. de C. (Troya VIIa). Antes de que Manfred Korfmann iniciara en 1988 las nuevas excavaciones en Hisarlik, la investigación y los visitantes de la colina identificaban Troya VI con los imponentes muros de fortificación y los también espectaculares restos de edificaciones del interior del anillo fortificado todavía conservado. Aquí había surgido un centro soberano totalmente nuevo que superaba en importancia a todos los anteriores y posteriores asentamientos de la ciudad.

Con los trabajos de nivelación realizados en la época helenística y romana fue destruida la mayor parte de este asentamiento, especialmente la acrópolis, que en Homero se describe con el nombre de pérgamo, aunque también la

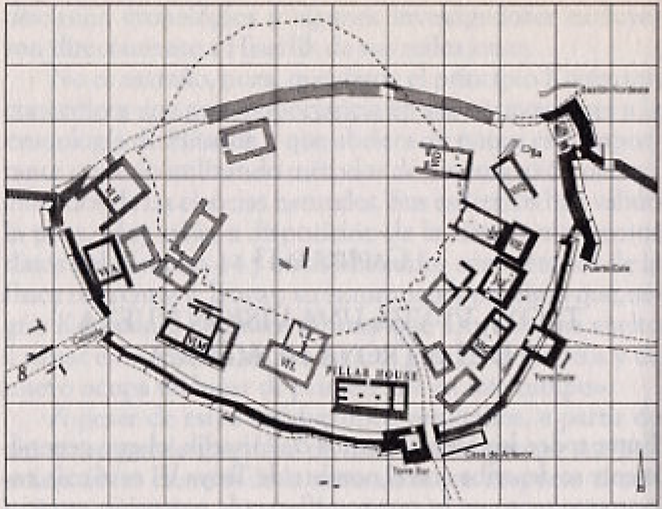

FIG. 14. *Planta de la fortaleza de Troya VI con la llamada «Casa de los Pilares» (Pillar House).* (© Universidad de Tubinga, Troia-Projekt.)

parte norte sufrió una destrucción irreparable. Sólo se pudieron poner al descubierto restos de Troya VI en los bordes meridionales de la colina, o más exactamente: en la zona periférica entre los muros de Troya II y Troya VI. La construcción del muro de fortificación, que presenta en su recorrido, en intervalos de ocho a diez metros, salientes incorporados en forma de dientes de sierra, demuestra un elevado nivel técnico, con sillares que llegan hasta una altura de ocho metros. Tiene una clara forma de talud y un grosor de cuatro a cinco metros. Por encima de los sillares de piedra se levantaba un muro de adobe. Poderosas torres fortificadas, grandes puertas y portones interrumpían la construcción a lo largo del perímetro de 552 metros.

En el sur se encontraba una gran puerta a través de la cual ascendía hacia la parte alta de la colina una calzada

amplia. Una gran torre la flanqueaba en el lado izquierdo. Al este de la fortificación se encontraba otra puerta que dificultaba el asalto de posibles atacantes mediante un muro que avanzaba lateralmente y le daba protección por delante, ya que desde allí los defensores podían atacar con lanzas, flechas y piedras lanzadas o catapultadas el flanco derecho de los enemigos, que no quedaba cubierto por el escudo; una instalación semejante existe también en la Puerta de los Leones de Micenas.

La edificación interior estaba dispuesta en terrazas, aproximadamente en forma de anillo, que se levantaban una tras otra. En la parte excavada se pudo constatar la existencia de grandes edificios aislados, en ocasiones de dos pisos, entre los cuales se encontraban también algunas edificaciones de tipo megaron. En total se pudieron identificar las plantas de diez edificios. El mayor de ellos, la llamada «Casa de los Pilares», está situado directamente junto a la puerta sur. Mide 26 metros de longitud y 12 de anchura. Entre los edificios más importantes se encuentra la Casa VIE, que se levantó sobre un muro exterior inclinado construido con piedras talladas lisas. En la Casa VIF los excavadores encontraron podios de piedra para soportes y escotaduras en la obra del muro para las vigas del techo intermedio. También es interesante la Casa VIM, con su planta en forma de L; el muro inclinado que le sirve de cimiento se corresponde exactamente con la disposición en dientes de sierra del muro de fortificación. Probablemente las calles estaban dispuestas radialmente en torno a la acrópolis y tenían una anchura considerable. Existen buenos motivos para suponer que los palacios principales de Troya VI se encontraban en el antiguo centro del promontorio fortificado, y eso hace que su pérdida durante la nivelación realizada para construir el templo de Atenea resulte aún más lamentable.

Algunos de los visitantes que trataban de orientarse en esta área de unos 20.000 metros cuadrados debían de

preguntarse cómo era posible que una ciudad de dimensiones tan reducidas pudiera haber resistido durante tanto tiempo a una fuerza concentrada de los aqueos; pero esta pregunta se planteaba cuando el visitante, como en otro tiempo Schliemann, había llegado hasta aquí para verificar in situ la transmisión de la *Ilíada*.

En la actualidad, después de más de doce años de actividad excavadora, Hisarlik tiene un aspecto distinto. Pero no sólo ha variado la apariencia externa de la colina. Mucho más importante es el hecho de que en los años pasados nuestra imagen de la fortaleza junto a los Dardanelos ha cambiado fundamentalmente en muchos aspectos. Y lo ha hecho de una forma tan amplia que hubiera sido impensable antes de la llegada de Korfmann a la Tróade. Esta constatación es válida en parte para todos los estratos de colonización encontrados, pero especialmente para Troya VI.

El primer punto de inflexión se reveló ya en la primera campaña de 1988: ante la gran puerta sur se empezaron a excavar niveles que contenían huellas claras del asentamiento Troya VI, un claro indicio de la existencia de una ciudad inferior ante los muros de la fortificación. En el fondo, Korfmann prosiguió con sus investigaciones ante los muros del promontorio fortificado lo que ya Schliemann se había propuesto —su muerte le impidió realizar este plan—, es decir, el descubrimiento de una ciudad inferior. También Wilhelm Dörpfeld había pensado en esa ciudad y había encargado a dos especialistas en Prehistoria la realización de sondeos. Max Weigel encontró en 1893, directamente al sur del muro de la ciudad grecorromano, dos sepulturas con cremaciones del período «VI tardío». Su colega Alfred Götze afirmó un año más tarde que «la extensión de la ciudad micénica fue más grande de lo que se suponía hasta ahora». Y el arqueólogo Alfred Brückner llegó a la conclusión de que «el asentamiento urbano en el período de florecimiento troyano no cedía en nada

a la extensión de la ciudad helenística en la dirección indicada por el lugar del hallazgo». Dörpfeld señaló que quedaba «sólo poco tiempo» para la investigación de esta ciudad y expresó la esperanza de que «pronto se descubrirá una sección mayor de la ciudad inferior».

Los arqueólogos norteamericanos, bajo la dirección de Carl William Blegen, descubrieron entonces, a unos 550 metros al sur de la puerta sur, un cementerio de la época de Troya VI, pero no siguieron investigando para averiguar si esta necrópolis podía encontrarse tal vez en el límite de la posible ciudad inferior. Sin embargo, los arqueólogos de la Universidad de Cincinnati habían tropezado, directamente ante el muro de fortificación, con la «Casa 661», y a finales del siglo XIII a. de C. quien cruzara la puerta sur tenía que pasar primero por delante de la llamada «Casa de Antenor». Además, Blegen escribió sobre los restos de un asentamiento en la parte de la torre oriental que «la zona, que fue ocupada por los habitantes del lugar hacia el final de Troya VI, se extendía más allá de la fortificación y [...] existen pocas dudas de que realmente existió una ciudad inferior extramuros de dimensiones desconocidas».

Lo que Korfmann y su equipo pusieron al descubierto en los años siguientes en el suelo de Troya constituyó una auténtica sensación y refutó la opinión de Frank Kolb, que pocos años antes había escrito: «Troya VI y VIIa, que podrían plantearse para una identificación con la Troya homérica, era pequeños y pobres asentamientos que no pueden reivindicar de ningún modo el título de ciudad». En muchos lugares fuera del gran muro de fortificación se constató la existencia de huellas de Troya VI. Se pudo ver que la ciudad inferior había sido planeada ya desde el principio, y se descubrieron cimientos de piedra que tuvieron que pertenecer a edificios de dimensiones considerables —aunque, a pesar de la pavimentación de piedra, sin duda las edificaciones no eran tan impresionantes como

las del interior de la fortificación—. En cualquier caso era evidente que no faltaba una «buena sustancia constructiva» fuera del anillo de murallas.

En la zona de la torre este se pudo ver que en este lugar los asentamientos yacen uno sobre otro de forma continuada, constituyendo un total de seis o siete fases de edificación. Forman parte también de ellos los restos, encontrados ya por Dörpfeld y Blegen en esta zona, de las generaciones de edificios de Troya VIIa y VIIb1, que se construyeron sucesivamente después de la destrucción de Troya VIh —se supone que provocada por un terremoto—. «La cultura material de estas capas de construcción —escribe Korfmann— no puede separarse, es idéntica. Solamente existen aspectos nuevos en lo que se refiere a la pequeña amplitud de los edificios y a su disposición. Las diferencias son tan pequeñas que Troya VIIa también se hubiera podido llamar Troya VIi, tal como parece que propuso Dörpfeld con ocasión de una visita del equipo de excavación de Cincinnati.»

Finalmente, en el año 1994, los excavadores descubrieron a unos cuatrocientos metros de distancia de la puerta sur una instalación de fortificación que rodeaba la ciudad inferior. Era un foso de unos 3,20 metros de anchura hundido en forma de U en la piedra caliza que afloraba, que había sido localizado antes con ayuda de un sistema de prospección magnética aplicado a este objetivo. El seguimiento del recorrido ulterior mediante excavaciones y reconstrucción atendiendo a las características naturales del terreno dio finalmente como resultado una longitud total de más de dos kilómetros. El final del foso se dató en la etapa final de Troya VI, época en la que quedó tapado. Y un año más tarde salió a la luz, unos cien metros más al sur, otro foso de dimensiones parecidas que manifiestamente era más reciente y pertenecía a la época de Troya VI-VIIa, como podía deducirse del material del hallazgo.

En el mismo año los arqueólogos descubrieron el conjunto de la puerta del primer foso. Los constructores de la época habían dejado la roca en su lugar en un espacio de diez metros de anchura y de este modo habían creado un paso. La puerta, desplazada unos tres metros y medio hacia atrás en la dirección de la ciudad, tenía dos hojas y un espacio intermedio de más de cinco metros, y en los lados estaba flanqueada por una empalizada de unos pocos metros de largo. La existencia de un doble foso pudo tener su origen en una posterior ampliación de la zona de la ciudad inferior en vísperas de la caída de Troya VI.

El objetivo de la instalación parece claro: estaba dirigida contra los carros de guerra, «esa arma nueva y eficaz del segundo milenio», como escribe Korfmann. Mediante la instalación de la puerta, que podía cerrarse, «se podía impedir el paso de carros de guerra asaltantes, y en general regular el acceso a la ciudad inferior y la fortificación de Troya-Ilión». Según los últimos datos de Korfmann (primavera del 2000), actualmente se puede suponer para la ciudad inferior de Troya VI una superficie de más de 270.000 metros cuadrados, lo que multiplica por mucho la superficie originalmente puesta al descubierto.

Pero sólo un foso no podía ofrecer seguridad suficiente a los habitantes de la ciudad inferior, que vivían en las zonas exteriores y, especialmente en las primeras fases de ocupación, habitaban todavía en casas de madera. Debió de existir un muro. Pero parecía casi imposible poderlo descubrir todavía en el área exterior, y era dudoso que se encontrara en la zona de las ruinas. Porque las piedras utilizadas para construirlo habían desaparecido. Es posible que se utilizaran en la construcción y la ampliación de la ciudad en la época helenística y romana, para la que se necesitaría una considerable cantidad de piedra. De hecho, para Korfmann hay que partir de la base de que «todas las piedras de la construcción de la ciudad inferior de Troya VI-VII accesibles de algún modo [...] fueron saca-

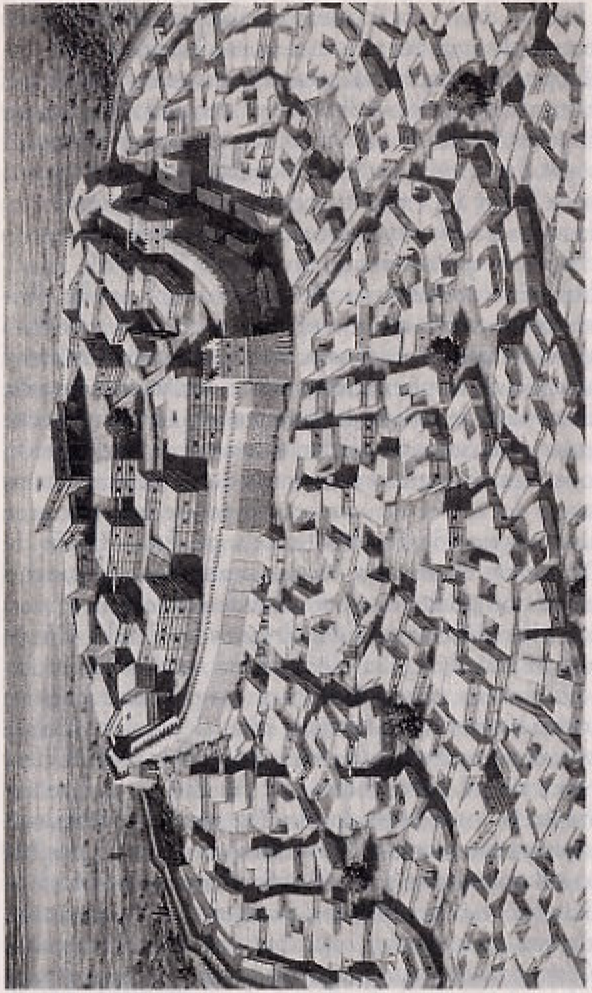

FIG. 15. *Troya VI. Reconstrucción gráfica basada en los resultados actuales de la excavación. Vista hacia el Norte.* (© Ch. Haussner, Munich.)

das y reutilizadas en la nueva construcción». Esto, según Korfmann, sería tanto más probable «dado que con mucha frecuencia los cimientos de las diferentes fases de construcción romanas se habían excavado hasta la roca. Al hacerlo, las correspondientes edificaciones predecesoras se iban partiendo y se aprovechaban como cantera».

A pesar de esta poco satisfactoria situación, se pudo documentar finalmente la existencia del muro. Y primero se hizo justamente junto al gran bastión del nordeste, situado en un espolón que sobresale por encima de la llanura en el norte. Esta construcción no tenía, al parecer, sólo una función defensiva, sino que ocultaba también una vena de agua, por lo que en el interior se había instalado una cisterna. Para Korfmann la localización del muro de la ciudad inferior de Troya VI-VII fue «el resultado más importante de la campaña de Troya de 1995». «El muro —según Korfmann— conducía exactamente hacia el interior de la cuña situada al este del lateral este de la puerta del bastión [...]. Están presentes los típicos cimientos de Troya VI, hechos con grandes piedras que presentan por un lado una ligera forma cónica. Los cimientos están cubiertos por un imponente paquete de adobe. Más que de un muro de piedra se trata, pues, de un muro de adobe.» Además, los excavadores pudieron encontrar pruebas de la existencia de otra puerta de la ciudad en este lugar. La importancia del bastión nordeste queda subrayada de nuevo por ser el punto en que desemboca el muro de fortificación de la ciudad inferior. «No sólo estaba situado en una subida extremadamente inclinada, sino que había flanqueado también hacia el este el muro de la ciudad inferior y el paso que conducía a ella (probablemente una escalera empinada).» Otro paso desde el valle situado al oeste del bastión podría haber llevado igualmente a la meseta de la fortaleza, vigilada también desde el bastión.

También fue de gran importancia la localización de una puerta en la parte oeste del muro de la fortaleza. Esta

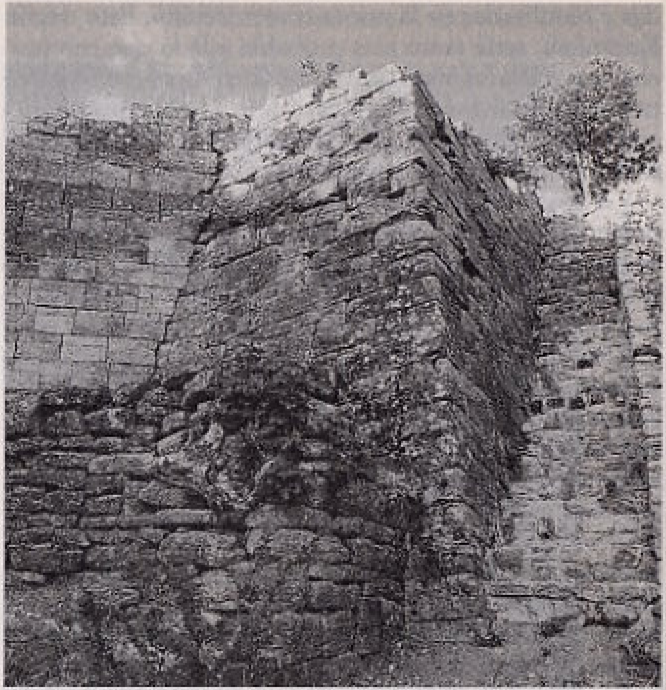

FIG. 16. *Bastión Nordeste de Troya VI.* (© Foto: Hartmut Schickert.)

puerta VIU, situada al final de una amplia calzada empedrada, que fue descubierta al oeste del gran santuario de la época helenístico-romana, marcaba la entrada a la fortaleza desde el lado del mar, que debió constituir el acceso principal a Troya. La puerta se tapó al final de Troya VI o principio de Troya VII. «La puerta VIU —escribe Korfmann— es, con sus de 3,6 a 4 m de vano, la puerta más grande del muro de la fortaleza de Troya VI. Ante ella, una calzada conducía al sudoeste, a la llanura del Scamander. La colina fortificada y la meseta de la ciudad inferior

descienden aquí suavemente y ofrecen así el camino más cómodo para subir desde la llanura. [...] Pero éste es también, al mismo tiempo, el lugar más peligroso.» Peligroso porque aquí el muro de la ciudad inferior se encuentra relativamente cerca del muro de la fortaleza, de manera que los enemigos que ataquen se encuentran muy próximos al área de gobierno de la acrópolis, y podrían aproximarse, por tanto, al centro de decisión estatal.

Con el descubrimiento de los fosos de defensa y el muro de la ciudad se pudo cerrar, por así decirlo, el «círculo de muro» por medio de la reconstrucción. El recorrido del muro de defensa de la ciudad inferior, que se erigió en parte o por completo con piedra y adobe, transcurría probablemente según Korfmann —teniendo en cuenta la disposición efectiva del terreno— «a 90-120 m de distancia de la instalación del foso y de las empalizadas (¿y puerta?)». Los dos elementos de defensa, el foso y el muro, se han podido documentar arqueológicamente por primera vez para esta etapa de la Edad de Bronce. Este muro fue, sin duda, un monumento muy impresionante en el paisaje. Después de su destrucción, finalmente los restos estorbaron cuando se planeó de nuevo la colonización de Troya-Ilión. Según Korfmann, éste fue el caso «a principios de la época helenística dentro de un período que podría situarse bajo el epígrafe: «El mito de Troya se cultiva» (Troya VIII y Troya IX)».

La ciudad de Troya no pertenecía al círculo cultural griego, sino que estaba orientada hacia Anatolia

Como pronto mostraron las nuevas excavaciones bajo la dirección de Manfred Korfmann, Troya no era ya lo que había sido durante décadas, desde el final de las investigaciones norteamericanas. Se hizo necesaria, pues, una nueva valoración basada en las aportaciones más recientes, y

sin ninguna duda puede decirse que debemos agradecer a Korfmann y a su equipo el que esta visión de las cosas nueva y sin prejuicios pero correctamente elaborada fuera posible. Por otra parte, posiblemente también los avances antes mencionados en la investigación homérica y la orientalística de la Antigüedad, o la hititología, experimentaron el impulso decisivo en buena medida gracias a los resultados de las nuevas excavaciones en Troya.

La bien fundada y en la actualidad también generalmente aceptada aseveración de Korfmann según la cual Troya, basándose en los restos de construcciones encontrados y en los hallazgos, no podía ser descrita como «griega» o «de dominación griega», anunció una visión fundamentalmente diferente de las cosas en relación con el tema de Troya. De hecho, desde un punto de vista lógico esta constatación no debería haber causado una impresión de especial novedad, si no hubiera sido por la existencia de una visión «grecocentrada» de la fortaleza en el Helesponto y los aspectos de que ahí se derivan fundada por Homero y aceptada de buen grado por los entusiastas de Grecia hasta época reciente. Blegen tenía aún a los habitantes de Troya VI por griegos, «los primeros que pusieron el pie en Asia Menor». Sin embargo, según los datos obtenidos por Korfmann, Troya fue «una ciudad orientada culturalmente de forma preferente hacia Anatolia». La ciudad de Troya se incorpora así sin ruptura a la serie de las capitales y ciudades comerciales del Próximo Oriente de la Antigüedad.

Los argumentos que presenta en favor de esta visión son los siguientes: la combinación de fortaleza y ciudad inferior densamente poblada y rodeada por un muro es extraña al Egeo y Grecia, pero se ajusta a la perfección a la imagen de ciudades del Antiguo Oriente y de Anatolia. La arquitectura de Troya VI, con la utilización de muros de casas y fortificaciones en declive y la construcción superior de adobe, sigue una orientación anatólica y no griega. La cerámica encontrada en Troya tiene un trasfondo anatólico indudable. Según Korfmann, «hay que tener muchos prejuicios para conceder tan poco peso a las toneladas de cerámica de este tipo, el llamado género gris anatólico [se trata del antiguo género gris minoico; M. S.], y tanto a los pocos fragmentos micénicos». La relación con Anatolia también puede percibirse en los hallazgos del cementerio de Troya —por lo que se conoce de él hasta el momento— y el de la bahía de Besika. Nos referimos a la erección de recintos funerarios, al empleo de grandes recipientes de almacenaje, los pithoi, como vasos funerarios y especialmente a la costumbre de incinerar a los muertos. Además, hacia el 1200 a. de C. los habitantes de Troya todavía estaban familiarizados con dioses orientales, como documenta una pequeña figura de bronce que representa a una de estas divinidades; justamente los usos cúltico-religiosos varían sólo muy lentamente en contraposición con las innovaciones en la técnica de las armas. Las relaciones antes descritas entre Troya y los hititas, o con sus propios vecinos, contribuyen también a apoyar estas conclusiones.

Pero existen todavía otras indicaciones que hablan en favor de una orientación anatólica de Troya y que se pueden encontrar igualmente en el ámbito religioso. Todo aquel que en la Edad de Bronce tardía cruzara la puerta meridional en dirección a la acrópolis, veía a la izquierda, al pie de la torre de la puerta, cuatro piedras rectangulares encajadas cada una en un bloque de piedra y situadas una junto a otra que tenían aproximadamente forma de pilar y eran casi del tamaño de una persona. Todavía hoy se encuentran allí. Hasta el momento los excavadores han descubierto junto a las puertas de Troya trece de estas estelas. Algunas llevan en la parte superior pequeños rebajes con forma de concha, y otros llevan estas marcas en las partes verticales. Ya por el lugar en que están colocadas se ve claramente que estas piedras en forma de pilar tienen una significación determinada. Se sabe que en esta época era corriente en todo el Oriente el culto con pilares y piedras,

pero curiosamente de una forma especial durante la época hitita y más tarde, y como ha podido constatar el arqueólogo Peter Neve, que realiza excavaciones en Hattusa, en la capital hitita estas piedras se encuentran, por un lado, en lugares de enterramiento, y por otro, «junto a las puertas de la ciudad o cerca de ellas». Según Neve, podrían «estar relacionadas con cultos dirigidos a los dioses protectores de las puertas [...] y tal vez, en sentido amplio, también a los dioses protectores de la ciudad».

Korfmann tiene buenas razones para creer que las estelas de las puertas de Troya tienen que ver con el culto de Apolo. Este dios griego había llegado a Occidente desde el Asia Menor interior, desde tierras hititas. Allí había sido, como vigilante de las puertas, responsable de la protección contra el mal, una función que los griegos caracterizaban con el sobrenombre de «Agyieus» y que hacía referencia al Apolo sin representación icónica. Y Apolo es en Homero el dios protector más importante de Troya: Era el dios que había colaborado en la construcción de los muros de Ilión, tenía allí un templo, y también defiende en la *Ilíada* la puerta principal. Además, el dios podría ser idéntico al Apulunas/Apaliunas de Hattusa, que también era uno de los dioses principales de Wilusa. En el tratado antes mencionado entre el gran rey y Alaksandu de Wilusa se menciona justamente a Apaliunas como testigo del trato. Era corriente cerrar un tratado con la asistencia de los dioses, y en éste sólo los nombres de las divinidades hititas ocupan 26 líneas.

Otra divinidad que debía certificar, junto a Apaliunas y el dios del tiempo del ejército, el tratado con el rey hitita por parte de Wilusa se describe con los signos de escritura KASKAL.KUR. La combinación significa textualmente «camino (KASKAL) al inframundo (KUR)». Según escribió Korfmann en el verano del 2000: «De este modo se designaban los cursos de agua que desaparecían en el suelo de las regiones cársticas y volvían a surgir al exterior,

pero los hititas también utilizaban este concepto para las galerías de conducción de agua instaladas artificialmente.» En este contexto es interesante el descubrimiento en Troya de una cueva con un manantial que se encuentra a unos 200 metros al sur del muro de la fortificación, en la zona de la ciudad inferior. Schliemann había informado ya de la existencia de un sistema de túneles: una excavación de trece metros de longitud con tres minas adyacentes, pero el conjunto había quedado enterrado de nuevo en el siglo pasado. Korfmann pudo determinar que del sistema de túneles redescubierto en 1997, a finales de agosto, después de tres meses sin lluvias, todavía manaban 30 litros de agua por hora del brazo principal. Y mucho más manará cuando se libere todo el conjunto del complicado sistema, del que entretanto se ha despejado un recorrido de túneles de 150 metros (información oral de Manfred Korfmann).

Así pues, si, según Korfmann, «la Wilusa del mencionado tratado se identifica con Troya VI o VIIa, parece lógico relacionar al divino KASKAL.KUR con esta cueva con manantial, siempre que la instalación existiera ya en el segundo milenio antes de Cristo». Se ha encontrado ya una demostración de ello. Se ha conseguido leer el «reloj radioactivo» de la piedra caliza en las paredes de la cueva, y según los resultados de los científicos del centro de investigación de radiometría de la Academia de las Ciencias de Heidelberg, el sistema de minas del manantial subterráneo ya se había instalado a principios del tercer milenio antes de Cristo, es decir, en la época de la Civilización Troyana Marítima, o dicho de otro modo: de Troya I a Troya III. «Para los troyanos de la época que nos interesa —según Korfmann— la instalación era, pues, ya una reliquia del pasado, en torno a cuyo surgimiento tal vez se hubieran tejido mitos. Dentro de la visión del mundo de los habitantes de Anatolia sin duda no era descabellado unir a ella una divinidad junto con un lugar de culto», que sería justamente el KASKAL.KUR del tratado de Alaksandu.

Si consideramos las indicaciones topográficas de la *Ilíada*, es digno de resaltar el hallazgo por parte de los arqueólogos ante la entrada de la mina de «varias pilas de agua de la época romana y cuatro cavidades de forma circular talladas en la roca junto con unos canales de unión». Aquí se impone, en palabras de Korfmann, la imagen del lavadero de las mujeres troyanas que Homero describe durante el combate singular entre Aquiles y Héctor:

> [...] y Héctor huyó
> hacia el pie de la muralla, moviendo con celeridad
> las rodillas
> Más allá de la atalaya y del ventoso cabrahígo pasaron,
> cada vez más lejos de la muralla por la senda de carretas,
> y llegaron a los dos manantiales de bello caudal. Allí
> una pareja de fuentes brota del turbulento Scamander
> [...]
> Allí hay cerca sobre ellas unos anchos lavaderos
> bellos, de piedra, donde los resplandecientes vestidos
> solían lavar las esposas y las bellas hijas de los troyanos
> en tiempos de paz, antes de que llegaran los hijos
> de los aqueos.
> Por allí pasaron corriendo, uno huyendo y otro acosando
> detrás
> (XXII, 143-148, 153-157).

Siempre resulta sorprendente observar la precisión con que Homero describió el paisaje y la ciudad de Troya. Y con cada año de excavación de Korfmann en Troya, se refuerzan los apoyos que documentan este conocimiento preciso de los lugares descritos. En este sentido naturalmente hay que tener en cuenta que Homero o sus informadores, en el siglo VIII a. de C., en su representación de los acontecimientos ante los muros de la ciudad destruida desde hacía siglos podían recurrir a los restos visibles de este conjunto monumental sobre el terreno, y sin duda así lo hicieron, ya que no querrían molestar a los conocedores

de la localidad y tampoco necesitaban hacerlo. Sería interesante saber también de una forma más precisa cuándo fue así y qué descripciones de Homero eran ya herencia de la época micénica. En cualquier caso, existen posibles puntos de apoyo para este tipo de antiguas transmisiones, y en este punto se pueden tener esperanzas en los resultados de futuras investigaciones.

Pero Manfred Korfmann pudo atestiguar ya una cosa con las nuevas excavaciones, y es que Homero no tenía nada que ver con un recitador de cuentos. Korfmann discutió hace unos años en un artículo los argumentos del especialista en Prehistoria Rolf Hachmann, que en un ensayo había aportado argumentos de peso contra la reivindicación de Hisarlik como el lugar de la Troya de Homero y en general contra la posibilidad de la historicidad de la guerra de Troya descrita en la epopeya. El auténtico destinatario de las exposiciones de Hachmann era Carl William Blegen, cuyas publicaciones sobre Troya habían aparecido sólo a finales de los años cincuenta. Aparte de los factores mencionados anteriormente, que confirmaban sin ninguna duda la identificación de Troya en Hisarlik, enumeraremos también los siguientes: se ha demostrado la existencia de una guerra perdida en Troya VIIa; no se sabe quién fue el enemigo vencedor. Actualmente existe ya más de una punta de flecha, así como otros hallazgos de armas de corto y largo alcance, que parecen ser micénicas extraídas de tierra troyana. Troya era la localidad principal de la Tróade. Hisarlik ofrece decididamente, desde la perspectiva actual, la imagen de una sede real fortificada con edificios señoriales en una acrópolis que se destaca por encima de la ciudad.

Podríamos mencionar más argumentos. Pero bastará constatar que hoy en día puede considerarse que el ensayo de Hachmann forma parte de la historia de la ciencia. Con los hechos actualmente conocidos han quedado relegados, además, a un segundo plano los que rechazan la exis-

tencia de un fondo histórico o de un núcleo histórico del tipo que sea tras la guerra de Troya que refiere la *Ilíada* y niegan la identificación de la Troya homérica con las ruinas de Hisarlik. En realidad, son ellos ahora los que deben aportar pruebas para justificar su rechazo. Más adelante volveremos sobre este problema que interesa a todos los que se han ocupado y aún se ocupan del tema de Homero y Troya.

Las bases del poder de Troya en la Edad de Bronce tardía

Con razón podemos preguntarnos cómo pudieron desempeñar los soberanos de Troya, en el extremo más occidental del Imperio hitita y en una situación de cierta dependencia de Hattusa pero implicados de todos modos en el sistema político, militar y económico de Anatolia, un papel tan importante en el mundo de la época. Los hallazgos, en cualquier caso, reflejan claramente poder, una economía floreciente, relaciones comerciales muy extendidas, un administración eficiente y una dirección central de los destinos del Estado. Este éxito se vio favorecido con seguridad por su situación única en un punto de conexión entre Europa y Asia, en un lugar donde se encontraban las rutas comerciales terrestres de Oriente a Occidente y donde se podía realizar cualquier intercambio entre el norte y el sur a través de las vías marítimas.

Korfmann ha sugerido una respuesta muy plausible a esta pregunta. Su *leitmotiv* lo constituyen los aliados de los troyanos mencionados en la *Ilíada*, y en este sentido señala que su línea de argumentación puede ser válida tanto para el siglo de Homero como para el siglo XIII a. de C.: «En ambos siglos se practicó un comercio intenso.» Si se piensa en el factor tiempo y en las cantidades, el transporte de mercancías y personas en barcos era sin duda más económico y relativamente seguro. Pero la construcción

de naves exigía grandes inversiones, que sólo tenían sentido y eran posibles a la sombra de los poderosos, y estos soberanos eran también los que permitían o impedían la navegación en su ámbito de dominio. Korfmann considera que es inimaginable la existencia de comerciantes absolutamente independientes que utilizaran la vía marítima: «El derecho consuetudinario o las regulaciones contractuales amistosas son una condición indispensable para este tipo de comercio si quiere prosperar y no caer en la piratería.»

Por fuentes escritas sabemos que, en el curso del segundo milenio antes de Cristo, el Mediterráneo oriental y Anatolia se encontraron cada vez más en el punto de mira del país de los dos ríos y de Siria. La importancia de la ciudad portuaria de Ugarit aumentó y los alejados enclaves comerciales asirios en el exterior muestran con su alineación en cadena que aquí existía un interés concreto en Anatolia central, pero también en el mar Negro. Korfmann supone que los señores de Troya se introdujeron en torno al año 1700 a. de C. en el negocio en el mar Negro, en un momento en que finalizó el comercio asirio por tierra y los hititas no participaban ya en él por razones geopolíticas. Es sabido que por entonces los comerciantes y sus acompañantes a menudo eran también militares y diplomáticos. Y si aceptamos la fundada suposición de que Troya estaba unida con sus principales socios comerciales por mar, se comprende que «primordialmente fueron las ciudades portuarias y los pueblos en torno al Egeo oriental, la región del Mármara, la región meridional del mar Negro y la orilla septentrional del Egeo los que debieron estar interesados en la seguridad y la permanencia del lugar de transbordo Troya-Wilusa». Y justamente los representantes y enviados de estas ciudades portuarias son los que en la *Ilíada* de Homero participan del lado de los troyanos en la guerra contra los aqueos. Son aquellos que no pertenecían a la alianza de ciudades-estado micénicas y tampo-

co a la región imperial inmediata de los hititas; «justamente los pueblos que bordeaban los tres mares, los proveedores privilegiados por la naturaleza del centro portuario de Troya». También contactos privados, por ejemplo, por matrimonio, debieron de reforzar la solidaridad entre troyanos y «extranjeros». Junto a los aliados de la Tróade, como Eneas o Arquelao, también encontramos otros procedentes de Europa, como los tracios; de la región del mar Negro, por ejemplo, los paflagonios; de Anatolia, los misios y frigios, y de la región del Mediterráneo, los carios y los licios.

Para Korfmann está claro en qué regiones se encontraban los intereses comerciales de Ilión-Wilusa: del Cáucaso y de la Anatolia septentrional se recibía oro, plata y cobre; los caballos llegaban de la altiplanicie anatólica y de la región del Ponto, así como de las regiones esteparias, el ámbar procedía del mar oriental, y el estaño, tan importante para la fabricación de bronce, incluso de Asia central. Finalmente, de la región de los hititas conseguía Troya ese metal que en el siglo XIII a. de C. era todavía tan costoso: el hierro.

También esta esclarecedora explicación de la prosperidad de Troya y la definición histórico-cultural de sus aliados nos indica que Homero no era un narrador de cuentos y, sobre todo, que no era en absoluto un poeta con un horizonte geográfico limitado, tal como se afirmaba todavía hace pocos años.

CAPÍTULO 14

LA CUESTIÓN DE LA HISTORICIDAD DE LA GUERRA DE TROYA TRANSMITIDA EN LA OBRA DE HOMERO. POSIBILIDADES Y LÍMITES

«No dejará de haber gente que marque en el mapa la carrera mortal de Héctor ni que conserve la creencia en Hisarlik sin preocuparse por el perfil del terreno. Uno no se acalora por eso, pero tampoco se lo toma en serio.» Con estas palabras del filólogo clásico Ulrich von Wilamowitz-Moellendorf del año 1906, un famoso y reconocido representante del profesorado de la universidad alemán lanzaba un juicio demoledor acerca de lo que había sido la obra científica de su vida para Heinrich Schliemann. Pero este juicio debía afectar también al sucesor de Schliemann, Dörpfeld, que había continuado los trabajos de su amigo y los había dado por concluidos en 1894. Al fin y al cabo, Dörpfeld estaba convencido de haber encontrado en Troya VI la ciudad de Príamo que Homero había cantado —en oposición a Schliemann, que hasta la campaña de 1890 estaba convencido de que la «ciudad quemada», es decir, Troya II, había sido la buscada Troya de la epopeya.

Blegen llegó luego a la conclusión de que Troya VI había sido destruida por un terremoto y por eso Troya VIIa

tenía que ser la ciudad buscada. Además, la construcción de viviendas pequeñas en el interior del anillo de murallas y los numerosos recipientes de almacenaje hundidos en el suelo parecían indicar la existencia de un sitio de Troya VIIa. Blegen llegó, pues, a la siguiente conclusión: «A la vista de nuestros actuales conocimientos, no se puede seguir dudando de que efectivamente tuvo lugar una guerra de Troya histórica, en la que una coalición de aqueos o micénicos bajo la reconocida dirección suprema de un rey luchó contra el pueblo troyano y sus aliados.»

Con una visión que podríamos considerar casi inadmisiblemente acrítica con respecto a la situación de las fuentes anterior, Kitto consideró la situación aclarada en su libro aparecido en 1957 *Los griegos. Sobre la realidad de un modelo histórico*: «De las nueve ciudades superpuestas en capas de esta excavación, Troya VI fue destruida por el fuego, y lo fue justamente en el período de la guerra de Troya indicado por la tradición (1194-1184 a. de C.).» Así, supuestamente, a quien creyera en la historicidad de la guerra transmitida en Homero en realidad sólo le quedaba un punto que aclarar, el de si había sido Dörpfeld o Blegen el que había señalado la Troya «correcta». Pero en realidad el asunto no era, ni es, en absoluto tan sencillo.

Las posturas que acabamos de mencionar representan los extremos de los puntos de vista contrapuestos sobre este problema. Frente a la visión positivista de la transmisión homérica, ya muy pronto un gran número de importantes científicos hicieron constar sus reservas; arqueólogos, filólogos clásicos e historiadores clásicos expusieron sus dudas sobre la identificación de Troya y sobre la historicidad de la guerra. En el fondo este debate sobre la poesía y la verdad en las epopeyas homéricas había empezado ya en la Antigüedad, pero sólo cobró realmente impulso con las excavaciones de Schliemann en Hisarlik.

Junto al historiador clásico Franz Hampl, que en su diáfano artículo «La *Ilíada* no es un libro de historia» se de-

claró en contra de un supuesto fondo histórico en la *Ilíada* de Homero, también su colega Moses I. Finley pertenecía al grupo de los opositores de los positivistas. Este autor, al que debemos el escrito *El mundo de Ulises*, una de las investigaciones más importantes y estimulantes sobre la problemática homérica, propuso por eso «desterrar la guerra de Troya de Homero de la historia de la Edad de Bronce griega». La disputa no puede centrarse ya en la actualidad en la cuestión de si la Troya de las epopeyas homéricas se encontraba realmente en Hisarlik. En este punto la ciencia ha aportado claridad: aunque no se encontró ningún cartel con la inscripción «Troya» o un indicador que señalara que la distancia a Troya era de tantos pies, la identificación se ha logrado con la ayuda de fuentes que no dejan lugar a dudas, tal como hemos expuesto más arriba.

Pero, en lo que hace a la cuestión de la historicidad de la guerra de Troya, en los últimos años el grupo de los positivistas no ha dejado de crecer, y entre ellos se encuentran científicos de gran nivel, como, por ejemplo, Wolfgang Schadewaldt, Uvo Hölscher, Roland Hampe, Fritz Schachermeyr, Joachim Latacz o también Kurt Bittel, que aún en 1988 dijo a Manfred Korfmann, en sus propias palabras, «muy claramente que siempre había creído en una historicidad de la "guerra de Troya", en un "núcleo histórico"» de la *Ilíada*: «Algo así no se puede inventar.» Sin duda, esta visión de las cosas sigue siendo una «cuestión de fe», ya que hasta el momento falta una prueba indudable. Pero los conocimientos sobre este tema se han multiplicado de tal modo desde diferentes especialidades de las ciencias de la Antigüedad, que existen buenas razones para seguir buscando e investigando en esta dirección —al menos la probabilidad de la existencia de un fondo histórico en el escenario de la *Ilíada* es muy elevada y sigue aumentando.

Uno de los mejores conocedores de esta discusión, Joachim Latacz, ha hecho un balance del status quo en un

fundamental artículo del *Grazer Morgenländischen Studien*. Según este escrito, se puede asegurar que una guerra de Troya tal como puede reconstruirse a partir de las informaciones dispersas en la *Ilíada* sólo pudo tener lugar en el período de florecimiento de la época micénica: éste es el mensaje claro de los conocimientos acumulados sobre el tema de la arqueología y de las fuentes escritas de que disponemos. La memoria de esta historia, conservada en versos hexámetros y mantenida durante 450 a 350 años aproximadamente hasta Homero —es decir, la transmisión considerada por muchos imposible a través de los «siglos oscuros»—, quedó garantizada por la transmisión oral en las recitaciones de los aedos, los cantores de las cortes nobles. Aunque durante mucho tiempo se había partido de la base de que con la caída de la cultura palacial micénica, en torno al 1200 a. de C., también el público, o los promotores del canto épico, habían desaparecido, las investigaciones arqueológicas han mostrado entretanto que éste no fue en absoluto el caso.

Enlazando con esta caída, se estableció durante unos ciento cincuenta años una época micénica tardía con pequeños estados sin palacios y sin escritura en regiones individuales de Grecia en cuyo estilo de vida cortesano, en un período caracterizado por la paz y la prosperidad económica, se revelaba el recurso a la época palacial. Así pues, las anteriores ideas sobre una ruptura total entre el Bronce final y la primera Edad del Hierro, la llamada época geométrica de Grecia, no pueden sostenerse ya. Sigrid Deger-Jalkotzy ha señalado que a este florecimiento posterior pertenecen enormes cráteras (vasijas para mezclas), que, «junto con un rico surtido de piezas para beber, permiten deducir la existencia de una activa hospitalidad y [...] de banquetes numerosos: en cualquier caso, muchas de estas piezas llevan una decoración figurativa con representaciones de carros de guerra en marcha, combates, caza, danza, navegación, que a mi parecer reflejan las principales ocupaciones de la época pero también los ideales marcados por el trasfondo guerrero del período [...] de la sociedad cortesana del LH III C medio[4] [la llamada etapa heládica tardía va aproximadamente de 1200 a 1050 a. de C.; M. S.]. Muchas imágenes representadas en los vasos hacen pensar en una anticipación de las escenas homéricas. Y tal vez fueran efectivamente estimuladas por la poesía épica, ya que en el repertorio de representaciones se encuentran músicos que tocan la cítara y el fórminge [...]. Todo esto hace suponer que la época micénica iliterata sin palacios y especialmente las cortes principescas del medio LH III C medio desempeñaron un papel significativo en el desarrollo de la epopeya griega temprana».

Basándose en factores filológicos, según Latacz puede afirmarse que el núcleo de la historia de Troya junto con la guerra que forma parte de ella «no se concibió antes de 1450 a. de C. ni después del siglo XI a. de C.». Y además, con toda probabilidad, ya antes de la migración de los griegos a Asia Menor y a las islas situadas ante esta región en el Egeo septentrional. Según Latacz, esta historia «cuyo punto de partida geográfico y de política de poder está representado por el *Peloponeso* y especialmente por la dinastía de *Micenas* (con su ramificación espartana), se debió de concebir [...] inicialmente en el círculo de la corte palaciega de Micenas». Y añade: «La idea romántica según la cual los miembros de la dinastía de Micenas, como una especie de reyes de fábula, se habrían hecho entretener por los narradores de cuentos con historias fantasiosas sobre la lejana tierra fantástica de *Wilios*, puede considerarse archivada ante los nuevos conocimientos anteriormente mencionados, documentados en fuentes escritas egipcias e hititas, sobre la implicación, tanto de Micenas como de Wilusa, en el juego de fuerzas existente dentro

4. Late Helladic III C, terminología inglesa de uso común. *(N. del e.)*

de la red político-diplomática mediterránea de la Edad de Bronce tardía.»

Latacz concluye que la pregunta sobre si la historia de una guerra entre aqueos y troyanos en torno a Troya pudo haberse hecho eco de algún suceso histórico «debe responderse con un decidido Sí», y considera que la existencia de un sustrato histórico en la *Ilíada* es «más probable que improbable». La demostración de la existencia de un núcleo histórico, sin embargo, sigue sin ser posible. Y Latacz considera igualmente imposible que esta demostración pueda deducirse exclusivamente a partir de la epopeya, porque la *Ilíada* es un poema del siglo VIII a. de C. cuyo marco troyano sólo es un escenario para el auténtico objetivo narrativo. Homero no tenía ningún interés en cambiar este marco, pero tampoco se preocupó por la cuestión de la historicidad de los sucesos que ponía en escena.

Latacz finaliza su artículo diciendo que si «las nuevas investigaciones sobre Troya, impulsadas por las excavaciones bajo la dirección de Manfred Korfmann, en algún momento presentaran con independencia de nuestra *Ilíada* la prueba de una historicidad, del tipo que fuera, de un enfrentamiento armado entre griegos micénicos y troyanos, a mi juicio puede afirmarse que Homero no constituiría ningún obstáculo para ello».

¿Pueden las ruinas de Troya contribuir a dar respuesta a la cuestión de la historicidad de una guerra micénico-troyana?

Si ante esta pregunta dirigimos la mirada a las ruinas de Hisarlik, a pesar de todas las dificultades suficientemente descritas en la investigación, existen puntos de partida para pensar en una confrontación histórica en la época micénica por la fortaleza junto a los Dardanelos —por débil que sea su eco en la epopeya y por pequeño que sea el

núcleo de verdad en ella—. En todo caso la cronología de la Edad de Bronce egea revela dos destrucciones para Hisarlik, que se deben datar en torno a 1300-1250 a. de C. y aproximadamente en torno al 1200 a. de C. Estas fechas marcan el final violento de Troya VI y VIIa. Mientras que como causa para la caída de Troya VIIa en general se supone una guerra perdida, Blegen —en contra de la suposición de Dörpfeld— atribuyó el fin de Troya VI a un terremoto que causó su destrucción. En este tema no se ha dicho, sin embargo, todavía la última palabra, ya que los hallazgos también pueden interpretarse de modo distinto.

Para Blegen estaba claro que después de un terremoto asolador se había iniciado enseguida la reconstrucción de la ciudad, es decir, Troya VIIa. Aunque la acrópolis no resurgió con la misma magnificencia de los escombros y la población buscó ahora la protección, que al parecer no podía ofrecerle ya el terreno situado ante las puertas, en el espacio más reducido del interior de la fortificación, la vida inicialmente siguió su curso. Y debido a la situación ya expuesta de la ciudad como puesto fronterizo e intermediario entre Asia y Europa, entre el Egeo y el mar Negro, Troya siguió sufriendo la amenaza de los agresores. Sólo para Troya I a VI se pueden diferenciar al menos quince «fases de construcción», lo que significa renovaciones fundamentales en las instalaciones defensivas. En promedio los muros se cambiaron cada cien o ciento cincuenta años.

Hasta nuestros días se ha impuesto la tesis del terremoto para Troya VIh, basada en hallazgos realizados en lugares individuales y en la falta casi total de cualquier indicio de armas o señales de lucha. Para todo el segundo milenio antes de Cristo, los excavadores norteamericanos sólo encontraron cinco puntas de flecha de bronce, todas de Troya VI tardía o de Troya VIIa. Tampoco en las excavaciones de Schliemann y Dörpfeld se documentaron más que cuatro puntas de flecha para el período Troya VI, y se encontró una en el callejón sudeste de Troya VIIa.

A pesar de estos escasos indicios de enfrentamientos guerreros en y ante Troya, existen desde hace algún tiempo también algunas reflexiones que apuntan a que Troya VI no necesariamente tuvo que ser destruida por una catástrofe natural, sino que puede pensarse perfectamente de nuevo en una conquista militar. Sin embargo, en este caso se plantea la pregunta de por qué no se han hallado casi armas, señales de lucha y muertos. Una posible explicación podría encontrarse en la existencia de muros de fortificación en la ciudad inferior.

Un muro de este tipo implica en principio el empleo de armas de largo alcance, es decir de arcos y hondas. Aparte de las puntas de flecha, en Troya también están documentadas las armas arrojadizas, aunque sólo en un lugar: en la «Casa de los pilares», situada directamente a la izquierda por detrás de la puerta sur. Esta construcción de 26 metros de longitud y 12 metros de anchura fue construida y utilizada en la fase tardía de Troya VI. En la parte occidental del edificio, cerca de un lugar para encender fuego sobre una plataforma de losas de piedra, se descubrieron quince proyectiles bicónicos para lanzar; en otros lugares se encontraron dos más. Blegen había supuesto ya que este edificio arquitectónicamente llamativo tenía una función militar.

Precisamente en situaciones de crisis y en caso de confrontaciones armadas se tenían a disposición de los combatientes proyectiles en grandes cantidades. Se conocen múltiples depósitos de este tipo en el sudoeste asiático y en el sudeste europeo próximos a lugares para encender fuego. Esta cercanía al fuego es lógica, porque cuanto más seca se mantuviera la munición de arcilla, más eficiente era en el impacto. Una acumulación de proyectiles como la de la «Casa de los pilares» junto a la puerta principal apunta, debido a su falta de interés en tiempos de paz, a la existencia de un acontecimiento bélico. Aquí, en una importante vía de comunicación del barrio de gobierno, se

almacenaban reservas para los lanzadores y se fabricaban nuevos proyectiles.

Quizás, como escribe Korfmann, «alguna vez se haga referencia a ellos con otros argumentos como un testimonio de que esta guerra la perdieron los troyanos. Pues sorprende que este montón de proyectiles, que tenían que molestar en un edificio como ese, sencillamente se dejara allí. Un vencedor que entrara en la ciudad sin duda no hubiera tenido ningún interés por ese montón que para él no tenía ningún valor. Y unos defensores victoriosos probablemente lo hubieran apartado».

También el arco era conocido en la Troya de la Edad de Bronce. El testimonio más antiguo de esta arma en Hisarlik lo constituye una punta de flecha de piedra que puede atribuirse al estrato Troya Va, es decir, que puede datarse en torno al 2000 a. de C. En relación con el arco como arma hay que mencionar las numerosas representaciones de arqueros y honderos en la época de los sepulcros de pozo micénicos, en el segundo milenio antes de Cristo, o a los arqueros hititas. El relieve de un riton de plata del sepulcro de pozo IV de Micenas, del siglo XVI a. de C., muestra también una ciudad fortificada en la que arqueros y honderos intentan hacer una salida.

¿Pero por qué precisamente en Troya existen tan pocas huellas del uso de la flecha y el arco? Korfmann ha planteado algunas reflexiones al respecto, partiendo del alcance de esta arma: «En las acciones de guerra corrientes se situaba en los cien metros y algo más, pero el tiro ajustado a un objetivo se realizaba en distancias mucho más pequeñas, más o menos entre treinta y setenta metros. De este modo, la zona de la fortificación de Troya VI o VII, situada en un espolón, no se encontraba amenazada por el arco desde el terreno bajo. Como explicación hipotética de la ausencia de armas de larga distancia en la zona de la fortificación, se puede aducir que desde la alargada loma de la colina no podía llegarse con facilidad hasta el pie de la for-

taleza. Si por fuera y ante ella se encontraba un asentamiento, éste hubiera protegido a la zona de la fortificación del ataque directo con armas de largo alcance, hubiera tenido, por así decirlo, una función de amortiguador.»

Según Korfmann, tal vez sea una casualidad, o tal vez no, que en un pequeño sondeo realizado en el asentamiento inferior se encontrara una típica punta de flecha de bronce en una capa Troya VI tardía. En cualquier caso, la ciudad inferior constituía un obstáculo artificial para la aproximación ante la acrópolis, que podía hacer que una embestida contra los poderosos muros de la fortaleza se convirtiera en una empresa sencillamente imposible. Queda a la imaginación de cada uno representarse el modo cómo se desencadenaron los combates por Troya VI o VIIa en las calles ante la puerta sur de la fortificación, y dónde se decidió la batalla que condujo tal vez a la capitulación de modo que ante las puertas de los palacios no llegara a producirse una matanza. Además, hay que partir de la base de que los supervivientes rescataron a los muertos de las calles, los sepultaron y recogieron sus armas. Incluso las espadas destrozadas eran valiosas, ya que podían fundirse y volver a utilizarse. Y hubiera sido una casualidad encontrar huellas de combates en los sectores ante las puertas o muros; para ello los niveles están situados demasiado cerca de la superficie y los romanos hundieron demasiado en el suelo los cimientos de sus casas en Ilium.

Incluso si se confirmara la teoría del terremoto, seguiría sin poder rechazarse sin más una conquista militar de Troya VI. Aunque pueda parecer sólo una conjetura, ¿no existe la posibilidad de que la fortaleza junto a los Dardanelos —por prolongado que fuera el sitio— no hubiera podido ser conquistada y que un terremoto la entregara al pillaje del enemigo? En una guerra de este tipo, determinada por las fuerzas de la naturaleza, el caballo de Troya como metáfora de Poseidón que sacude la tierra hubiera tenido un significado totalmente diferente. Sería entonces

el símbolo de una victoria alcanzada no por la propia superioridad militar, sino por la acción de los dioses.

Que estos sitiadores fueran griegos micénicos de Acaya-Ahhijawa o no, es algo que por el momento deberemos dejar en suspenso. Y naturalmente hasta ahora carecemos de cualquier prueba de la explicación de la caída de Troya que acabamos de mencionar. Sin embargo, después de que en los últimos años hayan podido aclararse tantas cuestiones abiertas y de que nuestra imagen de la fortaleza en los Dardanelos haya adquirido unos contornos cada vez más precisos, sin duda podemos abrigar la esperanza de que en los próximos años puedan eliminarse los puntos oscuros en torno al final de Troya VI y Troya VIIa. Está por ver si entonces se podrá identificar a los conquistadores de Troya con griegos micénicos. A decir verdad, no se deberían alimentar grandes esperanzas al respecto. Pero probablemente nadie dudará ya de que los señores de las fortificaciones micénicas hubieran podido poner en marcha una empresa semejante y que, atendiendo a las rutas comerciales y a sus intereses en relación con ellas, también podrían haber tenido razones de peso para hacerlo.

CAPÍTULO 15

EL FUTURO DE TROYA

A lo largo de los siglos se ha mantenido viva la memoria de Troya, la memoria del mito que va ligado a este lugar y que ha tenido una influencia múltiple en la civilización occidental. La colina de Hisarlik con sus restos de asentamientos desaparecidos y el paisaje de la Tróade en que se desarrolla la *Ilíada* han perdurado. Este paisaje de la cultura es una valiosa herencia de la humanidad, que por descontado requiere la atención más cuidadosa. Durante muchas décadas esta joya de ciento cincuenta kilómetros cuadrados, sus numerosos monumentos culturales de la Antigüedad y su singular flora y fauna han permanecido a resguardo de la industria y el turismo, ya que el territorio era una zona militar cerrada.

Pero después de que los militares se retiraran en 1993, los especuladores del suelo y la industria amenazaron con destruir este paisaje único con campings, residencias vacacionales y hoteles, así como con grandes instalaciones industriales. Debemos considerar, pues, como una gran suerte que el 30 de septiembre de 1996 Troya y la Tróade fueran declaradas finalmente parque nacional. Por último, en 1998, Troya fue declarada por la UNESCO patrimonio de la cultura universal. De este modo se ha eludido el peligro directo que amenazaba a más de sesenta monumentos en

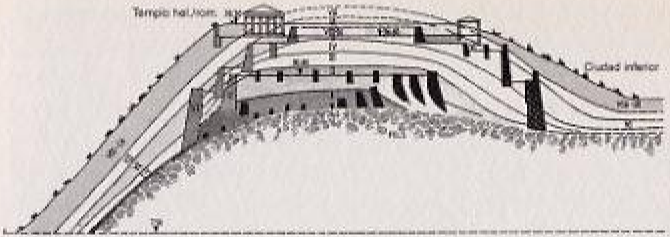

FIG. 17. *Sección esquemática de la colina de Hisarlik con las nuevas fases de asentamientos.* (© Universidad de Tubinga, Troia-Projekt.)

esta zona que mide aproximadamente doce kilómetro por doce, entre los que se encuentran también cementerios de la época otomana así como los testimonios de la maquinaria de guerra moderna de la batalla de Gallípoli, junto a los Dardanelos, que en 1915 costó la vida a más de 200.000 hombres.

Esperemos que también pueda cumplirse el gran deseo de Manfred Korfmann y sus colaboradores de que en todos los planos de las relaciones entre personas y entre estados en esta ciudad, que es de hecho un sinónimo de guerra, se desarrolle algo «que algún día pueda ser descrito como una "paz troyana"». Los nuevos «troyanos» han creado ya las bases para ello.

La cronología de las capas de asentamientos de Troya

Las dataciones indicadas son naturalmente aproximadas. Como fuente para las dataciones se han utilizado los resultados de las excavaciones realizadas bajo la dirección de Manfred Korfmann (hasta la campaña del año 2000).

Cultura troyana marítima

Troya I	2920-2450 a. de C.
Troya II	2600-2350 a. de C.
Troya III	2350-2200 a. de C.

Cultura troyana anatólica

Troya IV	2200-1900 a. de C.
Troya V	1900-1700 a. de C.

Cultura troyana antigua

Troya VI	1700-1300 a 1250 a. de C.
Troya VIIa	1300 a 1250-en torno a 1200 a. de C.

Cultura troyana marcada por nuevos elementos culturales

Troya VIIb1-VIIb3 en torno a 1200-950 a. de C.

(Posteriormente se supone que Troya permaneció abandonada durante más de doscientos cincuenta años)

Época griega (= Ilión)

Troya VIII	700-85 a. de C.

Época romana (= Ilium)

Troya IX	85 a. de C.-500 d. de C.

Época bizantina (= Ilión)

Troya X	siglos XIII-XIV d. de C.

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía indicada es una selección muy limitada del incalculable número de publicaciones grandes y pequeñas, importantes e irrelevantes sobre el tema. En la selección se han valorado sobre todo los títulos cuyas notas bibliográficas ayuden al lector interesado a aproximarse más al tema y a los problemas relacionados con él. Quien haya seguido una vez el hilo de Ariadna en el laberinto de las publicaciones, pronto conseguirá orientarse en él.

Traducciones de Homero (selección)

Ilíada. Traducción, Luis Segalà, Col. Austral, 1207, Madrid, Espasa-Calpe, 1968.

Ilíada. Traducción, Fernando Gutiérrez. Introducción y notas, José Alsina. Col. Clásicos Planeta, 16, Barcelona, Planeta, 1988.

Ilíada. Traducción, Emilio Crespo Güemes. Col. Biblioteca Clásica Gredos, 150, Madrid, Gredos, 1991.

Ilíada. Traducción, Montserrat Casamada, Barcelona, Iberia, 1967.

Ilíada. Revisión y notas, Francisco Sanz Franco, Barcelona, Avesta, 1971.

Ilíada. Introducción y notas, Miguel Balagué, Barcelona, Bosch, 1948.

Ilíada. Traducción, Luis Segalà. Introducción, Carles Miralles, Barcelona, Ediciones B, 1990.

Ilíada. Notas, Julio Pallí Bonet, Barcelona, Bruguera, 1967.
Ilíada. Barcelona, Marín, 1980.
Odisea. Traducción, José Manuel Pabón. Col. Los Clásicos de Grecia y Roma, 1, Barcelona, Planeta-DeAgostini, 1995.
Odisea. Traducción, Luis Segalà. Estudio preliminar, Ángeles Cardona de Gibert, Juan Antonio Antelmo Oliver. Col. Clásicos Bruguera, Barcelona, Bruguera, 1973.
Odisea. Traducción, Luis Segalà. Estudio preliminar Julio Pallí Bonet. Col. Libro Clásico, 11, Barcelona, Bruguera, 1967.
Odisea. Traducción, Luis Segalà. Estudio, Carles Miralles. Col. Libro Clásico, 11, Barcelona, Bruguera, 1984.
Odisea. Edición, José Luis Calvo. Col. Biblioteca de la literatura y el pensamiento universales, 11, Madrid, Editora Nacional, 1976.
Odisea. Traducción, Fernando Gutiérrez. Introducción José Alsina. Col. Clásicos Universales Planeta, 4, Barcelona, Planeta, 1980.
Odisea. Traducción José Manuel Pabón. Col. Biblioteca Clásica Gredos, 48, Madrid. Gredos, 1993.
Odisea. Traducción, Luis Segalà. Col. Austral, 1004, Madrid, Espasa-Calpe, 1966.

Obras principales de Heinrich Schliemann

Viaje por China y Japón en el año 1865. Traducción del francés de Franz Georg Brustgi, Constanza, Rosgarten-Verlag, 1984. El original apareció con el título *La Chine et le Japon au temps présent*, París, Librairie Centrale, 1867.
Ithaka, der Peloponnes und Troja. Archäologische Forschungen, Leipzig, Giesecke and Devrient, 1869. Reprod. reprogr.: Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1973.
Trojanische Alterthümer. Bericht über die Ausgrabungen in Troja; un volumen de texto y un volumen con atlas. Leipzig, F. A. Brockhaus, 1874. Una nueva edición del volumen de texto con láminas escogidas apareció en Munich-Zurich, Artemis-Verlag, 1990.
Mykenae. Bericht über meine Forschungen und Entdeckungen in Mykenae und Tiryns, Leipzig, F. A. Brockhaus, 1878. Reprod. reprogr.: Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1973.

Ilios. Stadt und Land der Trojaner. Forschungen und Entdeckungen in der Troas und besonders auf der Baustelle von Troja. Mit einer Selbstbiographie des Verfassers, Leipzig, F. A. Brockhaus, 1881.
Orchomenos. Bericht über meine Ausgrabungen im Böotischen Orchomenos, Leipzig, F. A. Brockhaus, 1881.
Troja. Ergebnisse meiner neuesten Ausgrabungen auf der Baustelle von Troja, in den Heldengräbern, Bunarbaschi und andern Orten der Troas im Jahre 1882, Leipzig, F. A. Brockhaus, 1884. Reprod. reprogr.: Dortmund, Harenberg, ²1987.
Tiryns. Der prähistorische Palast der Könige von Tiryns. Ergebnisse der neuesten Ausgrabungen, Leipzig, F. A. Brockhaus, 1886.
Bericht über die Ausgrabungen in Troja im Jahre 1890; aparecido póstumamente con un prólogo de Sophia Schliemann. Leipzig, F. A. Brockhaus, 1891.
Heinrich Schliemann's Selbstbiographie. Bis zu seinem Tode vervollständigt [de Alfred Brückner], ed. de Sophia Schliemann, Leipzig, F. A. Brockhaus, 1892. Nueva revisión de Ernst Mayer, Wiesbaden, F. A. Brockhaus, ³1955.
Briefe von Heinrich Schliemann; ed. de Ernst Meyer, Berlín-Leipzig, de Gruyter, 1936.
Briefwechsel, ed. de Ernst Meyer; vol 1: 1842-1875; vol. 2: 1876-1890; Berlín, Gebr. Mann, 1953-1958.

Bibliografía general

Una obra fundamental para cualquier aproximación a las nuevas excavaciones en Troya son los *Studia Troica*, de aparición anual. Este anuario científico es el fórum oficial de la investigación sobre Troya bajo la dirección de Manfred Korfmann. Hasta ahora han aparecido los volúmenes 1-10 (Maguncia 1990-2000).

Banert, H.: *Homer*, Hamburgo, 1979.
Bass, G. F.: *Oldest Known Shipwreck Reveals Splendors of the Bronze Age*; en: *National Geographic* 172 (diciembre de 1987) H. 6, pp. 693-733.

— *Das Wrack von Ulu Burun*; en *Geo* 1, Hamburgo, 1989, pp. 84-98.
«Bilder und Bücher um Homer und Troia. Von der Ilias Ambrosiana zu Heinrich Schliemann», catálogo de exposición del Museo Altenessen, Essen, 1991.
Blegen, C. W.: *Troy and the Trojans*, Nueva York, 1963.
Blome, P.: *Die dunklen Jahrhunderte – aufgehellt*; en: Latacz, J. (ed.): *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick. Colloquium Rauricum*, vol. 2, Stuttgart-Leipzig, 1991, pp. 45-60.
Brandau, B.: *Troia – Eine Stadt und ihr Mythos. Die neuesten Entdeckungen*, Bergisch Gladbach, 1997; nueva edición autorizada en edición de bolsillo, 1999.
Buchholz, H.-G: *Die archäologische Forschung im Zusammenhang mit Homer*; en: Latacz, J. (ed.): *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick. Colloquium Rauricum*, vol. 2, Stuttgart-Leipzig, 1991, pp. 11-44.
Burkert, W.: *Homerstudien und Orient*; en: Latacz, J. (ed.): *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick. Colloquium Rauricum*, vol. 2, Stuttgart-Leipzig, 1991, pp. 155-181.
Calder III, W. M. y Cobet, J. (ed.): «Heinrich Schliemann nach hundert Jahren», simposio en la fundación Werner-Reimer de Bad Homburg, Francfort del Meno, 1990.
Chadwick, J.: *Die mykenische Welt*, Stuttgart, 1979.
Cobet, J.: *Heinrich Schliemann. Archäologe und Abenteurer*, Munich, 1997.
Cobet, J. y Patzek, B. (ed.): *Archäologie und historische Erinnerung. Nach 100 Jahren Heinrich Schliemann*, Coblenza, 1992.
Coldstream, J. N.: *Geometric Greece*, Londres, 1977.
Cook, J. M.: *The Troad*, Oxford, 1973.
Deger-Jalkotzy, S.: *Die Erforschung des Zusammenbruchs der sogenannten mykenischen Kultur und der sogenannten dunklen Jahrhunderte*; en: Latacz, J. (ed.): *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick. Colloquium Rauricum*, vol. 2, Stuttgart-Leipzig, 1991, pp. 127-154.
— «Der Schatz aus Troja. Schliemann und der Mithos des Priamos-Goldes»; libro catálogo para la exposición de Moscú de 1996-1997, Stuttgart-Zurich, 1996.

Deuel, L.: *Heinrich Schliemann. Eine Biographie mit Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Munich, 1979; nueva ed., Francfort del Meno, 1981.
Döhl, H.: *Heinrich Schliemann. Mythos und Ärgernis*, Munich-Lucerna, 1981.
Dörpfeld, W.: *Troja und Ilion. Ergebnisse der Ausgrabungen in den vorhistorischen und historischen Schichten von Ilion 1870-1894*, Berlín, 1902.
Finley, M. I.: *Die Welt des Odysseus*, Munich, 1979.
— *Die frühe griechische Welt*, Munich, 1982.
Finsler, G.: *Homer in der Neuzeit*; reimpr. de la ed. de 1912, Hildesheim, 1973.
Gamer, G.: *Frank Calvert, ein Vorläufer Schliemanns?*; en: Gamer-Wallert, I. (ed.): *Troia. Brücke zwischen Orient und Okzident*, Tubinga, 1992, pp. 34-50.
Gamer-Wallert, I. (ed.): *Troia. Brücke zwischen Orient und Okzident*, Tubinga, 1992.
Giovannini, A.: «Homer und seine Welt»; en: *Heidelberger Althistorische Beiträge und Epigraphische Studien*, vol. 6, Wiesbaden, 1989, pp. 25-39.
Goldmann, K. y Schneider, W.: *Das Gold des Priamos. Geschichte einer Odysee*, Leipzig, 1995.
Goldmann, K. y Wermusch G.: *Vernichtet – Verschollen – Vermarktet. Kunstschätze im Visier von Politik und Geschäft*, Asendorf, 1992.
Gschnitzer, F.: *Zur homerischen Staats- und Gesellschaftsordnung. Grundcharakter und geschichtliche Stellung*; en: Latacz, J. (ed.): *Zweihunder Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick. Colloquium Rauricum*, vol. 2, Stuttgart-Leipzig, 1991, pp. 182-204.
Hachmann, R.: *Hisarlik und das Troja Homers*; en: Bittel, K.; Ernst, H.; Hrouda, B. y Nagel, W. (ed.): *Vorderasiatische Archäologie*, hom. a Anton Moortgat, Berlín, 1964, pp. 95-112.
Hawkins, J. D.: *Karabel, «Tarkondemos» and the Land of Mira. New Evidence on the Hittite Empire Period in Western Anatolia*; en *Würzbürger Jahrbücher für die Altertumswissenchaft* N. F. 23 (1999), pp. 7-14.
Hawkins, J. D. y Easton, D. F.: *A hieroglyphic Seal from Troia*; en: *Studia Troica* 6 (1966), p. 111-118.

Helck, W.: *Die Beziehungen Ägyptens und Vorderasiens zur Ägais bis ins 7. Jahrhundert v. Chr.*, Darmstadt, 1979.
Heubeck, A.: *Die Homerische Frage*, Darmstadt, 1988.
Hölscher, U.: *Die Odysee. Epos zwischen Märchen und Roman*, Munich, 1988.
— *Zur Erforchung des Strukturen in der Odysee*; en: Latacz, J. (ed.): *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick. Colloquium Rauricum*, vol. 2, Stuttgart-Leipzig, 1991, pp. 415-422.
Korfmann, M.: *Das homerische Troia war grösser – Ergebnisse der Grabungen 1988-96*; en: *Troia. Mythen und Archäologie*, Grazer Morgenländische Studien, Graz, 1997, pp. 67-95.
— *Hisarlik und das Troia Homers – Ein Beispiel zur kontroversen Einschätzung der Möglichkeiten der Archäologie*; en: *Festschrift für Wolfgang Röllig*, Neukirchen-Vluyn, 1997, pp. 171-184.
— «Homers Troja aus der Sicht des Ausgräbers (autorisierte Hörermitschrift)»; en: *Perspektiven eines zeitgemässen Humanismus*, Klagenfurt, 1998, pp. 103-124.
— Resumen de la contribución al coloquio y la conferencia «Homer als Zeitzeuge für die Ruinen von Troia im 8. Jahrhundert v. u. Z.»; en: *Würzbürger Jahrbücher für die Altertumswissenchaft* N. F. 23 (1999), pp. 35-42.
— «Der «Schatz A» und seine Fundsituation. Bemerkungen zum historischen und chronologischen Umfeld des «Schatzfundhorizontes» in Troia»; en: *Beiträge zur Vorderasiatischen Archäologie*, vers. Winfried Orthmann, Francfort del Meno, 2000, pp. 214-237.
— «Homers Troia: Griechischer Aussenposten oder hethitischer Vasall?»; en: *Spektrum der Wissenschaft* 7 (2000), pp. 64-70.
Korfmann, M. y Mannsperger, D.: *Troia. Ein historischer Überblick und Rundgang*, Stuttgart, 1998.
Latacz, J.: *Homer. Der erste Dichter des Abendlandes*, Munich-Zurich, ²1989.
— (Ed.): *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick undd Ausblick. Colloquium Rauricum*, vol. 2, Stuttgart-Leipzig, 1991.
— «Troia und Homer. Neue Erkenntnisse und neue Perspektiven»; en: *Troia. Mythen und Archäologie*, Grazer Morgenländische Studien, Graz, 1997, pp. 1-42.

— En: *Der Neue Pauly. Enzyklopädie der Antike*; vol. 3 [v. «Epischer Zyklus»], Stuttgart/Weimar, 1997; vol. 4 [v. «Epos»], Stuttgart-Weimar, 1998; vol. 5 [v. «Homeros»], Stuttgart-Weimar, 1998.
Latacz, J.: *Troia und Homer. Die Lösung eines uralten Problems*, Munich-Stuttgart, 2001.
Lehmann, G. A.: *Die «politisch-historischen» Beziehungen der Ägais-Welt des 15.-13. Jhs. v. Chr. zu Ägipten und Vorderasien*; en: Latacz, J. (ed.): *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick. Colloquium Rauricum*, vol. 2, Stuttgart-Leipzig, 1991, pp. 105-126.
Lesky, A.: *Homeros*, Stuttgart, 1967.
Luce, J. V.: *Archäologie auf den Spuren Homers*, Bergisch Gladbach, 1975.
— *Die Landschaften Homers*, Stuttgart, 2000.
Mellink, M. (ed.): *Troy and the Trojan War. A Symposium Held At Bryn Mawr College*, octubre de 1984, Bryn Mawr PA, 1986.
Neumann, G.: *Troia in Darstellungen der neuzeitlichen Reiseliteratur*; en: Gamer-Wallert, I. (ed.): *Troia. Brücke zwischen Orient und Okzident*, Tubinga, 1992, pp. 264-285.
— «Wie haben die Troer im 13. Jahrhundert gesprochen?»; en: *Würzbürger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft* N. F. 23 (1999), pp. 15-24.
Pöhlmann, E.: *Homer, Mykene und Troia. Probleme und Aspekte*; en: *Studia Troica* 2 (1992), pp. 187-200.
— «Die Topographie der Troas in der Ilias: Fiktion und Realität»; en: *Würzbürger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft* N.F. 23 (1999), pp. 25-34.
Raaflaub, K. A.: «Homer und die Geschichte des 8. Jhs. v. Chr.»; en: Latacz, J. (ed): *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick. Colloquium Rauricum*, vol. 2, Stuttgart-Leipzig, 1991, pp. 205-256.
Robinson, M.: «Frank Calvert and the Discovery of Troia»; en: *Studia Troica* 5 (1995), pp. 323-342.
Röllig, W.: «Achaër und Troianer in hethitischen Quellen?»: en: Gamer-Wallert, I. (ed.): *Troia. Brücke zwischen Orient und Okzident*, Tubinga, 1992, pp. 183-200.
Rubens, B. y Taplin, O.: *An Odyssey Around Odysseus*, Londres, 1989.

Schachermeyr, F.: *Griechenland im Zeitalter der Wanderungen. Vom Ende der mykenischen Ära bis auf die Dorier*, Viena, 1980, (*Die Ägaische Frühzeit*. 4.)
— *Die Levante im Zeitalter der Wanderungen. Vom 13. bis zum 11. Jahrhundert v. Chr.*, Viena, 1982, (*Die Ägaische Frühzeit*. 5).
Schefold, K.: «Die Bedeutung der Kunstgeschichte für die Datierung der frühgriechischen Epik»; en: Latacz, J. (ed): *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick. Colloquium Rauricum*, vol. 2, Stuttgart-Leipzig, 1991, pp. 513-526.
«Schliemanns Troia», catálogo de exposición, Essen/Krefeld, 1991.
Siebler, M.: *Troia – Homer – Schliemann. Mythos und Wahrheit*, Maguncia, 1990.
— *Troia. Geschichte, Grabungen, Kontroversen*, Maguncia, 1994.
Starke, F.: «Troia im Kontext des historisch-politischen und sprachliches Umfeldes Kleinasiens im 2. Jahrtausend»; en: *Studia Troica* 7 (1997), pp. 447-487.
«Troia – Mykene – Tiryns – Orchomenos. Heinrich Schliemann zum 100. Todestag», manual catálogo, Atenas, 1990.
«Troia – Traum und Wirklichkeit», catálogo de exposición, Stuttgart, Braunschweig, Bonn, 2001-2002, Stuttgart, 2001.
«Troja. Heinrich Schliemanns Ausgrabungen und Funde», catálogo de exposición del Museo de Prehistoria y Protohistoria del Patrimonio Cultural Prusiano y de la Sociedad Berlinesa de Antropología, Etnología y Prehistoria, Berlín, 1982.
Wohlleben, J.: *Die Sonne Homers. Zehn Kapitel deutscher Homer-Begeisterung von Winckelmann bis Schliemann*, Gotinga, 1990.
Wood, M.: *Der Krieg um Troja*, Francfort, 1985.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Adriano, 45, 154
Afrodita, 41
Agamenón, 12, 44, 72, 95, 120, 129, 132, 143
Akinsha, Konstantin, 87
Alaksandu, 170, 171
Alceo, 98
Alejandro Magno, 35, 36, 111
Aliates, 93
Amenofis III, 142
Anquises, 38, 42
Antímaco de Colofón, 111
Antíoco III, 40
Antonova, Irina, 86
Apaliunas (v. Apulunas)
Apolo, 115, 170
Apulunas, 170
Aquiles, 12, 17, 35, 36, 37, 38, 39, 49, 53, 105, 108, 131, 137, 139, 172
    tumba de, 36, 38, 46,
Ares, 99
Aristarco de Samotracia, 112, 116
Aristófanes de Bizancio, 111, 112
Aristóteles, 35, 94, 111, 116
Arquiloco, 98, 125
Arriano, 36
Artajerjes II, 12
Ascanio, 38
Atenea, 26, 32, 34, 35, 36, 42, 46
Atreo, Casa del tesoro de, 142
Augusto (emperador), 37, 38, 40, 42, 43, 44, 48
Áyax, 50, 108, 131

Bittel, Kurt, 179
Blegen, Carl William, 14, 23, 149, 161, 168, 173, 178, 183, 184
Bracheux, Pedro de, 49
Brückner, Alfred, 160
Byron, George Gordon Noel, 57

Calvert, Frank, 57, 58, 59, 72
Calvert, Frederik, 72
Caracalla (emperador), 45
Casandra, 32
Caxton, William, 52

César, Cayo Julio, 40, 41, 42, 43, 45, 48
Cicerón, 109
Ciríaco de Ancona, 50
Clarke, Edward Daniel, 54
Claudio, 44
Clitemnestra, 95, 132
Constantino el Grande, 45, 54
Conze, Werner, 82
Cook, John M., 37
Cripps, John Martin, 54
Ctesias de Cnidos, 12
Curtius, Ernst, 56

Chadwick, John, 103
Chalkondyles, Demetrios, 51
Chaucer, Geoffrey, 52
Choiseul-Gouffier, Marie-Gabriel A. F., 53, 56
Chrysoloras, Manuel, 51

Darío, 35
Deger-Jalkotzy, Sigrid, 180
Demetrio de Scepsis, 56
Demódoco, 96
Dídimo de Alejandría, 112
Dörpfeld, Wilhelm, 14, 23, 25, 26, 62, 64, 132, 149, 160, 161, 162, 177, 178, 183
Douris de Samos, 12
Droysen, Gustav, 64

Easton, Donald F., 66
Eforo de Cime, 12
Egisto, 132
Eneas, 38, 41, 42, 43, 48, 176
Enrique III, 49
Eratóstenes de Cirene, 12
Escila, 101
Escipión, Lucio Cornelio, 40
Esquilo, 98
Esteban de Bizancio, 27
Estesimbroto de Tasos, 110
Estrabón, 37, 43
Evans, Arthur, 122

Finley, Moses I., 179
Flaminio, Tito Quinto, 39
Flavio Fimbria, 26
Fredegario, 48

Gamer, Gustav, 58
Glaucón, 110
Goldmann, Klaus, 85
Götze, Alfred, 160
Guillermo I (emperador), 81
Güterbock, Hans G., 142

Hachmann, Rolf, 173
Hahn, Johann Georg von, 54, 56
Hampe, Roland, 106, 120, 179
Hampl, Franz, 178
Harpalión, 99
Hattusili III (gran rey), 147
Héctor, 12, 17, 44, 45, 49, 50, 131, 139, 172
Helanicos, 113
Helena, 12, 67

Heracles, 41
Hermann II, 49
Herodoto de Halicarnaso, 12, 34, 37, 53, 92, 113, 115
Hesíodo de Ascra, 92, 115, 125
Hölscher, Uvo, 102, 179
Homero, 7, 8, 9, 10-20, 31, 32, 33, 34, 49-54, 56, 66, 71, 89-103, 105-117, 123, 127-139, 142, 143, 168, 170, 172-173, 176, 178, 179, 180, 182
Horacio, 99, 100

Ibsen, Henrik, 60
Ilos, 41
Ión, 110

Jenofonte, 108
Jerjes, 34-35
Josefo, 92
Juliano el Apóstata (emperador), 46
Julo (v. Ascanio), 38
Júpiter (v. Zeus)

KASKAL.KUR, 170-171
Korfmann, 7, 8, 15, 16, 17, 23, 27, 36, 65, 76, 77, 137, 147-151, 156, 157, 160, 161, 162, 163-173, 174, 179, 190
Kumanudes, Stephanos, 61

Laoconte, 115
Laomedonte, 41
Latacz, 8, 12, 19, 28, 95, 101, 106, 114, 125, 128, 137-138, 179, 181-182
Leaf, Walter, 64
Lechevalier, Jean Baptiste, 54, 56
Lesky, Albin, 112, 116
Livio, 40

Maclaren, Charles, 54
Mehmet II, 50
Menelao, 68, 95, 135
Metrodoro de Lampsaco, 110
Molo, 134
Moltke, Helmuth conde de, 56
Mommsen, Theodor, 94
Muwatalli II (gran rey), 146

Neoptólemo, 36
Nerón, 44
Néstor, 108, 132, 136
vaso de, 69, 82
Neumann, Gerhard, 51
Newton, Charles, 58

Onesícrito, 111

Paris, 12, 35, 68, 115
Parry, Milman, 119, 124
Patroclo, 12, 35, 37, 45, 131, 137
Pausanias, 147

Pegasios (obispo), 46
Penélope, 96, 102, 136
Pericles, 24
Petrarca, 51
Pijamaradu, 146
Pilatos, Leoncio, 51
Pilémenes, 99
Píndaro, 98, 142
Pirro de Epiro, 38
Platón, 110
Plutarco, 35, 39
Polifemo, 101
Poseidón, 41, 50, 186
Príamo, 9, 34, 36, 41, 67
Palacio de, 61, 68
Tesoro de, 61, 66, 67-77, 79-83
Proteo, 123

Revett, Nicholas, 52

Saewulfo, 49
Schachermeyr, Fritz, 179
Schadewaldt, Wolfgang, 179
Schedel, Hartmann, 52
Schiltberger, Hans, 50
Schliemann, 7, 9, 10-11, 13-14, 16, 18, 23, 25, 26, 37, 54, 55-66, 67-77, 79-87, 89, 132, 149-154, 160, 171, 177, 183
Schliemann, Sophia, 69, 71, 75, 82
Seleuco II Calínico, 44
Séneca el Joven, 112
Shakespeare, William, 52
Simónides de Amorgos, 90
Sócrates, 110
Starke, Frank, 145
Stuart, James, 52
Suetonio, 42, 44

Telémaco, 96
Teodorico el Grande, 48
Tolomeo VII, 116
Tucídices, 32, 33, 34, 90
Tudhaliya I (gran rey), 146
Tudhaliya IV (gran rey), 146
Tutmosis III, 143

Ulises, 12, 96, 101-102, 115, 119, 134
Unverzagt, Wilhelm, 83

Ventris, Michael, 15, 124
Venus (v. Afrodita)
Virchow, Rudolf, 80
Virgilio, 12, 38, 42, 100, 101

Wilamowitz-Moellendorf, Ulrich von, 64, 94, 117
Wolf, Friedrich August, 13, 99, 100, 101
Wood, Robert, 53

Xenón, 113

Zeus, 36

ÍNDICE

Prefacio 7

Introducción 9

CAPÍTULO 1. **La colina Hisarlik: un tell y su puerto** 21
Hisarlik, una colina colonizada en la Prehistoria 23
Un elemento valioso para la estratigrafía y la cronología del lugar 25
El puerto de Troya en la bahía de Besika 26
El último fondeadero antes de la entrada a los Dardanelos 28

CAPÍTULO 2. **El mito de Troya en la Antigüedad** . 31
Tucídices 32
Jerjes 34
Alejandro Magno 35
Digresión: la tumba de Aquiles 36
La ascendencia mítica troyana de los romanos . 38
César y la estirpe de los Julios 40
Augusto y Virgilio 42
Los sucesores de Augusto 44
El final de Troya en la Antigüedad tardía 46

CAPÍTULO 3. **La percepción de Troya en la Edad Media y la Edad Moderna** 47
La traducción de la *Ilíada* 50
La búsqueda de Troya en la Edad Moderna .. 51

CAPÍTULO 4. **Heinrich Schliemann y las excavaciones en Hisarlik** 55
El papel de Frank Calvert en el redescubrimiento de Troya 57
El brillante hombre de negocios se convierte en un famoso investigador de la Antigüedad 59
Los méritos de Schliemann 62

CAPÍTULO 5. **El «Tesoro de Príamo» y otros valiosos hallazgos. El arte como botín** 67
Exportación ilegal y proceso en Atenas 72
Autenticidad y datación del «Tesoro de Príamo» 75

CAPÍTULO 6. **El destino de las colecciones de Schliemann** 79
La colección Schliemann llega a Alemania 80
Donación de duplicaciones y catalogación 82
La odisea del oro de Schliemann desde el búnker de Berlín al Museo Puschkin de Moscú 83
El «redescubrimiento» del «Tesoro de Príamo» 85

CAPÍTULO 7. **Homero: el poeta de la Ilíada** 89
Informaciones sobre Homero y su posición social en sus epopeyas 94
Digresión sobre la «cuestión homérica» 98
¿Es Homero también el poeta de la *Odisea*? .. 101

CAPÍTULO 8. **La percepción de Homero en la Antigüedad** 105
Otras obras que se atribuyeron a Homero 113

CAPÍTULO 9. **«Oral poetry» y los inicios de la escritura entre los griegos** 119

CAPÍTULO 10. **Condiciones históricas y culturales para el surgimiento de la Ilíada** 127
Elementos micénicos en la epopeya homérica . 130

CAPÍTULO 11. **Troya y la Grecia micénica en fuentes escritas egipcias e hititas** 141

CAPÍTULO 12. **Las nuevas excavaciones en Troya** 149
Arqueología de un paisaje 150
Investigación interdisciplinaria en el gran mosaico de Troya 151
Digresión: las investigaciones del carbono-14 en Troya y su posición en la discusión cronológica 154

CAPÍTULO 13. **Troya VI-VIIa: una visión nueva de la Troya homérica** 157
La ciudad de Troya no pertenecía al círculo cultural griego, sino que estaba orientada hacia Anatolia 167
Las bases del poder de Troya en la Edad de Bronce tardía 174

CAPÍTULO 14. **La cuestión de la historicidad de la guerra de Troya transmitida en la obra de Homero. Posibilidades y límites** 177
¿Pueden las ruinas de Troya contribuir a dar respuesta a la cuestión de la historicidad de una guerra micénico-troyana? 187

Capítulo 15. **El futuro de Troya** 189
La cronología de las capas de asentamientos de Troya 190

Bibliografía 193
Traducciones de Homero (selección) 193
Obras principales de Heinrich Schliemann ... 194
Bibliografía general 195

Índice onomástico 201